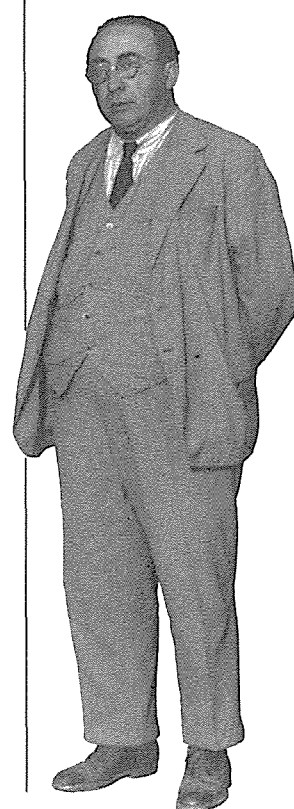


- Proclamación de la República en España
- En el camino de la revolución
- Evolución de un pueblo
- Municipios revolucionarios
- La República en Sevilla
- Me encarcela Alcalá Zamora
- La tragedia del Parque de María Luisa
- Españoles y portugueses encadenados
- La cuestión agraria
- Sublevación de los campesinos en la Siberia extremeña
- La insurrección de Asturias en Extremadura
- Andalucía libre
- La revolución española





## Proclamación de la República en España

De vuelta de mi viaje por Andalucía y Cataluña, fijé mi residencia en Almadén, pueblo eminentemente de izquierdas, donde gozaba de la mayor simpatía y estaba, hasta cierto punto, al resguardo de la persecuciones. Con una clave que tenía con los amigos de Madrid me ponían al corriente, sirviéndome del teléfono, de la marcha de los acontecimientos.

En la mañana del 14 de abril la expectación era grande en la ciudad, y el pueblo llenaba las calles y se agolpaba en los alrededores de mi domicilio, esperando las noticias que les comunicara. Desde Madrid me aseguraron que no pasaría el día sin “operar al enfermo”, es decir, sin sublevarse contra la monarquía. Algunos de los republicanos y socialistas más significativos llegaron inquietos a mi casa en busca de noticias. “Hoy es la fecha señalada para el movimiento —les dije—, y en seguida que acabe la consulta voy a sublevar la ciudad, proclamar la República y dar comienzo a una revolución social con todas sus consecuencias”. Me miraron gravemente y se despidieron hasta más tarde. Y seguí atendiendo a los enfermos que llenaban mi casa. Pero a poco volvieron los mismos individuos inquiriendo nuevas noticias. En el pueblo la gente daba muestra de impaciencia. De pronto, olvidándome de los enfermos, me lancé a la calle, llevado por un impulso poderoso, arrebaté una bandera republicana de un casino próximo, la agité en los aires y grité con todas las fuerzas de mis pulmones: “¡Muera la monarquía! ¡Viva la revolución social!” Un griterío inmenso se dejó oír en la calle, que luego repercutió en toda la ciudad. Por fin, el pueblo estaba de pie por la revolución. Había sonado una hora decisiva en la que se jugaba el porvenir. ¡Ay del pueblo si no la aprovechaba!

Pronto nos apoderamos del Ayuntamiento, arrollando a sus defensores, y desde su balcón principal rodaron los atributos de la monarquía y quedó proclamada la República. Se constituyó un municipio revolucionario, a cuya cabeza se puso a un hombre de confianza, de abolengo republicano. La juventud entusiasmada se agrupó a mi alrededor esperando actuar. Lo primero que dispuse fue la incomunicación de la ciudad, destruyéndose telégrafos y teléfonos. Pero eso no fue necesario porque los empleados prometieron ponerse al servicio de la Revolución. Luego recomendé al pueblo que se armara como un solo hombre, porque había que cavar hondo, y nos esperaban largos días de lucha. Y en efecto, se tomaron por asalto dos armerías que había y se requisaron

armas de los particulares. Pero esta medida sorprendió grandemente a republicanos y socialistas, buenas personas, pero malísimos revolucionarios. No comprendían que el pueblo apelara a las armas, cuando los políticos, sustituyendo a los monárquicos en sus puestos, iban a arreglarlo todo sin que se disparara un tiro ni se vertiera una gota de sangre. Hombres de esa mentalidad son extremadamente peligrosos en los albores de una revolución. No se les hizo caso y pronto se organizó una columna de hombres armados que me seguirían para sublevar a los trabajadores de Extremadura, que iban a ser auxiliares preciosos en la revolución que comenzaba.

Ya nos disponíamos a partir para Extremadura cuando se presentó un amigo del cercano pueblo de Almadenejos, un ingeniero de minas allí retirado, quien me recordó la palabra que le había dado días atrás de ir allí a proclamar la República en el momento preciso. Algo me contrarió la invitación, pero no pude eludirla, y acompañado de un grupo destacado de la columna me presenté a eso de las 11 de la noche, cuando todos dormían como benditos.

Lo primero que hice fue ordenar al cura, que estaba levantado, que tocara a fuego si no quería dormir en la cárcel o algo peor. El cura obedeció sin vacilar, y a poco las campanas de la iglesia llevaban la alarma a la población y la gente salía de sus casas a medio vestir. Desde el balcón del Ayuntamiento, que estaba a una altura que dominaba la villa, grité al pueblo allí apiñado: “Esas campanas tocan a fuego porque está ardiendo la monarquía, la iglesia, el ejército, la magistratura y los terratenientes —todo lo viejo y podrido—, para que de sus cenizas surja una sociedad nueva, libre de infamia”. La gente se enardeció en extremo, levantó los puños y gritó conmigo: “¡Muera la monarquía! ¡Viva la revolución social!” En esto, siguiendo la antigua costumbre, se me acercó el secretario del Ayuntamiento con una lista de los individuos que podrían formar el nuevo municipio, y que rompí con un gesto de ira. Entonces me dirigí al pueblo y grité: “¡Cómo! ¿No hay entre ustedes un grupo de hombres con vergüenza, que vivan de su trabajo, para constituir el nuevo municipio con funciones de comité revolucionario?” “Sí que los hay”, contestaron, y en el acto se escogió en la calle a los verdaderos representantes del pueblo.

Cuando volví a Almadén y la columna se disponía a partir, tuve la sorpresa de recibir un comunicado del capitán de la guardia civil destacado en Agudo, pueblo extremadamente beato y reaccionario, situado en los bordes de la provincia de Badajoz, que me pedía ayuda militar por encontrarse en una situación muy comprometida con las fuerzas que mandaba. Me pareció gracioso que la guardia civil solicitase mi ayuda, cuando siempre me habían tenido en la cárcel. Como Agudo nos cogía de camino, decidí pasar por allí, tomando las precauciones necesarias para evitar una sorpresa.

## En el camino de la revolución

Aquella noche del 14 de abril de 1931, una pequeña columna de hombres, unos en camionetas, otros en autos, algunos a caballo y no pocos a pie, marchaban por la tortuosa carretera de tercer orden que parte de Almadén y penetra en la provincia de Badajoz, a través de un terreno agreste y quebrado.



Todos iban armados con escopetas, pistolas, sables, hachas, cuchillos y cartuchos de dinamita, de los que se utilizaban en la mina. No alumbraba otra luz que la vacilante de las estrellas, y grandes sombras de árboles y montículos aparecían a cada paso del camino, como si quisieran sembrar el pavor entre los caminantes. Pero los viajeros seguían siempre adelante, empujados por un impulso poderoso, nacido de un ideal sublime: hacer una revolución social que barriera los crímenes del pasado y diera vida a una España nueva y feliz.

De trecho en trecho, aparecían campesinos, que al enterarse de lo que se trataba, se incorporaban sin vacilar a las filas y nos pedían armas para el combate. Hacia la mitad del camino apareció un auto que al toparse con nosotros detuvo su marcha y bajó el ocupante. Al acercarse conocimos al médico de Tamurejo, que se dirigía a Almadén en busca de noticias. Al comunicarle lo que ocurría estreché mi mano con firmeza y dijo: “En seguida que alces la voz se levantarán todos los pueblos extremeños, que impacientes te esperan para que te pongas a la cabeza del movimiento”.

El médico de Tamurejo, pueblecito extremeño, Antonio López Madrid, era tan pequeño de cuerpo como grande de espíritu y muy querido por los trabajadores. Además era muy valiente y siempre lo encontraba a mi lado en los momentos más críticos. Él me llamaba tío y yo lo llamaba sobrino, y la gente creía en el parentesco. Éramos más que eso: hermanos espirituales. Luchó hasta el último momento en Extremadura, y según tengo entendido lo asesinaron los fascistas. Su sangre, como la de otros mártires, fecundará aquellas tierras y dará espléndida cosecha roja.

Cuando la luz de un nuevo día había borrado las sombras de la noche y el contorno de los objetos se apercibía con claridad, la columna penetraba en el término de Agudo, donde la campiña acrecentaba su belleza por lo montuoso del terreno y la espesura de sus bosques. Entonces nos dividimos en tres grupos, dos que bordearon el camino, entre la maleza, y uno que siguió la carretera, en el que yo iba, pero todos armas al brazo y alerta. A poco trecho divisamos, a la entrada del pueblo, un pelotón de guardias civiles que bajaron las armas y me hicieron señas para que me acercara, contestando a un viva la revolución que yo lanzara. Un sargento y un guardia civil destacaron del pelotón y me acompañaron al Ayuntamiento, del cual había tomado posesión el capitán de la guardia civil que me pedía auxilio, y que ya me era conocido como hombre de ideas liberales.

## Evolución de un pueblo

Agudo es el nombre de un pueblo de la provincia de Ciudad Real, colindante con la de Badajoz, que me era muy conocido porque me llamaban allí con frecuencia para visitar a enfermos graves. El médico de la localidad, doctor Manuel Vélez, era un anciano de cerca de 80 años que daba poco rendimiento. Como había sido buena persona, al final de su vida era muy pobre y tenía que trabajar para mantener a su esposa e hijas solteras. Pero cada enfermo le parecía un toro de Miura, cansado de tantos años de profesión. “Don Manuel —le decía una vieja—, me encuentro muy floja”. “Lávate con almidón y luego te pones al sol, verás como te entiesas”. “Don Manuel, me duele la cabeza”. “Más me duele a mí y me aguanto”, contestaba, alte-

rando el paso al oír a los importunos. ¡Pobre viejo!, ya sordo y cegato por el peso de los años. Las mujeres del pueblo reían de sus ocurrencias y lo miraban con cariño. No sé por qué capricho tenía el mejor caballo del pueblo, que nunca montaba, pero que me lo prestaba en mis viajes, y el indómito animal me ponía en los mayores apuros con sus saltos y carreras. Un día recibí una cartita de Don Manuel en la que me decía: “Cuénteme usted en las filas del ideal libertario, cuya luz ha iluminado las negruras de mis últimos años”. Y en los que pudo me ayudó en aquellas contiendas.

Agudo era un pueblo muy antiguo de unos 5.000 habitantes, situado en un lugar muy pintoresco, en el que había una hermosa iglesia mayor y varios templos y ermitas, que visité en más de una ocasión en busca de objetos artísticos, que no escaseaban, como cuadros, retablos y bordados. Pero lo que más llamaba mi atención eran las grandes ventanas de las casas señoriales, cuyas rejas de hierros, labradas caprichosamente, eran testimonio de una raza ciclópea de herreros. Era un pueblo extremadamente reaccionario y beato, y abundaban las cofradías religiosas, los curas, las monjas y los seminaristas. Los pobres campesinos estaban sometidos gustosos a los sacerdotes y caciques, haciendo una vida miserable, sin otro consuelo que el vino manchego, que abundaba como el agua. A pesar de mis ideas, conocidas por todos, se me quería mucho en aquel pueblo, y hasta hubo un beato ricachón que me dejó en su testamento un pequeño tesoro de monedas de oro antiguas, que puse al servicio de nuestra causa.

En la época que me refiero, en vísperas de la proclamación de la República, se iban a celebrar allí unas elecciones parciales, y el pueblo se había dividido en dos bandos capitaneados por caciques locales. El vino corría como el agua y enloquecía los cerebros, temiéndose los sucesos sangrientos que se repetían en todas las elecciones. Por eso el gobernador había concentrado allí numerosas fuerzas de la guardia civil para poner un coto a los desmanes. Pero al barruntar la proclamación de la República, se unieron los dos bandos en uno solo para resistir a un gobierno de herejes.

Cuando me entrevisté con el capitán en el Ayuntamiento me dio la impresión de que se trataba de un hombre calmoso, dispuesto a solucionar el conflicto a poca costa. Como el asunto estaba en sus manos, me ofrecí a ayudarle en todo aquello que no fuera en menoscabo de la revolución. En pocas palabras me puso al corriente de la situación y se mostró impotente para resolverla sin mi ayuda. Por lo pronto me pidió que tuviera una entrevista a solas con los dos caciques, capitanes arañas de aquel pueblo, y que tratara de reducirles a la obediencia. De acuerdo, pues, con él, llamé a uno de los caciques, el señor Aliseda, tan tonto como rico, que no puso dificultad en someterse a la situación, licenciando a sus huestes. Pero el otro cacique, el secretario del Ayuntamiento, Juan Blásquez, que tenía fama de sinvergüenza, y que administraba el Municipio como finca propia, se presentó altanero y me exigió que se le nombrase jefe político del pueblo para que acatara la República. Todavía recuerdo las palabras que me dijo aquel cínico: “¡Buena República la vuestra si no me nombran a mí jefe del pueblo!” Arrojé a empujones de la estancia a aquel tunante, después de advertirle que sería fusilado por su mismo pueblo. He aquí una de las hazañas de Juan Blásquez, capaz de caracterizarlo, y que repetía con frecuencia: “Llévale esta cesta de uvas a mi querida”, le decía a su hija, una jovencita que partía avergonzada con el regalo, mientras la madre, que había oído la orden, lloraba en un rincón lágrimas vivas.

—¿Qué le parece a usted que hagamos? —me preguntó el capitán perplejo al contarle el resultado de las entrevistas.

—La cosa es muy sencilla —le contesté—: fusilaremos en el acto al secretario, tomaremos los lugares estratégicos y yo hablaré a este rebaño de esclavos para que se subleven.

—No quisiera que se derramase sangre, como no fuera en el último extremo —me contestó—, además de que somos pocos y ellos son muchos, borrachos y con armas. Pero le ruego que no me deje solo y que a su vuelta de Extremadura se pase por aquí con las fuerzas de que dispone.

Me despedí del capitán y le prometí volver al día siguiente.

En efecto, a mi vuelta de Extremadura, llegué una mañana a Agudo con numerosas fuerzas populares, dispuesto a imponerme por la violencia. Pero el capitán había ideado una táctica que dio resultado por el momento. Para ello convocó a una reunión pública, a la que acudió todo el pueblo. El mitin tuvo lugar en la plaza principal, y yo hablé a la multitud desde uno de los balcones del Ayuntamiento.

En el recinto de la plaza quedaron todos encerrados y las bocacalles fueron ocupadas por los guardias civiles y los hombres que me seguían, con la orden de hacer fuego si éramos agredidos. No fue necesario. Mis voces atronaron el espacio y el fuego de mi alma se comunicó a la de aquellos campesinos sometidos, que acabaron por arrojar sus cadenas, volver las espaldas a sus antiguos señores y caciques y contestar con entusiasmo a mi grito de “¡Viva la revolución social!” Se constituyó en el acto un municipio compuesto por campesinos pobres que se encargaría de hacer cumplir los postulados de la Revolución.

El secretario Blásquez se hizo luego lerrouxista, y otro abogadillo de su grupo, el enano Daza, diputado maurista; y con ese apoyo nos hicieron toda la guerra posible.

Agudo, que era una mancha negra en aquella zona roja, se hizo el pueblo más rojo de todos, aun la clase acomodada, luchando con la mayor bravura.

Como tenía anunciado, más tarde el pueblo juzgó en asamblea al secretario Blásquez, que yo había detenido en Almadén, lo condenó a muerte y lo hizo fusilar. El diputado maurista, que siempre me ladraba como un perrito faldero, huyó con su padre, y ambos encontraron la muerte en un pueblo manchego donde se habían ocultado. A cada puerco le llega su San Martín, según dice el refrán castellano.

Cuando el viento de la época es favorable al progreso humano, basta soplar con acierto sobre los pueblos vetustos para que de sus ruinas brote la luz del ideal libertario.

## Municipios revolucionarios

Salvado el escollo de Agudo, la sublevación se propagó con la rapidez del rayo por todos los pueblos del extremo norte de la provincia de Badajoz, y en el resto ocurrió lo mismo, aunque con otros caracteres, bajo la influencia de los socialistas. Antes y después de la República llamé la atención a los hombres de la C.N.T., y entre otros a Arín, de la necesidad de llevar nuestra propaganda a la región extremeña y a la provincia de Ciudad Real, pero muy ocupados en otros lugares, no atendieron mi llamamiento. Los pueblos descontentos siguen a los primeros que llegan y les hablan de su redención. A principio del siglo, al organizarse la Federación Regional de Trabaja-

dores, se constituyó un fuerte núcleo en Badajoz, con la denominación de “Germinal”, compuesto en su mayoría por campesinos, que se fue desmoronando por la lucha de aquella época. Después, el movimiento obrero fue influido por los socialistas, excelentes personas, pero entre ellos se infiltraron algunos ambiciosos de la política.

Como la gente estaba preparada, en el momento de mi llegada, se lanzaba como una tromba sobre los ayuntamientos monárquicos, destruyendo las insignias reales y haciendo huir a sus componentes. Desde uno de los balcones anunciaba la buena nueva y en seguida se proclamaba la República y se constituía un municipio revolucionario formado por campesinos pobres, los que más confianza me inspiraban para sostener los principios de la Revolución. No creo, como algunos, que en aquel momento sólo se podía optar por una República de tipo democrático, como la que nos impusieron. El pueblo tenía un concepto de la República muy distinto, que no se alejaba mucho de nuestro ideal.

Todo el día y la noche del 15 de abril, hasta la mañana del día 16, lo pasé en aquella región, yendo de uno a otro pueblo, llamando a la gente a la revolución social y aconsejando a los pueblos a que se armaran, porque la cosa no era fácil y vendrían días de prueba. También les advertía del peligro que les amenazaba del lado de los políticos de izquierdas, que tratarían de someterlos de nuevo dorando sus cadenas. Tan enemigo como soy de los discursos, en aquella ocasión tuve que hacerlos cada hora, bien que encaminados a la acción inmediata.

Uno de los pueblos que dudé en visitar, por lo apartado que se encontraba y la vuelta que tenía que dar a una cadena de motañas, era Esparragosa de Lares. Por fin me decidí al viaje. Cuando llegué todavía no tenía noticias de lo ocurrido y el pueblo llenaba la calle principal celebrando una boda de rumbo. Desde lo alto del automóvil dirigí la palabra a los allí reunidos invitándoles a sublevarse y proclamar la República. “¿Qué tenemos que hacer?”, me dijeron contestando con entusiasmo a mis vivas a la revolución. “Lo primero que tenéis que hacer es traerme detenidos a los alcaldes monárquicos, que los vamos a sustituir por otros”. Poco después me los trajeron cojidos por el cuello, con cara de zorros, y vara en mano, que me entregaron. En el espacioso salón del Ayuntamiento se proclamó la República y se constituyó un Municipio de campesinos, dispuestos a luchar por el triunfo de la revolución social. Encontrándome algún tiempo después preso en la cárcel de Badajoz, a raíz de los sucesos de Asturias, se me presentaron un día varios campesinos que me dijeron: “Nosotros somos los compañeros que constituimos el municipio revolucionario el día que usted llegó a Esparragosa de Lares. Ahora hemos sido destituidos por los partidarios de Gil Robles, y el delegado que allí se personó después de conocer nuestra gestión y revisar las cuentas, nos felicitó por nuestra conducta. Como fue una satisfacción para nosotros que el enemigo reconociera nuestra honradez, entramos en un café a beber un vaso de vino, adonde nos siguieron unos guardias de asalto que nos redujeron a prisión, así como al dueño del establecimiento, que ahora tenemos el gusto de presentarle”.

En aquel recorrido pude observar el pánico más grande entre los propietarios de la región, y no hubieran vacilado en entregar sus bienes robados con tal de conservar la vida. Pero cuando a poco se apercibieron del punto flaco del gobierno republicano, y que en vez de perseguirlos y abolir sus privilegios, nos perseguían a nosotros, perdieron el miedo y se mostraban osados y burlones. Ya no se hablaba con temor de

Don Manuel Azaña en aquellos casinos monárquicos, sino de “Manolito el maricón”, adjetivo que, según ellos, merecían todos los miembros del gobierno republicano-socialista.

Asegurada la revolución en aquella zona y dominados los caciques de Agudo, volví a Almadén a toda prisa, a fin de informarme de lo que ocurría en el resto de España.

Al pasar cerca del pueblo de Valdemanco, en la provincia de Ciudad Real, que parecía un nacimiento de día de Reyes, acostado en la falda de una colina, en un anfiteatro de montañas, torcí la marcha y llegué allí, siendo recibido con júbilo por sus habitantes; se constituyó un municipio revolucionario y se proclamó la República. Como ignoraban cuáles eran los colores de la bandera republicana (y yo también), las mujeres habían sacado a la plaza pública todos los trapos de colores que tenían en sus arcas, sin saber cómo combinarlos. Uno de mis acompañantes, versado en la materia, resolvió tan importante cuestión, y a poco ondeaba una bandera republicana en los balcones del Ayuntamiento.

Cuando llegué a Almadén, la situación era muy lisonjera y a cada momento llegaban comisiones de los pueblos vecinos adhiriéndose al movimiento y pidiéndome consejo sobre la conducta a seguir. Mi consigna se resumía en estas palabras: sublevación, municipio revolucionario de trabajadores y armamento al pueblo para llegar hasta el fin. Entre los llegados, venía un camión cargado de hombres, los cuales me comunicaron que en su pueblo los monárquicos se resistían a entregar el Ayuntamiento. “Marcharos para allá y haceros de armas, que detrás irán fuerzas populares que os ayudarán”. “Armas nos sobran —me contestaron—, porque somos los hombres del somatén de Primo de Rivera, que ahora se ofrecen a servir a la República”. Los que allí fueron, desarmaron a monárquicos y somatenistas y sublevaron a los trabajadores.

Deseoso de saber lo que ocurría en Sevilla partí para allá acompañado de un pequeño grupo de revolucionarios de Almadén.

## La República en Sevilla

Al internarme en la provincia de Córdoba pude observar con disgusto que la proclamación de la República era un motivo de fiesta, más que de revolución. Republicanos y socialistas sustituían a los monárquicos en sus puestos y se daban por contentos. El pueblo también lo estaba, porque creía que iba a comenzar una era nueva de libertad y de justicia. Sólo en el pueblo de Santa Eufemia noté intensa agitación en la gente que llenaba las calles. Pronto me enteré que el sargento de la guardia civil ponía obstáculo a la constitución de un municipio republicano. Me dirigí al cuartel seguido de la muchedumbre. El sargento me dijo que no era culpa suya, sino de los elementos políticos de la localidad, republicanos y socialistas, que se disputaban los puestos y no se ponían de acuerdo. Mandó traer cerveza y llamó a los guardias del puesto, que brindaron por la República, mientras que yo lo hacía por la revolución social. Por fin se pusieron todos de acuerdo para constituir un Ayuntamiento republicano, y continué mi viaje a Sevilla.



Manifestación en Sevilla con motivo de la proclamación de la República el 14 de abril de 1931.



Santa Eufemia me era conocida, porque en otras ocasiones me habían llamado en consulta los médicos de la localidad. Años después, al comenzar la guerra fascista yo sitié y tomé Santa Eufemia, a la cabeza de una columna de mineros y guardias civiles leales que partió de Almadén, penetró en la provincia de Córdoba y rechazó a los fascistas hasta Pozoblanco, ciudad que se rindió poco después a las tropas del gobierno, con la condición de que yo no interviniera, ni los guerrilleros, que preparábamos el asalto. Aquel escamoteo salvó la vida de los guardias civiles, en número de 200, aunque quedaron prisioneros; pero los elementos civiles aprovecharon la confusión, escapando a Córdoba, engrosando las filas del fascismo.

En la capital de Córdoba no había estallado la revolución social que preconizaba y todo estaba tranquilo. Unos hombres habían sustituido a otros hombres en los puestos oficiales, y nada más. En aquel gobierno civil tuve las primeras noticias de que algo grave ocurría en Sevilla, donde se había declarado el estado de guerra. Quise ponerme al habla con el gobernador civil de Sevilla, señor González Cecilia, que me era conocido, pero no lo conseguí, lo que aumentó mi inquietud. Partí apresuradamente para allá, acompañado por varios amigos y un pequeño refuerzo de hombres que llegó de Almadén.

Paramos en Écija, donde se notaba alguna inquietud, a pesar de que se había proclamado la República y nombrado alcalde al federal Crespo, amigo de los trabajadores. Estando parado en la puerta de la Casa del Pueblo, se me acercó un oficial del ejército, con cara de tunante y me interrogó sobre los motivos de mi viaje. Según aquel sujeto la sublevación de Sevilla era de carácter comunista y sería aplastada de un momento a otro.

Sería como media noche cuando salimos de Écija, y a poco trecho, en un recodo del camino, nos vimos rodeados por unos cincuenta guardias civiles que nos dieron el alto y nos encañonaron con sus fusiles. Bajé solo del auto e increpé a aquellas gentes que nos cerraban el paso. Al darle mi nombre, por si nos tomaban por otros, me dijo con voz temblorosa, el bruto del sargento que mandaba las fuerzas: "Ya sabemos quién es usted y precisamente tenemos la orden de detenerle, como a los hombres que le siguen". Y sin dejar de apuntarnos con sus fusiles nos hicieron prisioneros y nos quitaron las armas cortas que llevábamos. Aquello había sido una verdadera emboscada, y las órdenes habían partido de Sevilla. Con ademanes poco correctos por parte del sargento, motivado por el miedo, nos llevaron a un corralón donde quedamos encerrados. Aquel valentón del sargento fue poco después destituido y me mandó un emisario para que lo perdonara y lo repusieran en su cargo.

Luego se acercó a nuestro encierro otro oficial del ejército y nos comunicó que seríamos fusilados en seguida que se recibieran las órdenes para ello. ¡Qué les parecen los individuos que iban a servir a la República!

\* \* \*

¿Qué había pasado mientras tanto en Sevilla? Allí la República se había proclamado pacíficamente, y en lugar de un día de revolución, lo fue de júbilo en la ciudad, sustituyendo a los monárquicos, algunos republicanos y socialistas, sin valor revolucionario. El comité de trabajadores que había dejado organizado no dio señales de

vida. Y mientras el pueblo bailaba y gritaba, los reaccionarios conspiraban sin cesar, y así siguieron hasta que triunfó el fascismo. Sevilla me pareció siempre una ciudad extremadamente peligrosa, que albergaba a los peores elementos de la reacción. Eran hienas con disfraz de corderos, hasta que tiraron la careta y se saciaron de sangre.

Como gobernador civil fue nombrado el señor Gonzalez Cecilia, profesor de la Escuela Normal en aquella capital, hombre bueno a carta cabal, pero revolucionario de pocos vuelos. Los trabajadores acordaron celebrar un mitin monstruo en la Plaza Nueva para dar por terminada la huelga general y volver al trabajo. Mientras tanto, el general Saro, ayudado por los elementos reaccionarios, conspiraba para dar un golpe de fuerza y reelegir como rey a Alfonso XIII. Algo debió llegar a los oídos de González Cecilia cuando llamó al jefe de la policía y le recomendó visitar en su nombre a los obreros más influyentes para que suspendieran el mitin aquella noche. Pero como el policía estaba a las órdenes de Saro, no cumplió el mandato del gobernador y el mitin tuvo lugar, presidido por Arín. A poco de comenzar el mitin, se presentó la policía con la orden de suspender la reunión, a fin de provocar un tumulto y declarar el estado de guerra. La indignación que produjo aquel atropello, en el momento que acababa de proclamarse la República, fue más que justificada. Hubo tiros a granel e intento de asaltar los cuarteles. La ciudad fue tomada militarmente; pero en el momento más crítico llegó el general Cabanellas quien pudo dominar la situación. Reunidos el Comité Militar, se transmitieron las órdenes para que fuera libertado y llevado a la capital con escolta.

Al amanecer del día que habíamos sido detenidos en Écija, aparecieron numerosas fuerzas de la guardia civil que nos llevaron como prisioneros a Sevilla. Allí fuimos conducidos a Capitanía General, donde fui recibido afectuosamente por Cabanellas y los miembros del Comité Militar, que antes había visitado en nombre de Alcalá Zamora. Por cierto que Cabanellas censuró a la guardia civil por haberme llevado como a un prisionero, no cumpliendo las órdenes que había dado. “Esos hombres seguirán con sus resabios monárquicos”, exclamó señalando a los guardias civiles. Cabanellas se mostraba inquieto por la situación y me dijo: “Si no estamos alerta nos van a fusilar los frailes”. “Si usted fuera capaz de seguirme, serían los frailes los fusilados”, le contesté con energía. Me permití aquel lenguaje porque hacía años que habíamos conspirado juntos y sabía que me tenía en gran estima.

Hizo que me devolvieran las armas cortas que nos habían arrebatado en Écija, y además me regaló una magnífica pistola, haciendo que el gobernador me diera un permiso para llevar armas, cosa que se hizo contra mi voluntad, pues siempre he dispuesto de armas sin permiso alguno.

Por la noche me retiré a dormir a un hotelito que tenía arrendado en el vecino pueblo de Alcalá de Guadaira, donde vivía mi hijo con otro compañero, estudiando ambos en Sevilla. Al llegar a mi residencia y subir la escalinata del jardín, me vi de pronto rodeado por una nube de guardias civiles que me apuntaban con sus fusiles. “Ustedes dispensen —les dije con ironía—, pues en vez de entrar en mi casa me he metido en el cuartel general de la guardia civil”. Todos los amigos que me habían acompañado en la expedición, los tenía en un salón de pie y con los brazos en alto, apuntados por los fusiles. Protesté enérgicamente contra aquel atropello e hice que bajaran las armas, mientras que un oficial temblón deslizaba su mano en mi bolsillo y me quitó la pistola que llevaba. “Esta pistola —le dije— me la dio el general Cabanellas y el permiso para llevarla, así que vuelvo a Capitanía General para de-



nunciar lo ocurrido". Entonces el oficial se mostró temeroso y me ofreció el teléfono del cuartel para comunicarme con Cabanellas, cosa que no acepté.

Cuando llegué a Capitanía General era más de media noche, e hice despertar a Cabanellas, que salió alarmado y en camisa. Le conté lo ocurrido y le pedí un pasaporte para irme a la república catalana, porque en la de Sevilla no se podía vivir con tantos guardias civiles. Cabanellas se puso como una fiera, llamó por teléfono al oficial, le increpó duramente, y le mandó que se pusiera a mis órdenes en seguida que volviera a Alcalá de Guadaira.

Me despedí de Cabanellas, quien me rogó que el día siguiente convocara al pueblo de Sevilla a un gran mitin, a fin de que conociera los peligros de la situación.

Cuando volví a Alcalá de Guadaira me esperaba en la puerta del cuartel la guardia civil, que me saludó militarmente y se puso a mis órdenes. Mandé a los guardias que se encerrasen en el cuartel y monté en el auto que llevaba al oficial. A solas con él, me entregó la pistola que me había quitado y me dio toda clase de excusas diciéndome:

—Los acontecimientos nos han sorprendido de tal manera, que a veces no sabemos en qué carta quedarnos, pues ignoramos quiénes son los amigos o los enemigos de la República. Me dijeron que el movimiento de Sevilla era comunista y que usted venía a dirigirlo, por lo que asaltamos su casa.

Al día siguiente, el pueblo de Sevilla acudía en masa al mitin que había convocado la C.N.T. y que presidí. Los oradores se despacharon a su gusto y yo enaltecí la figura de Salvochea, cuya conducta y doctrina deberían servirnos de modelo.

A poco de terminar el mitin me llamó Cabanellas a su despacho y me dijo con aire desolado: "El gobierno está muy mal informado por los elementos reaccionarios de la capital, y los ministros me han dicho que es usted un elemento extremadamente peligroso y que no hay que dejarlo actuar. ¡Hasta Largo Caballero está muy agrio contra usted!"

—Esos mamarrachos —le contesté— harán abortar la revolución, perderán la República y traerán toda clase de calamidades sobre el pueblo español, cuando tenía la ocasión más hermosa para redimirse.

Al día siguiente partí para Extremadura, asqueado por lo que acababa de ver en Sevilla, y todavía no había visto lo más malo, que vino después.

## Me encarcela Alcalá Zamora

Al volver a Almadén, entristecido por lo ocurrido en Sevilla, me dieron los amigos muy malas noticias: los explotadores se confabularon contra mí, se quejaban amargamente al gobierno, y se pedía mi anulación inmediata, como revolucionario extremadamente peligroso. Lo peor del caso es que aquel gobierno de hombres incapaces parecía hacerles caso. Los municipios revolucionarios que habían surgido en plena calle, constituidos por trabajadores auténticos, firmes garantías de la República, eran desconocidos y amenazados de disolución. Aquellos gobernantes funestos preparaban el advenimiento del fascismo.

Al día siguiente de mi llegada, convoqué a un mitin a la juventud de Almadén, donde expuse lo vergonzoso de la situación y la necesidad de oponerse con la mayor

energía a la obra nefasta que se iniciaba. No se vislumbraba ningún beneficio para los trabajadores, sino días negros de miseria y de persecuciones. Había que empuñar las armas y combatir a los reaccionarios de todas categorías que traicionaban al pueblo en sus justas aspiraciones. Los asistentes vibraban a mis palabras y salieron de la reunión dispuestos a luchas heroicas. Pero a poco, a la hora de la cena, comenzaron a fluir por todas las entradas de la villa numerosas fuerzas de la guardia civil, que tomaba plazas y bocacalles, cerraban establecimientos, e interrumpían la circulación de los transeuntes. La ciudad quedó paralizada por la sorpresa. Pronto corrió la noticia de que había estallado un movimiento monárquico y que la República estaba en peligro. Pero de improviso las fuerzas militares, dueñas de la población, se concentraron alrededor de mi domicilio, forzaron la entrada y se apoderaron de mi persona, metiéndome en un automóvil, que desapareció rápidamente por el campo vecino. Aquello tenía trazas de un verdadero secuestro.

La carrera a campo traviesa duraría unas tres horas, y además de los guardias civiles que me acompañaban, se conocía que nos seguían otros por el brillo lejano de unos faroles.

No desagué los labios durante el trayecto, y acostumbrado a aquellos lances, no hice ningún gesto de impaciencia ni de extrañeza, como si se tratara de un hecho corriente. Lo que sí observé es que mis acompañantes se deshacían en atenciones y me trataban con el mayor respeto. Por regla general casi siempre ha sido así, y es que los esbirros reconocían la nobleza del anarquista y se inclinaban ante ella. Pero sus mandatarios no recomendaban tanta finura y más de una vez ordenaron que se me tratara con dureza y hasta que se me asesinara, pero he tenido siete vidas como los gatos.

Atravesamos la calle de la capital, que pronto conocí que era Ciudad Real, donde había estado en varias ocasiones, y paramos ante los portalones de un gran edificio, que no era el palacio arzobispal, sino la cárcel provincial. A mi llegada se abrieron las puertas, como si alguien me esperara y mis acompañantes me llevaron al piso principal, donde estaba el despacho del director de la prisión. Los guardias civiles hicieron entrega de mi persona, bajo recibo, como si hubiera sido un objeto de su propiedad, y se retiraron después de pedirme perdón por las molestias que me habían ocasionado contra su voluntad y obedeciendo órdenes superiores.

El director de la cárcel me encerró en una habitación contigua a su despacho y siguió emborronando papeles. Como de costumbre, abrí un libro que siempre llevaba en aquellos trances y me puse a leer tranquilamente. He creído que mientras llevara un libro a mi lado, no habría fuerza que amilanara mi espíritu.

A poco rato llegó un señor alto y grueso, acompañado de un señor bajo y delgado, con aire insignificante, quien traía un legajo de papeles en la mano. Me llamaron al despacho del director y me dijeron que aquel personaje era nada menos que el Fiscal de la República. El que parecía su secretario me leyó un alegato donde se me acusaba de estar organizando una revolución social con ayuda del gobierno ruso, que me había remitido ya cerca de medio millón de duros.

—Los que conspiran contra la República y el sentido común son ustedes —les contesté—, porque a nadie se le ocurre pensar que el gobierno ruso me va a mandar dinero para hacer una revolución anarquista. Las únicas setecientas pesetas que había en mi casa son las que recogí para estos viajes, dejando a mi familia sin un céntimo, aunque tengo crédito en Almadén para que nada les falte.

El fiscal acabó por confesarme que no tenía el menor indicio de que hubiera recibido dinero ruso, pero que había pruebas muy graves de mis actividades revolucionarias.

—Eso no lo niego —le dije—, y procuraré desde hoy en adelante desplegar todas mis actividades para que la revolución social sea un hecho antes de que ustedes pierdan la República y entreguen al pueblo maniatado a sus peores enemigos.

El fiscal salió contrariado por mi actitud y se despidió hasta el día siguiente, que volvería a continuar sus investigaciones.

Como no tenía sueño me pasé leyendo el resto de la noche, y ya bien entrada la mañana se presentó el fiscal de referencia y me leyó un comunicado firmado por Fernando de los Ríos, la lumbrera socialista, que creo que era ministro de Justicia, en el que se me acordaba la libertad, pero tenía que dejar aquella zona de mis actividades y pasar a Sevilla bajo las órdenes del general Cabanellas. En realidad se me desterraba a Sevilla. Y en efecto, a poco se presentaron un sargento y un soldado que me acompañaron, como si fuera un quinto, a la capital andaluza.

En aquellos momentos las llamas de los conventos, incendiados por el pueblo en varios lugares, alumbraban el firmamento con un resplandor de aurora. En las ciudades por donde pasábamos, ante la perplejidad de mis acompañantes, aconsejé a la gente que no dejase ningún convento en pie, así como los templos.

Después me comunicaron desde Madrid lo que había ocurrido. Era el mismo Alcalá Zamora quien había ordenado mi prisión, asustado por las noticias exageradas que le transmitían los elementos reaccionarios. Algunos amigos míos penetraron de improviso en el despacho del Presidente y le afearon su conducta por lo que había hecho conmigo. La escena fue en extremo violenta y hasta hubo un exaltado que puso su pistola sobre la mesa del despacho.

—Cálmense ustedes señores —dijo Alcalá Zamora—, porque ninguno estima tanto a Pedro como yo, pero el Gobierno de la República no puede consentir que se lance al país en el torbellino de una revolución.

Y en seguida se ordenó desde aquel despacho, mi libertad inmediata, pero a partir de aquel momento iba a ser tan maltratado como en los peores tiempos de la monarquía. Los monárquicos no adoptaron procedimientos tan indignos, a fin de anularme a todo trance, como anularon a Salvochea en la primera República.

El miedo a la revolución del pueblo es formidable, y los políticos que lo sienten son capaces de todas las infamias.

## La tragedia del Parque de María Luisa

Después de salir en libertad de la cárcel de Ciudad Real, acusado injustamente de recibir dinero de Rusia para provocar una revolución comunista en Europa, fui conducido por dos soldados a Sevilla a las órdenes del general Cabanellas, medida bien extraña por cierto.

En el viaje, desde el tren contemplaba cómo ardían en algunas ciudades los conventos con grandes luminarias rojas. Era el pueblo que atacaba las madrigueras de los enemigos del progreso. Yo aplaudía con entusiasmo, y los dos soldados que me conducían me miraban complacidos.

A mi llegada a Sevilla y quedar en libertad, recibí una carta confidencial de unos amigos residentes en Madrid, hombres de toda confianza, en la que me comunicaban que el ministro de gobernación, Miguel Maura, había llamado a su despacho al gobernador de Sevilla Antonio Montaner, que allí se portaba bien, para proponerle una medida indigna que rechazó en el acto y presentó la dimisión. Se trataba de provocar en Sevilla una huelga general revolucionaria, detener a los obreros más significados, disolver las sociedades obreras, culpar de todo a Pedro Vallina y tratar de anularlo para siempre. Lo que aceptar no pudo un hombre digno como Montaner, lo aceptó con todas sus consecuencias un hombre vil, un tal Bastos, que fue nombrado gobernador, y que en breve, me decían los amigos, iría a Sevilla a ocupar su puesto y a realizar la misión que le estaba encomendada.

Escribí indignado a Lerroux, que se encontraba en los baños de Montemayor, al que le decía que si en algo habían pecado los obreros sevillanos era en su pasividad, pues en lugar de haber aprovechado un momento propicio para la acción revolucionaria, como fue la caída de la monarquía, se limitaron a manifestaciones de júbilo, sin adivinar la tormenta que les amagaba. En su contestación Lerroux trató de tranquilizarme, pues creía que mis informadores estaban equivocados. Lo cierto fue, según después supe, que Lerroux partió para Madrid y tuvo una entrevista con Maura, no logrando que desistiera de sus siniestros propósitos.

Pocos días después llegó el nuevo gobernador Bastos, quien fue visitado por los elementos más reaccionarios y peligrosos de la ciudad. Como los amigos de Madrid me aconsejaron diera la voz de alarma a los obreros militantes de Sevilla, para que no se dejaran sorprender por los agentes provocadores, me dirigí a ellos y los puse al corriente de lo que ocurría, pero de la entrevista saqué tan mala impresión, que me marché de la ciudad contrariado. No se trataba de ninguna complicidad con el enemigo, sino de un estado de excitación grande motivado por la conducta torpe de los gobernantes republicanos.

Al día siguiente pasó por mi domicilio de Alcalá de Guadaira, pueblo cercano a Sevilla, un militante de la organización sevillana, el cual me comunicó que el objeto de su viaje en automóvil no era otro que el de preparar a los obreros de la región para la declaración de una huelga general revolucionaria en proyecto. Como el espíritu irreflexivo era grande en aquella época, no dejó de inquietarme la misión descabellada que me comunicó aquel militante obrero, hombre audaz, pero con poca sesera.

Entonces me entrevisté con los militantes obreros de aquel pueblo, gente seria y de toda confianza, y les comuniqué mis temores, así como lo que sabía de los propósitos de Maura. Después de escucharme con la mayor atención, me dijeron que ellos estaban preocupados también por una cosa rara que ocurría, y era que habían hablado con el patrono Pedro Gutiérrez, con quien estaban en negociaciones para solucionar una huelga declarada en su industria; y a éste le había dicho el gobernador Bastos que tenía un interés particular en que siguiera la huelga. Pedro Gutiérrez estaba muy indignado porque la continuación del conflicto, como deseaba el gobernador, le costaba mucho dinero.

Entonces los allí reunidos acordaron convocar a una reunión a los representantes obreros de la región, a fin de que no tomaran parte en un movimiento de huelga general revolucionaria sin conocimiento de causa. En el momento se redactaron las convocatorias, en mi domicilio, de carácter urgente.

Aquella reunión se celebró a espaldas mías en mi domicilio, en un momento que estaba ocupado en el trabajo de mi profesión, y uno de los que más influyeron en el acuerdo de huelga general revolucionaria, a todo trance, fue un obrero del gremio de la madera de Sevilla, llamado Calderón, que poco después se casaba por la iglesia con la hija de un guardia civil fascista.

\* \* \*

Cierta noche que dormía tranquilo en mi domicilio de Alcalá de Guadaira, ignorando que aquel día se había declarado la huelga general revolucionaria, se presentaron un tropel de guardias civiles, mandados por un oficial, tomaron mi casa por asalto y se efectuó mi detención apresando después a cuatro obreros de la misma población, que decían era “mi estado mayor”.

Aquella mañana nos llevaron a Sevilla, donde pasamos el día detenidos, y ya bien entrada la noche, escoltados por la guardia civil, nos trasladaron en automóvil a Cádiz, donde nos encerraron en el Castillo de Santa Catalina, quedando rigurosamente incomunicados. Se nos prohibió recibir visitas y correspondencia, y nos devolvieron las cartas que escribimos a nuestras familias, que ignoraban dónde los esbirros nos habían conducido. En tono irónico escribí a Fernando de los Ríos, ministro socialista de Justicia, preguntándole si se había restaurado la monarquía. Aquella carta llegó a su destino, porque las autoridades militares que nos custodiaban eran enemigas acérrimas de los hombres de la República y se complacían en hacer resaltar sus defectos. La autoridad militar de Cádiz era el coronel Varela, que tanto se distinguió, como lugarteniente de Franco en la rebelión contra la República, después de haberle prestado juramento de fidelidad, cosa corriente en el deshonor militar. El gobernador civil era un tal Taltabull, republicano andaluz de última hora, que hasta se negó a atender a uno de los presos, hijo de un antiguo amigo suyo. Cuando los fascistas se apoderaron de Cádiz, fusilaron al gobernador civil Taltabull.

Días después, con sorpresa nuestra, llegó a visitarnos el diputado republicano y amigo mío Rodrigo Soriano, quien nos explicó cómo a pesar de ser diputado, había encontrado las mayores dificultades para hablar con nosotros. Soriano nos informó de todo lo que había ocurrido desde el momento que fuimos detenidos hasta el terrible drama del Parque de María Luisa. Con los informes que nos dio el diputado republicano, y los que después recogimos, podemos hablar hoy, sin temor a equivocarnos, de aquellos espantosos sucesos, que han pasado a la historia del martirologio de los obreros andaluces, víctimas de los más feroces y estúpidos cavernícolas.

Había estallado la huelga general, como deseaba Maura, con la colaboración de elementos irreflexivos y de provocadores. La guardia civil recibió la orden de disparar sin previo aviso, como ocurrió en los pueblos de la provincia y en la capital. El número de muertos fue creciendo, treinta y nueve en Sevilla, y cien en el resto de la provincia.

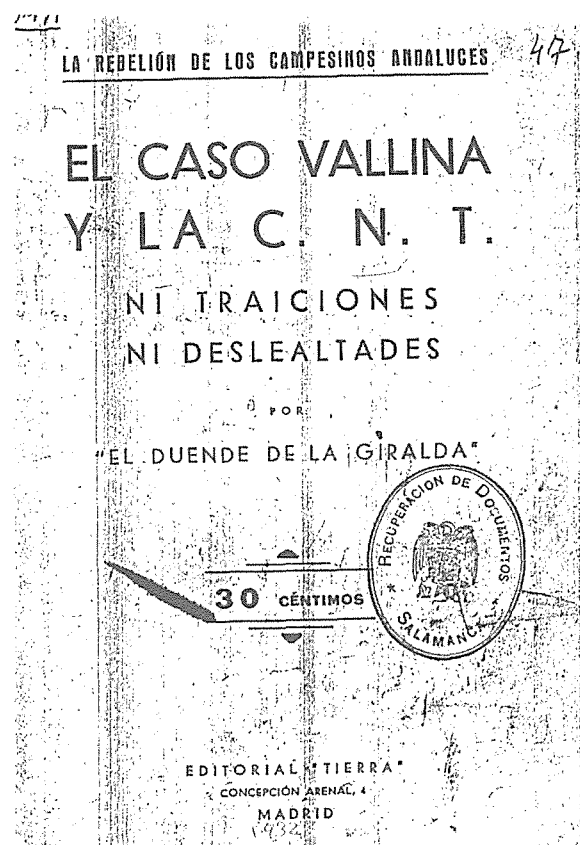
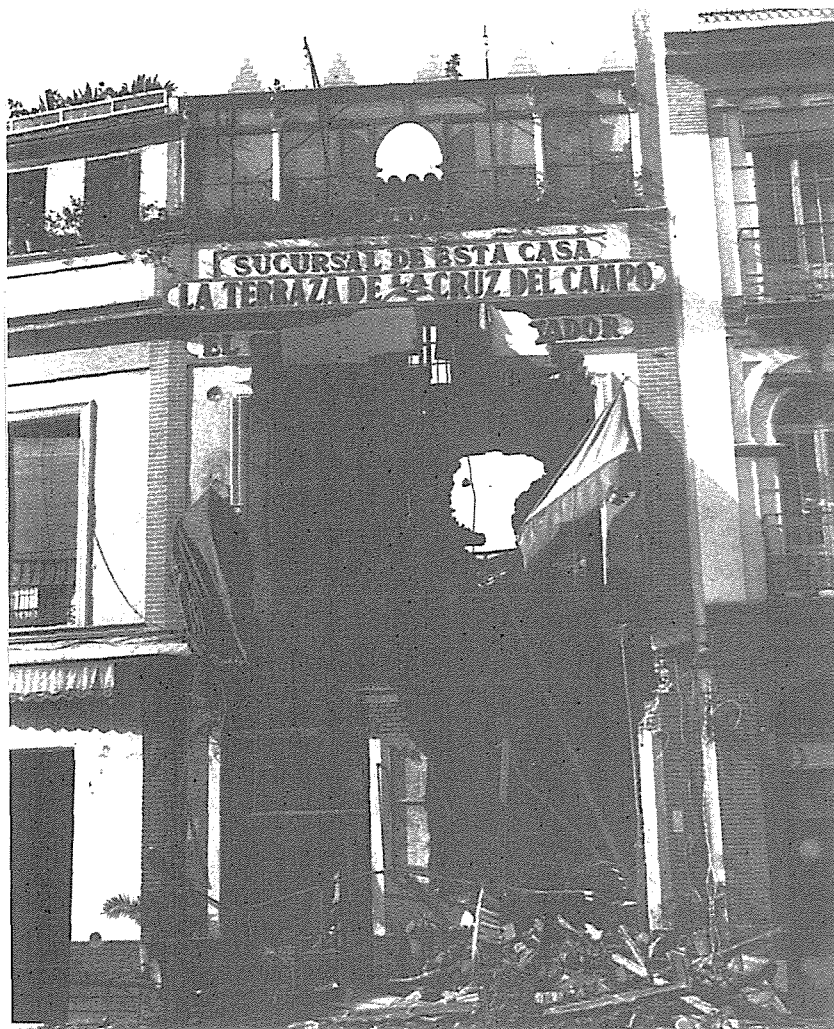
Lo más repugnante de lo ocurrido fue el asesinato de cuatro obreros indefensos en el Parque de María Luisa, al borde del Guadalquivir, y lo más estúpido el cañoneo de la “Casa de Cornelio”, en la Macarena, porque había sido punto de reunión, como café que era, de obreros revolucionarios.



Pedro Vallina durante un acto de la candidatura de los republicanos revolucionarios el 25 de junio de 1931 (▲). Blas Infante (▼), amigo personal de Vallina, y, a través de éste, abogado defensor en numerosos juicios contra anarcosindicalistas, centró sus esfuerzos políticos en el andalucismo (▼).







ucesos de las *bombas de mayo* de 1932 en Sevilla: "... lo más estúpido, el cañoneo de la Casa de Cornelio, en la Macarena..." (▲). Formación de tropas en el Altozano de Triana con motivo de estos hechos (▼). Folleto, bajo el seudónimo de *El Duende de la Giralda* (▲) para mantener el "riguroso incógnito periodístico", con la intención de aclarar las divergencias entre Vallina y la CNT.



Como los proyectiles pasaran a través de su objetivo y cayeran en distintos lugares de la ciudad, y la gente protestaba indignada, se suspendió el bombardeo, pues había otras casas señaladas para destruirlas a cañonazos.

El crimen del parque de María Luisa, en el que fueron asesinados cuatro obreros sevillanos, cuando se los conducía a una prisión, fue meditado y preparado con anterioridad, porque yo iba a ser uno de los sacrificados, cosa que no ocurrió porque se opuso en la preparación del crimen uno de los presentes, que conocía a mi padre. El asesinato de aquellos obreros inocentes produjo una impresión tan penosa en alguno de los testigos del crimen, que llegaron indignados a arrojar sus espadas y presentar la dimisión de su cargo; uno de ellos, el comandante Olaguer Seguí, con quien hube tratado la víspera de la caída de la monarquía, en nombre de Alcalá Zamora.

En los comienzos de la huelga general se me acusó, sin razón para ello, de ser el instigador del movimiento y de ir al frente de una columna de campesinos para apoderarme de Sevilla. Este relato apareció en la prensa y desde el primer momento se veía la intención de culparme de todo lo sucedido para anularme por completo. Aquellos obreros de Alcalá de Guadaira que fueron detenidos conmigo, al decir de la prensa, formaban parte de mi estado mayor revolucionario.

Allí estuve preso tres meses sin que comunicaran los motivos de mi detención, ni se me tomase declaración alguna. Meditando en mis días de encierro, encontraba cierto parecido entre aquellos sucesos y la insurrección de Jerez del año 1882, impulsada por agentes provocadores y secundada por obreros enardecidos, a pesar de la opinión en contra de Salvochea, que le valió a éste muchos años de presidio, acusado falsamente de instigador del movimiento, al cual él se había opuesto.

Cuando menos lo esperaba hicieron visita en el Castillo, en viaje de inspección, el coronel Varela, gobernador militar de la plaza, y el capitán general Trillo, y al interrogarlos sobre mi detención, me contestaron: “Nosotros nos hemos negado a intervenir en el caso de usted, por tratarse de una maniobra política de Maura y no haber fundamento para acusarle de nada”.

Un día llegó a la prisión un policía enviado del gobernador civil de Sevilla, y me puso en libertad sin explicación alguna, acompañándome en el viaje de regreso a mi casa.

En aquella época pude observar que los jefes militares hablaban despreciativamente de los gobiernos republicanos, y esa opinión pudo influir en su reclutamiento para la rebelión fascista. El general Cabanellas fue uno que desde el primer momento creía, y así me lo comunicó, que aquellos políticos perderían la segunda república, como otros parecidos perdieron la primera.

## Espanoles y portugueses encadenados

Al proclamarse la República en España me pareció el momento oportuno para ayudar a aquellos amigos a derribar la dictadura en Portugal, que constituía para nuestro país una vecindad peligrosa. Y como aparecieron algunos brotes de rebeldía en tierras portuguesas, hice un viaje a Madrid, donde me entrevisté con Jaime Cortesão,



eminente revolucionario portugués, que tenía la llave de la conspiración. Entre otras cosas, me comunicó indignado cómo antes no se había maltratado a los prisioneros políticos, pero desde que los fascistas se apoderaron del gobierno del país, las torturas eran cosa corriente. De pronto cambió la conversación y exclamó: “Observo que seguís aquí el mismo rumbo falso que seguimos en Portugal y que nos llevó a perder la partida”.

—Es exacto lo que usted me dice —le contesté—, y me he convencido desde el primer momento que estas calamidades de políticos perderán la República, pero le pido por favor que no me incluya entre esa gente, porque yo me opondré, si los obreros me ayudan, a sus torpes designios.

Por aquellos días se hicieron gestiones cerca de Lerroux y el gobierno republicano para obtener una ayuda eficaz en favor de los republicanos portugueses, alegando al mismo tiempo el peligro de una vecindad tan reaccionaria. Pero todo fue inútil; no quisieron que se hablara de aquel asunto; estando ellos triunfantes en sus puestos, les importaba poco que el pueblo portugués estuviese humillado y vencido.

No fue esta vez sola la que se trató de conseguir la ayuda de los republicanos españoles en favor del pueblo portugués. La última vez, la conspiración estaba bien tramada en Portugal y con probabilidades de éxito, pero carecían de armas cortas necesarias para asestar un golpe de muerte a los jefes de la reacción. Entonces vinieron a Sevilla algunos conspiradores portugueses, y como yo no podía proporcionarles las armas que necesitaban, me pidieron que los presentara al gobernador Vicente Sol, para que les ayudase moralmente a la compra de dichas armas, por las dificultades que se presentaban, pues no les faltaba el dinero necesario para ello. Les advertí la clase de hombre que era Vicente Sol, pero lo visitaron por su cuenta, siendo mal recibidos y rechazada con desdén su propuesta. Confieso que aquellos días tuve un disgusto grande en no poder ayudar, con la entrega de algunas armas, a los revolucionarios portugueses. Y es que por cada hombre de acción, se encuentran miles de charlatanes, incapaces de hacer algo serio.

El temor que tenía por la vecindad del fascismo portugués se tornó en realidad en el momento de nuestra lucha antifascista. Cuando las hordas del ejército fascista se aproximaban a Badajoz, algunos conocidos republicanos y socialistas, viendo su vida en peligro, se refugiaron en Portugal, creyendo que aquellos gobernantes respetarían el derecho de asilo, pero no fue así. Aquellos hombres perversos entregaron a los fugitivos a los esbirros de Franco, quienes les dieron muerte después de torturarlos. Entre otros, recuerdo al que fue mi amigo, el noble socialista revolucionario Nicolás del Pablo. Esas villanías fueron en los comienzos, pero después muchos fascistas portugueses se sumaron a las filas del ejército de Franco, al lado de otros mercenarios, italianos, alemanes y moros. Y durante la guerra, los antifascistas españoles que, acosados por sus enemigos, penetraron en suelo portugués, fueron perseguidos, encarcelados y asesinados.

Esta vergüenza de lo ocurrido en España y Portugal, a merced de Franco y Salazar, dos tipos repulsivos y sanguinarios, es un baldón para ambos pueblos y hay que tener confianza en que los hombres de la heroica Iberia no han desaparecido todavía y en un momento de decisión, sin regatear sacrificios, pueden aniquilar a sus torturadores. La Federación Ibérica, que no fue un hecho por la incapacidad de los políticos, debe serlo, por la voluntad de los trabajadores y la juventud de ambos

pueblos. Y una vez puestos de pie, habrá que arremeter con bravura, cueste lo que cueste, contra los dictadores y sus esbirros que han detenido la marcha de la revolución en aquellos países, haciéndoles retroceder a los peores tiempos y los han sumido en la esclavitud y en el oprobio.

Unirse como un solo hombre, no para hablar, sino para la acción revolucionaria, es un deber para los hombres de Portugal y de España, que no han perdido la dignidad humana y no se han sometido a la perversidad de gobernantes que han envilecido y traicionado a sus pueblos.

\* \* \*

A los pocos días de proclamarse la República, se celebró en Madrid un Pleno Nacional de la C.N.T. (20-29 de abril), en el que tomé parte, y ocupé la presidencia por acuerdo de los delegados presentes.

Entre los asuntos que se trataron, que tengo olvidados, figuró en primera línea obtener la libertad de los compañeros que estaban cumpliendo condena en los presidios.

Por acuerdo del Pleno fui con Peiró a visitar a Galarza, fiscal de la República, desde cuyo despacho se ordenó la libertad de los que quedaban encarcelados, entre otros el pintor Shum, el artista de las manos rotas.

## La cuestión agraria

A los pocos días de proclamarse en España la segunda República, hubo una reunión oficial en Madrid para tratar la cuestión agraria. De Sevilla fueron Blas Infante y el ingeniero Pascual Carrión, autor de la notable obra *Los Latifundios*, dos hombres de mérito que habían consagrado la mayor parte de su existencia al estudio del agro andaluz. A poco de su llegada a Madrid, me escribieron comunicándome sus impresiones, que eran desconsoladoras: la República no haría nada serio para resolver un problema tan urgente como el agrario. Por cierto que cuando llegaron a Madrid se encontraron casualmente con Demófilo de Buen que acababa de ser nombrado Consejero de Estado. Este individuo se negó a estrechar la mano que le tendía Blas Infante, y le dijo indignado: “No vacilaré en aconsejar al gobierno de la República el fusilamiento de usted y Pedro Vallina por su actitud en la cuestión agraria”. A lo cual contestó Blas Infante: “Con mucho gusto nos dejaríamos ambos fusilar en holocausto de los jornaleros andaluces, tan merecedores de los mayores sacrificios”. Y así murió Blas Infante, fusilado por los fascistas, cuyo triunfo facilitaron los republicanos de la categoría del citado Consejero de Estado. Demófilo de Buen era catedrático de Derecho en la Universidad de Sevilla, y hasta que se vislumbró el triunfo de la República, fue un melquiadista acérrimo que nos estorbaba todo lo que podía en las reuniones de carácter general que allí se celebraban, como, por ejemplo, cuando se pedía la retirada de nuestras tropas de Marruecos, que por lo visto el loro de Melquiades se oponía a tan justa medida. Demófilo de Buen murió en México enfermo de tuberculosis pulmonar, y no sería difícil que se contagiara en Sevilla de la

terrible enfermedad, que allí padecían muchos campesinos sin tierra, depauperados por el hambre y los sufrimientos.

Y a propósito, he aquí lo que supe de buena información. Al proclamarse la República algunos amigos de Sevilla, sin yo saberlo, pidieron a Lerroux que me diera un nombramiento en la dirección de Sanidad de aquella capital, a fin de que pudiera sentar la mano a algunos aristócratas que habían tomado como *sport* la cuestión de la tuberculosis. Lerroux hizo el nombramiento con gusto, pero el señor Saadi de Buen, que ocupaba un puesto de mando en la Jefatura de Sanidad, se apresuró a anularlo, diciendo: “La República tendrá que fusilar a Pedro Vallina y, por lo tanto, sería imprudente darle más fuerzas de las que tiene”. A mí no me fusiló la República, no por falta de ganas, pero Saadi de Buen, que se encontraba en Sevilla cuando la sublevación fascista, fue fusilado en el acto. Ni que decir tiene que lamento en el alma el fin trágico de ambos hermanos, al parecer unos sabios en la materia que cultivaban, aunque para mí vale más un ignorante bueno que un sabio malo, que no pone sus conocimientos al servicio de la igualdad, y aboga por el fusilamiento de los que la defienden.

\* \* \*

Como la cuestión agraria era un problema candente que no podía esquivarse, el diario *El Sol* de Madrid mandó un redactor a Sevilla con el propósito de dedicar varios números al estudio del agro andaluz.

Se entrevistó primero conmigo y después con Blas Infante y sus amigos. *El Sol* dio comienzo a su información, dedicando casi todo un número a una entrevista celebrada conmigo en Alcalá de Guadaira, donde entonces me encontraba. En el centro de la primera página aparecía mi retrato de tamaño grande. Allí expuse mi criterio, desde el punto de vista del comunismo libertario, y como solución inmediata daba una pauta sustentada por muchos amigos interesados en la solución del problema. Como los latifundios en Andalucía provenían de adquisición ilegítima, éstos se les entregarían a los jornaleros, y en vez de indemnizar a los propietarios, serían éstos, por los robos cometidos, los que indemnizaran a los jornaleros, de manera que pudieran sostenerse hasta la próxima cosecha. El sindicato de campesinos se encargaría de distribuir la tierra entre sus asociados, que pagarían una pequeña renta al sindicato y al municipio. El sindicato emplearía sus ingresos en proveer a los trabajadores de enseñanza técnica, de maquinarias, de abonos, de obras de riego, etc., y el municipio en satisfacer las necesidades públicas, higiene, escuelas, etc., desgravando los arbitrios en todas las manifestaciones del trabajo. “Como el gobierno de la República no será capaz —añadía al final de la entrevista—, de hacer nada justo sobre el particular, espero que un millón de campesinos sin tierra en Andalucía y Extremadura, que están de acuerdo conmigo, obrarán por su cuenta y riesgo, saltando sobre todos los obstáculos que se pongan en su camino”.

Mis palabras cayeron como una bomba en las esferas oficiales, y el primero que se indignó fue Fernando de los Ríos, que señaló con lápiz rojo mis palabras en el periódico y lo llevó a un Consejo de Ministros que se dedicó a este asunto. El director de *El Sol*, señor Aznar, fue llamado al citado Consejo y se le censuró por los trabajos que hacía para provocar una insurrección campesina. El citado periodista se quedó con la boca abierta y contestó que era conservador y no revolucionario, pero creía necesario

estudiar a fondo el problema agrario y darlo a conocer a sus lectores, por tratarse de un asunto de palpitante actualidad.

Lo cierto es que la entrevista de Blas Infante que siguió, y la opinión de otros amigos, fueron mutiladas por la censura, y que los más conocidos escritores socialistas en la cuestión agraria escribieron sendos artículos, a las órdenes del gobierno, refutando mis argumentos y, sobre todo, negando que mi influencia en los campesinos fuera tan grande, que era motivo principal de la preocupación del gobierno.

Fue entonces cuando el sensato Marcelino Domingo, que creo era Ministro de Agricultura, descubrió que yo estaba loco y él cuerdo. Mal hacen los cuerdos ahora en lamentarse de las torpezas que cometieron en ése como en los demás problemas que afectaban a la seguridad de la República.

## Sublevación de los campesinos de la Siberia extremeña

Algún tiempo antes del levantamiento fascista me encontraba en el extremo norte de la provincia de Badajoz, distrito de Herrera del Duque, donde mis prédicas habían arraigado profundamente en los campesinos. Un día disolvimos por la fuerza los ayuntamientos reaccionarios que se habían constituido a raíz del triunfo electoral de Gil Robles y comparsas, y los sustituimos por verdaderos comités revolucionarios, compuestos por trabajadores del campo, que tenían la sola intención de hacer la revolución social y proclamar el comunismo libertario.

El pueblo más importante de aquella comarca era Siruela donde, por lo general, residía a temporadas, y de donde irradiaba mi propaganda a una extensa zona que comenzaba en Cabeza de Buey y acababa en los límites de las provincias de Cáceres y Toledo, y que penetraba como una cuña en la provincia de Ciudad Real hasta las minas de Almadén.

Como los acontecimientos se precipitaban y no podía perderse un minuto en divagaciones, un día me presenté en Siruela, ocupé el sillón presidencial de aquel ayuntamiento, con el beneplácito de sus componentes, y llamé con toda urgencia a mi amigo Rufo Avellán, administrador del potentado duque de Fernán Núñez, un idiota dueño de aquel territorio y de otras catorce dehesas más, repartidas por el suelo español.

A poco se presentó don Rufo algo receloso, porque sabía por demás que en ciertas circunstancias no tengo amigos, y que mi bondad natural desaparece para dar plaza al hombre de acción. Después de tomar asiento apareció un alguacil con un manojo de pesadas y sucias llaves, y me dijo:

—Las llaves de la cárcel, compañero presidente.

Aquella treta la inventó el pícaro alguacil, y ponía los pelos de punta al interesado, porque en verdad la cárcel era la peor de las zahúrdas. Pero ellos la habían hecho para encerrarnos a nosotros.

—Según tengo entendido, amigo Rufo, usted es el administrador del duque de Fernán Núñez, un bandido ilustre, cargo extremadamente peligroso en la época que atravesamos y que puede costarle muy caro. Yo le aconsejo que renuncie a su puesto y se una al pueblo en revolución. Déjese de servir de mastín defensor de los ganados del

duque. Por lo pronto me va a entregar las llaves del palacio, que desde este momento no pertenece al duque, sino al pueblo de Siruela, a quien lo entrego en nombre de la revolución social.

Sacó un manojo de llaves que tenía en uno de los bolsillos de su chaqueta y me lo entregó con una ligera reverencia. Como no siguió mis consejos, poco después fue fusilado por el pueblo, como otros muchos, que lo tenían bien merecido.

La posesión del palacio del duque de Fernán Núñez por el pueblo de Siruela, fue algo así como la toma de la Bastilla. Los vecinos invadieron con júbilo las dependencias, en las que por tantos años habían depositado la mayor parte del tiempo de su trabajo, como diezmos pagados al señor feudal. En aquel soberbio edificio, cuyos muros desafiaban la acción de los años, hubo sitio sobrado para el Ayuntamiento, juzgado, escuelas y hospital.

Animado por aquel éxito repetí la suerte haciendo al pueblo la entrega de la inmensa dehesa que el duque tenía en Siruela, comprendiendo casi todo el término municipal.

Por cierto que tales medidas me valieron dos telegramas del entonces gobernador de la provincia de Badajoz, señor Granados. Mi contestación, después de excusarme de no poder acudir a su despacho, fue que no cometía acto ilegal, sino que entregaba al pueblo lo que era suyo. Poco después, las autoridades de Badajoz huían de la ciudad, que cayó fácilmente en manos de los fascistas, después de barrer la mayor parte de la provincia, pero nunca pudieron penetrar en el territorio libre de la Siberia extremeña, donde había unos hombres acostumbrados a otras luchas que a las electorales. Una vez encontré al señor Granados en México, y recordando aquellos sucesos, mientras estrechaba mi mano me dijo: "Ojalá hubieran sido todos como usted, y entonces no nos hubiéramos visto obligados a salir de España".

De los episodios que allí se desarrollaron, muy largos de contar y muy interesantes, voy a referir sólo uno, que motivó que considerara el día que tuvo lugar como el más feliz de mi existencia. Fue una felicidad inmensa, por la que había suspirado toda mi vida.

\* \* \*

Un anochecer llegué a Siruela cuando menos me esperaban y pronto se llenó de campesinos la casa que ocupaba en uno de los extremos del pueblo. Se quejaban de su situación y de las dificultades que encontraban en su camino. "Desengañaros —les dije—, mientras la propiedad privada de la tierra no pase a ser propiedad común de los campesinos, sin ingerencia extraña, no dejaréis de sufrir los males que os aquejan, y esa transformación se hará a corto plazo". "Eso nos dices siempre para animarnos, pero ya desesperamos de que llegue la hora". "La hora va a sonar muy pronto —les constesté—. Marcharos en seguida a cenar y pasar aviso para que a las diez de la noche, se presenten aquí todos los jefes de calle". Les invité a tomar un vaso de buen vino del que allí se produce y todos brindamos por el triunfo de la revolución social.

A las diez de la noche se presentaron en mi casa todos los jefes de calle, un grupo de campesinos escogidos por sus condiciones morales.

—La hora más grande de la vida de los trabajadores de esta comarca —les dije—, va a sonar en el reloj de la historia, porque marca la abolición de la propiedad privada

de la tierra—. Les comuniqué las instrucciones que traía, saliendo todos de casa preocupados para ejecutarlas. Al sonar la primera campanada de las once, los jefes de calle golpeaban las puertas de las casas haciendo levantar a todos los vecinos útiles: hombres, mujeres, viejos y niños grandecitos. Y aquella inmensa muchedumbre estuvo hasta el alba alumbrada por la más bella luna, rompiendo todas las vallas que marcaban la división de la tierra y tomando posesión de las fincas de labranza.

Y cuando el crepúsculo matutino anunciaba la venida de un nuevo día de felicidad y de justicia social, todos se congregaron en la amplia plaza de la ciudad, como les había indicado.

Aquella noche estuvo reunido el comité revolucionario que constituía el municipio, y en aquella sesión quedó abolida la propiedad privada de la tierra, que pasaría en forma comunal a los campesinos, para que ellos la explotaran a su gusto y sin ninguna injerencia extraña del Estado.

Se enarboló la bandera en un balcón del Ayuntamiento, y comuniqué la buena nueva a los reunidos, saliendo mi voz de lo más profundo de mi alma y retumbando en aquella plaza como un trueno. La multitud emocionada se descubrió la cabeza y saludó con la salida del sol el nacimiento de una vida nueva.

Y esta operación que se realizó en Siruela, tenía lugar a la misma hora y en el mismo día en todos los pueblos de aquella comarca.

¡Nunca pudieron pisar aquel suelo libre las hordas fascistas, y se resistió con las armas en las manos hasta el último momento!

Uno de aquellos héroes, un joven campesino que ascendió a capitán en la pelea, viendo nuestra causa perdida por el momento, escondió sus armas en el tronco hueco de una vetusta encina, llegó a su casa saltando por las tapias de los corrales, cuando ya los fascistas gritaban venganza, abrazó a su mujer y sus hijos, atravesó a pie casi toda España, y sorteando los peligros, penetró en Francia y llegó al campo de concentración de Argelès-sur-Mer, donde me encontraba, para abrazarme y comunicarme los últimos sucesos allí ocurridos.

## La insurrección de Asturias en Extremadura

Corría el año de 1934. Aunque vivía entonces en Almadén, pasaba una parte de la semana en los pueblos extremeños de Siruela y de Talarrubia, trabajando en mi profesión.

En los pueblos de la Siberia extremeña, los ánimos estaban preparados para una lucha armada contra los reaccionarios, que amenazaban destruir la República; pero en los lugares restantes de la provincia de Badajoz no ocurría así, a pesar de que se hacían preparativos minuciosos, inspirados por Largo Caballero, para preparar el movimiento revolucionario.

Había visitado los pueblos de la Siberia extremeña y todos estaban impacientes por lanzarse a la lucha, pero desconfiaba de lo que pudiera ocurrir en el resto de la provincia, por lo que les aconsejé esperasen hasta que volviera con informes concretos.

Entonces fijé mi residencia en Talarrubia, sede de algunos millonarios extremeños, donde el socialismo había echado muchas raíces, aunque no muy profundas. A poco de mi llegada se fijó la fecha del movimiento revolucionario, coincidiendo con el de Asturias,

y de Badajoz salieron varios emisarios que recorrían los pueblos llevando la orden del levantamiento insurreccional. Los delegados cumplieron muy bien con su misión, pero los pueblos no respondieron a lo que se habían comprometido.

¿Qué causas motivaron este fracaso? No hacía mucho tiempo que se había declarado una huelga de los campesinos, en la que se agotaron muchas energías, además de ser encarcelados y deportados los obreros más activos. Las luchas electorales no son la mejor gimnasia para preparar la rebelión armada. A veces no basta una orden llevada por un delegado para desencadenar la lucha, sino que es necesario ponerse a la cabeza de los rebeldes y llevarlos al combate. Este último procedimiento no me ha fallado nunca.

En Talarrubia los jóvenes habían constituido un grupo con un plan a desarrollar en los comienzos de la lucha, siendo el primer objetivo apoderarse del cuartel de la guardia civil. Cuando recibieron la orden del levantamiento, se quedaron sorprendidos y no la cumplieron. Lo que hicieron fue venir a buscarme y hacerse los ignorantes, preguntándome qué debía hacerse.

—Hace tiempo —les contesté— os comprometisteis a una acción revolucionaria, y cuando ha llegado el momento de ejecutarlo no habéis sido capaces, poniendo en guardia a nuestros enemigos con vuestras vacilaciones.

Enmudecieron y salieron de mi casa marchándose a dormir.

Aquella misma noche oí por la radio el angustioso llamamiento de Companys, y supe del fracaso del movimiento revolucionario en Cataluña.

Al día siguiente, a poco de amanecer, salí de Talarrubia, donde no había nada que hacer. Cuando llegué a Siruela, numerosos guardias de asalto patrullaban por las calles. Los obreros impacientes esperaban mis noticias. Les expliqué lo que había ocurrido en el resto de la provincia y el fracaso del movimiento en Barcelona. Entonces se acordó continuar alerta y esperar el curso de los acontecimientos.

Partí para Almadén, en cuya cuenca minera y en la de Puertollano podían movilizarse algunos miles de hombres, en el caso de que el movimiento asturiano conservara su pujanza. Era de noche cuando llegué a Almadén y aunque la gente conservaba los mejores ánimos, no era el momento de lanzarse a una lucha cuando las noticias recibidas de todas partes eran desconsoladoras. A poco observé que numerosas fuerzas de la guardia civil se iban concentrando en la ciudad y ocupaban los sitios estratégicos.

Acababa de dormirme cuando me despertaron fuertes golpes dados en la puerta de mi domicilio. Abrí y me encontré con numerosos guardias civiles enfrente de la casa con el fusil en la mano. El sargento de Siruela que mandaba las fuerzas, procedió a mi detención y me invitó a ocupar un automóvil que llevaba, propiedad del rico propietario y cacique de Siruela, el repetido Arturo Moreno, de quien hemos hablado en otro lugar; este vil personajillo, descendiente del “Verdugo de Málaga”, el traidor de Torrijos, que durante la revolución fue fusilado con una veintena de individuos de su misma parentela. Fui introducido en el coche y un guardia civil se sentó al lado del chófer y otro a mi lado. El coche se dirigió a la provincia de Badajoz, seguido de varios vehículos cargados de guardias civiles. Al entrar en la provincia extremeña hicimos alto en el pueblo de Tamurejo donde detuvieron al médico socialista Antonio Madrid, llevándolo en automóvil escoltado como yo iba, sin permitirnos comunicarnos. Diré, de paso, que Antonio Madrid era el hombre de más méritos

que encontré en aquella región; me acompañó en todas las empresas revolucionarias, luchó durante la guerra y al final fue traidoramente asesinado por los fascistas.

Salimos de Tamurejo y paramos poco tiempo en la puerta del cuartel de Siruela, partiendo luego para Talarrubia, en cuyo cuartel, construido por los millonarios extremeños en un sitio estratégico, nos detuvimos largo rato.

De allí partimos para Badajoz, y como quiera que el guardia civil que iba sentado al lado del chófer intentara conversar conmigo, el que estaba a mi lado me dijo, en voz baja, con sorpresa mía: “Tenga usted cuidado con ése, que no es compañero”. Después supe que aquel guardia civil que tal advertencia me hacía, había prestado señalados servicios de información a los compañeros de un pueblo cercano. En aquel fuerte ambiente de revolución no era extraño que algunos se contaminaran, y no fueron pocos los guardias civiles que me ofrecieron su ayuda, uno de ellos en el mismo cuartel de Talarrubia.

Como se corriera la voz en el viaje que yo era Azaña, salía numerosa gente a los caminos a verlo pasar, pero al explicarles su error me tendían la mano con emoción y cariño.

\* \* \*

Un antiguo palacio que perteneció al favorito Godoy, según cuentan por allí, se utilizaba en Badajoz como cárcel, en la que estuve detenido varias veces. Era un edificio tosco y sin ningún ribete de artístico y parecía construido para prisión. La correspondencia para los presos no iba dirigida a la cárcel, sino al Palacio de Godoy, por lo que el remitente podía ignorar el domicilio auténtico de aquél a quien se dirigía.

A mi llegada a Badajoz me llevaron con el médico de Tamurejo al Palacio de Godoy donde quedamos detenidos. Aquel lugar tendría cabida para unos 200 hombres, pero entonces pasaban de 1.000 los alojados, además de otros tantos que estaban detenidos en un cuartel.

Todos estaban presos como conspiradores peligrosos, aunque por allí no se había alterado el orden en lo más mínimo. Salvo el que esto escribe, los demás eran socialistas y republicanos. Había entre ellos campesinos, artesanos, maestros de escuela, veterinarios, médicos y abogados. Todos daban la impresión de ser excelentes personas y amantes de la libertad y de la justicia social.

Algunos de los detenidos me eran conocidos, entre ellos los encartados en los sucesos de Castilblanco de los Montes, en que perecieron los guardias civiles de aquel pueblo.

Un día vinieron a visitarnos dos diputados socialistas, cuyos nombres he olvidado, y a pesar de la inmunidad parlamentaria de que gozaban, fueron encerrados, como vulgares maleantes, con nosotros. Una madrugada, desvelados por la dureza del suelo en que dormíamos, aquellos diputados hicieron elogios calurosos de la Constitución que habían votado, la mejor del mundo, según ellos. Tuve que llamarlos a la realidad y decirles que la prisión suya demostraba palpablemente la inutilidad de las leyes que habían votado. Pocos días antes había sido asesinado de un tiro en la cabeza por un fascista, envalentonado por la atmósfera que se respiraba, un diputado socialista campesino, cuyo nombre he olvidado, y que era molestado constantemente por la guardia civil en sus viajes por la provincia.



Como una vez el director de la prisión me manifestara su inquietud por el número de detenidos que había en un espacio tan reducido y el disgusto que reinaba entre ellos, le aconsejé que dejara a los presos hacer lo que deseaban, es decir, que se comunicaran entre ellos sin separación alguna, que se les permitiera beber un solo vaso de vino en la cantina, hacer café en los patios, etc. Así lo hizo como un ensayo y el resultado fue excelente. Los detenidos soportaron todas las incomodidades de la prisión con tal de gozar con una poca de libertad allí dentro. Ensayos parecidos ya había presenciado en la cárcel de Sevilla y en el fuerte de Santa Catalina en Cádiz.

Sólo había cuatro detenidos que gozaban de privilegios y eran tratados con toda consideración; para ellos tenían destinada una habitación y dormían en camas de hierro. Eran jóvenes fascistas de uno de los pueblos de la provincia de Badajoz y decían que se comunicaban con Primo de Rivera. Los presos políticos los miraban como una curiosidad, pero no se daban cuenta del peligro que encerraba el fascismo. Por lo visto esto era general, porque algún tiempo antes había leído en uno de nuestros periódicos que el fascismo no encontraría ambiente en España. Siempre he creído que en nuestro pueblo hay ambiente para todo lo malo.

Poco a poco fueron saliendo en libertad todos los detenidos, pero yo fui uno de los últimos, pasando allí encerrado más de tres meses.

La inventiva de aquellos esbirros, para justificar nuestra detención, era extraordinaria, forjando complots imaginarios sin fundamento alguno.

El eje de aquellos complots era mi modesta persona y a la mayor parte de los detenidos se les acusaba de estar en relación conmigo. Don José Aliseda, diputado socialista, abogado e inspector de escuelas, según la acusación, llevaba las bombas que yo fabricaba y las entregaba a los maestros de escuela en su visita de inspección. Esto hacía reír a los detenidos, pues Aliseda era por su temperamento extremadamente fascista, e incapaz de semejante maniobra en extremo peligrosa.

El tiempo que estuve allí recluido lo pasé entristecido porque me daba cuenta del peligro que corría la República y de los males que amenazaban al pueblo. Mis presentimientos no tardaron en convertirse en realidad. Al proclamarse la República no se hizo la revolución necesaria y después todos los intentos insurreccionales, como el de Asturias, fracasaron estrepitosamente.

No hay nada que decir de los enemigos de la revolución social; estaban en su lugar al conducirse tan calamitosamente. Pero los otros, los que se llamaban revolucionarios sin serlo en la práctica, no valían gran cosa.

Las consecuencias de aquella incapacidad, las estamos sufriendo ahora, por culpa de los unos y de los otros. Y lo triste del caso es que hay muchos que no han sacado ningún provecho de la terrible lección sufrida, sino, por el contrario, siguen más desorientados que antes.

## Andalucía libre

No recuerdo la fecha exacta, pero fue la víspera de las primeras elecciones a diputados a cortes que iba a celebrar la segunda República.

Entonces llegaron a Sevilla, Ramón Franco, Rada, Raixac, Juan Galán, Justiniano García y el doctor Enrique Castell, a los que pronto se sumaron Balbontín y Rodrigo Soriano. Se pusieron de acuerdo con Blas Infante, Pascual Carrión y otros andalucistas significados, para realizar el plan que traían de una Andalucía libre, donde la libertad y la justicia social fueran una realidad.

Todos vinieron a visitarme y recabaron mi ayuda para la revolución andaluza que preparaban. Acepté tomar parte en el movimiento revolucionario, pero no me pareció acertado, y así se lo comuniqué, aplazar la fecha de la insurrección hasta después de la celebración de las elecciones, sino de realizarla inmediatamente, para lo cual el ambiente estaba preparado. Desde luego, rechacé rotundamente la invitación de presentar mi candidatura, entre las suyas, en aquellas elecciones que tanto les preocupaban; dicha invitación, en vez de halagarme, me ofendía, como una medida antirrevolucionaria que nos llevaría al fracaso.

Ramón Franco me aseguró que estaba de acuerdo con Maciá y que podíamos contar con la ayuda de Cataluña. Además, como director que era de la aviación militar, podíamos disponer de los aviones de guerra para destruir los cuarteles que no se unieran al movimiento revolucionario. En efecto, en una visita que hice al aeropuerto de Tablada, donde fui recibido por su director el coronel Camacho, pude confirmar, por el espíritu de los soldados, las promesas de Ramón Franco.

Todos los esfuerzos que hice para hacer desistir a aquellos hombres de su participación en las elecciones a diputados, fueron inútiles, y entonces comprendí que con la política padecían una enfermedad mental que no podía curarse como no fueran confinados y sometidos a un régimen muy severo, como, por ejemplo, a los morfinómanos.

En las asambleas que se celebraran en Sevilla y en los pueblos de la provincia, la muchedumbre respondió con tanto entusiasmo que no había locales con bastante capacidad para contenerla, y a veces tenían que celebrarse aquellas asambleas en el campo, al aire libre. Y es que yo les hacía conocer de lo que se trataba, de una revolución social, y no de elecciones a diputados.

En la última asamblea que se celebró, si no me equivoco en Lora del Río, se hundió el escenario del teatro, bajo el peso de tanta gente, resultando Ramón Franco y Juan Galán con las piernas fracturadas.

La noche siguiente al día que ocurrió aquel accidente, tenía preparada a la gente en Triana para apoderarnos del aeropuerto de Tablada. Pero en el momento que se reunía la muchedumbre, llegó a aquel lugar en un automóvil la mujer de Ramón Franco y el mecánico Rada con la orden de Ramón Franco de detener el movimiento porque Sanjurjo se había posesionado del aeropuerto y había preparado su defensa militar. Franco se encontraba allí detenido y herido.

Ramón Franco triunfó en las elecciones de Barcelona y Sevilla, y entró en el Parlamento con el acta de la primera ciudad, donde hizo un papel ridículo, pues no servía ni como parlamentario charlatán.

Desde aquel momento no volví a tener noticias directas de Ramón Franco, que me parecía un hombre valiente y bien intencionado. Después me contaron que para domesticarlo lo mandaron a Italia, para que conociera las excelencias del fascismo, de donde pasó para perfeccionarse como delegado a la embajada española en Estados Unidos. También se dice que tomó parte en la guerra fascista contra el pueblo español, muriendo en un accidente de aviación.

No estaría de más investigar la causa de su muerte, como la de los generales Cabanellas, Mola y Sanjurjo, donde parece que hay otro enigma como en la muerte de Kennedy en Estados Unidos.

## La revolución española

Hemos llegado en estas memorias a la víspera de la sublevación fascista que venció, ayudada por algunos países extranjeros, a la resistencia heroica que opuso el pueblo español, y que domina en España hace casi treinta años.

¿Cómo fue posible tal solución cuando la monarquía había caído por sus propias faltas y apuntaba una república que hacía posible otras soluciones de justicia social? He aquí mi respuesta: las torpezas que se cometieron fueron tan grandes, que ni a propio intento se hacen mayores. Me explicaré: en 1904 estuve una temporada de incógnito en España, llamado por elementos que querían hacer una revolución, pero que carecían de armas para el combate. Con nombre falso arrendé una casa grande donde se depositaban los fusiles que pudieran comprarse, y además monté un laboratorio de química para la fabricación de explosivos, que enseñé a hacerlos y manejarlos. Como se aplazara la fecha de la insurrección, y el gobierno tenía indicios de mi permanencia en España, volví a París en espera de los acontecimientos.

En abril de 1905 se anunció la próxima llegada de Alfonso XIII a París. La policía estrechó mi vigilancia y tenía la seguridad que sería detenido algunos días antes que llegase el rey, como así lo habían hecho la última vez cuando llegó a París el monarca italiano.

Entonces recibí un comunicado de España, en el que se decía que se había fijado la fecha de la sublevación en ausencia del rey, que sería cuando llegase la noticia de su muerte en París, en un atentado que yo quedaba encargado de ejecutar.

Contesté aceptando la delicada misión que se me encomendaba, pero propuse que se me dejase escoger el lugar del atentado, porque París presentaba serias dificultades, estaba muy vigilado y se me detendría antes de la llegada del rey. No aceptaron mi propuesta e insistieron que el atentado fuera en París.

Y el atentado tuvo lugar en París, como se pretendía, estando preso desde algunos días antes. Como el rey salió ileso, la revolución en España no tuvo lugar.

Durante el atentado de Morral en la calle Mayor de Madrid, me encontraba refugiado en Londres y allí tuve la noticia. Otro fracaso como el de París. Alguien propuso que fuera Morral acompañado por otro revolucionario, para el caso de que fallara, pero no se aceptó la propuesta, y Morral fue solo.

Ni el atentado de París ni el de Madrid tenían por qué fracasar si se hubieran preparado bien, y entonces la revolución en España hubiera terminado con la monarquía y con ello el triunfo fascista.

Llegó el año 1931 y Alfonso XIII se eliminó él mismo y salió de huida; le sustituyó un gobierno republicano que se esforzó en detener la marcha de la revolución. En las páginas de esta memoria hago referencia de mi intervención en la proclamación de una república duradera que hiciera justicia a las clases trabajadoras, pero no lo conseguí y fui perseguido como en los tiempos de la monarquía.

La sublevación fascista fue anunciada con mucha anticipación, y entonces se presentó la ocasión de haberla aplastado en germen, pero no se hizo por incapacidad revolucionaria.

Pero ahora es urgente, con la experiencia adquirida, hacer la revolución en España y barrer el fascismo, de cuya persistencia debemos avergonzarnos.

\* \* \*

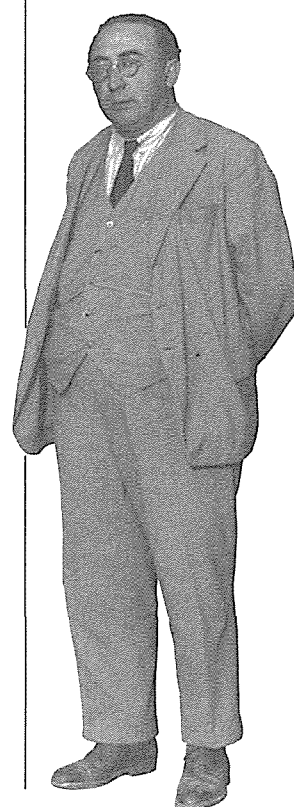
En la segunda parte de mis memorias<sup>1</sup>, consagradas a mi intervención en la guerra fascista, se hará mención a los aspectos siguientes:

- 1º El fracaso de la República fue debido esencialmente a que hizo derramar injustamente la sangre de los obreros, únicos que la defendieron y que eran su soporte, mientras que sus enemigos gozaron de distinciones y privilegios.
- 2º No fue atacada ninguna de las cuestiones básicas que exigían una solución inmediata, causa del desencanto de las clases populares, como son la cuestión agraria, propiciando un reparto equitativo de la tierra al campesinado paupérrimo; el problema militar, hasta reducir el parasitismo dorado de sus elementos a un mínimo que no puedan representar un peligro de casta para lo sucesivo; el problema clerical, para acabar con la explotación de las capas más ignaras del pueblo, por quienes eternamente no han sido más que amanuenses, colaboradores y partícipes de los ricos, los explotadores y los malvados.
- 3º El fascismo internacional, respaldado por Hitler y Mussolini, en colaboración con el Vaticano, fueron los puntales de la sublevación de los reaccionarios españoles, como medida para ampliar la base de su inclinación totalitaria en Europa.
- 4º Posición claudicante y negativa de las llamadas democracias que, con su actitud hipócrita y falaz, dejaron obrar a la reacción internacional con el fin de que aplastaran a España, por temor a que se convirtiera en un baluarte de la libertad.
- 5º Narración heroica del pueblo español frente al nazifascismo interno y externo.
- 6º La C.N.T., que pudo haber hecho triunfar una revolución de tipo social, desvió su camino incrustándose a las tareas gubernamentales sin que obtuviera un resultado práctico.
- 7º Cómo combatir a las dictaduras. El verdadero espíritu revolucionario estriba en no violentar jamás la voluntad del pueblo.
- 8º Labor de la oposición en el interior. Los refugiados y su obra por la liberación de España. Cómo anular a Franco o a cualquier otro dictador.

---

1 N.E.: Final del primer tomo de la edición original. Este texto corresponde al colofón que anunciaba el contenido de la segunda parte, que esta edición presenta de forma unificada.

- En vísperas de la revolución de 1936
- La insurrección
- Camino de Santa Eufemia
- En Santa Eufemia
- Almadén en la revolución
- Impotencia de la Guardia Civil
- La sublevación popular
- Las primeras víctimas
- Almadén en peligro
- La columna del Gobernador
- Agosto de 1936
- Los "rojos" ocupan Sigüenza
- El convento de las ursulinas
- Sanidad y cultura
- Mauro Bajatierra
- Se teme el desastre
- Un combate
- Un condenado a muerte
- Al borde del abismo
- Un pueblo bajo la revolución
- Espías y traidores
- El desastre
- Madrid en peligro
- Llegada a Tarancón
- La huida del Gobierno
- De Tarancón a Cuenca
- Los hombres del pueblo
- Un hospital del pueblo
- El hospital de "El Cañizar"
- Los hombres de Pajaroncillo
- Un ataque al hospital
- El espía
- Aparecen los rusos
- Cocina libertaria
- Los guerrilleros
- Un desastre moral
- Viaje a Cataluña
- Soldados envenenados
- En Valencia se estudia
- Los bombardeos de Valencia





## En vísperas de la revolución de 1936

Poco antes de la Revolución había fijado mi residencia en Almadén, donde encontraba una cierta seguridad personal para la propaganda, tratándose de una ciudad de abolen-gio republicano, en la que contaba con numerosos amigos y partidarios.

Por entonces la situación se presentaba amenazadora. Los reaccionarios conspiraban descaradamente y se mostraban cada día más osados. Los trabajadores se agitaban confiados en el próximo triunfo de su causa, midiendo mal la fuerza del enemigo y sobre todo su perfidia.

Aquellos días asistí a dos grandes desfiles de camisas rojas, el uno en Ciudad Real, y el otro en Badajoz, congregándose las fuerzas revolucionarias respectivas de ambas provincias. Aquellas multitudes gritaban sin cesar con voz monótona: “¡Viva Largo Caballero, el Lenin español! ¡Gobierno obrero y campesino!” A lo que yo contestaba “¡Viva la Revolución social! ¡Viva la anarquía!”

El desfile en Badajoz fue imponente y pudiera decirse que se habían congregado allí los trabajadores extremeños educados en las doctrinas y tácticas del socialismo político. “Qué te parece tanta gente”, me preguntaban a cada caso los espectadores entusiasmados, a lo que yo respondía invariablemente: “Esto es muy bonito y pintoresco, pero no sirve de nada para una revolución”. Y así fue; los fascistas conquistaron la provincia de Badajoz con un simple paseo militar, así como la de Sevilla. Las masas populares, tan bien dispuestas, habían sido reducidas a la impotencia por la incapacidad revolucionaria de sus directores.

Encontrándome en Almadén fui llamado con toda urgencia a Madrid por unos amigos militares que traían una información amplia de la conspiración que se tramaba en Marruecos. Me informaron de lo grave de la situación y lo próximo que, según ellos, estaban del estallido del complot. Hicieron algunas gestiones en el Ministerio de la Guerra, sin resultado alguno, y se resignaron a esperar los acontecimientos, armas al brazo.

Yo me volví a Almadén y comuniqué a mis amigos los temores que existían de una intentona fascista, así como de la poca confianza que inspiraban los gobernantes para sofocarla, quienes más que hombres viriles, parecían mujerzuelas ridículas.

Resolvimos doblar nuestra vigilancia y obrar por nuestra cuenta.

\* \* \*

Hacía años que las minas de Almadén eran una presa codiciada por los italianos, no teniendo ellos más que unas tierras arcillosas con escasa cantidad de mercurio.

Durante la Dictadura de Primo de Rivera, en la que éste y Alfonso XIII estuvieron en Italia, se estableció un consorcio para la venta del mercurio por ambos países, al parecer desventajosa para España. Entonces se aumentaron las horas del trabajo en la mina, para alcanzar más rendimiento, a costa de la salud de los trabajadores, que sufrieron lo indecible. Durante la guerra los italianos hicieron presión sobre Franco para la toma de Almadén, que no pudo realizarse gracias a la derrota que sufrieron en el río Sujar. Para desorganizar la resistencia, hicieron asesinar en Valencia, en uno de sus viajes, al ingeniero de las minas, un asturiano llamado don Leopoldo, que había sido mi colaborador fiel durante los primeros días de la guerra.

En Almadén, los elementos reaccionarios eran muy escasos en número, aunque había republicanos de Alcalá Zamora y de Lerroux, de conducta dudosa. Sobre estos elementos influía el miserable asesino general Queipo de Llano, que de vez en cuando pasaba allí unos días de montería en un coto cercano a Almadén, propiedad de los hermanos Márquez.

Aquellos elementos, aunque escasos, tuvieron habilidad para hacerse los amos de la situación y preparar la entrega de la ciudad y las minas al fascismo. Pero apercebidos de sus planes, nos fue fácil hacerlos fracasar en su propósito.

Una noche, a la cabeza de una columna de revolucionarios, tomé por asalto el Ayuntamiento, detuve a sus componentes fascistas e hice que el pueblo nombrara un municipio popular, capaz de asumir la responsabilidad de la situación.

Acompañado sólo por dos amigos, una mañana me dirigí al coto de los Márquez, del que tomé posesión en nombre de la revolución social, que para mí ya había comenzado. Hice entrega del hermoso coto a los cazadores de Almadén, que hasta entonces se habían conformado con cazar unos pajaritos, los cuales cazaron a sus anchas las reses montunas, colocando en una colina una caldera llena de carne para que comiera todo el mundo. Destiné la casa de la finca para sanatorio antituberculoso de los niños, porque reunía condiciones excelentes para ello, tanto por el número de departamentos como por la ventilación que tenía.

Poco después el pueblo de Almadén se sublevaba en masa y detenía a los altos empleados de la mina, sospechosos de fascistas y de una moralidad incierta, entre ellos al jefe de Sanidad que había dado el visto bueno al aumento de horas de trabajo en la época de Primo de Rivera. No se les colgó, como se merecían, pero se les mandó al Ministerio de Hacienda llevando cada uno un cartelón en las espaldas que decía: “facturados en gran velocidad como indeseables”. Por aclamación fui nombrado por el pueblo jefe de Sanidad de aquellas minas y aunque me negué por el momento a aceptar el cargo, me obligaron a tomar posesión, recordándome unas palabras que yo había pronunciado en no sé qué ocasión: “La voz del pueblo es la voz de Dios”.

Los mineros de Almadén se incautaron de las minas, que eran un modelo de mala administración del Estado, y las hicieron marchar convenientemente, dirigiendo los trabajos los capataces de minas, educados en aquella Escuela de Capataces, de la que tantos hombres de mérito, teóricos y prácticos, habían salido.

Cuando llegaron a Madrid los empleados expulsados de Almadén, se produjo en las altas esferas un revuelo muy grande, y se corrió la voz de que yo había proclamado en las minas el comunismo libertario que, por otra parte, esperaba la mejor ocasión



para hacerlo. Después de un fuerte altercado por teléfono con Casares Quiroga, el Gobierno decidió enviar a Almadén una comisión de ingenieros, entre ellos un hermano de Ortega y Gasset, quienes quedaron altamente satisfechos de la marcha de la mina y de los planes que se tenían para el futuro.

El señor Ortega y Gasset me pidió por favor, en su nombre y en el de la Escuela de Ingenieros, que permitiera la vuelta del ingeniero don Carlos, quien, con su esposa y numerosa prole, careciendo de recursos, se había acogido a su protección. Después de consultar a los representantes del pueblo de Almadén, accedí a la vuelta de don Carlos. Por cierto que aquel hombre cambió por completo de conducta y se condujo en extremo correcto, poniéndose incondicionalmente al servicio de la causa popular. Ya era otro el ambiente moral en que se desenvolvía.

Desde el primer momento conté con la combatividad de los mineros, con la dinamita que llenaba el polvorín y con los talleres de la mina útiles para la fabricación de bombas.

Entonces dormimos armas al brazo, confiados en nuestra fuerza, aunque me inquietaban en extremo las noticias que recibía de Blas Infante y de sus amigos, referente a Sevilla, donde no se hacía nada en serio para oponerse a una fuerza tan peligrosa como la del fascismo. Lo triste era que no hubiera una organización revolucionaria seria para matar a los principales jefes fascistas y hacer abortar o debilitar el movimiento.

## La insurrección

Me encontraba una mañana en el despacho de Sanidad de las minas de Almadén, cuando me anunciaron la llegada de un grupo de trabajadores del pueblo de Santa Eufemia, de la provincia de Córdoba, que deseaban con toda urgencia hablar conmigo. Los hice pasar en el acto, y aquellos hombres, con muestras de gran agitación, me dijeron que se habían sublevado los fascistas de aquel pueblo. Con la guardia civil a la cabeza, habían cerrado el centro obrero y disuelto el municipio, encarcelando a los hombres más significados de los partidos de izquierda. El pueblo, en masa, había abandonado la población y huido a los campos, poseído de un pánico grande, como si les amenazara el mayor peligro. Ante aquella situación, venían a pedir ayuda al pueblo revolucionario de Almadén y a comunicarle la noticia del levantamiento fascista, para que estuviera prevenido.

No me sorprendió la noticia que me daban aquellos hombres, pues hacía días que la esperaba, y en seguida se dispuso que partiera para Santa Eufemia una camioneta con hombres armados, estableciendo enlaces por el camino para que me comunicaran la marcha de los acontecimientos.

En efecto, dos horas después me comunicaron que al aproximarse a Santa Eufemia habían sido recibidos a tiros por los fascistas, y que debería mandar más refuerzos, pues la situación parecía muy seria. Entonces dispuse que partiera una segunda camioneta, atestada de hombres y con mejor armamento.

Una segunda comunicación me hizo saber que había sido arrestado un emisario nuestro que entró en la ciudad para parlamentar con el enemigo, y que la guardia civil se había hecho fuerte en la iglesia, una verdadera fortaleza inexpugnable.

Al mismo tiempo me decían por teléfono, desde Madrid, que había comenzado el levantamiento fascista y que se había sublevado el ejército de Marruecos, revistiendo la situación mucha gravedad, aumentada por la incapacidad de los gobernantes y por la falta de preparación revolucionaria de los partidos de izquierda y de las centrales obreras.

Había sonado la hora de la acción y no había que vacilar, sino obrar con la mayor rapidez y energía.

A un consejo mío, seguido de una ardiente arenga, la campana de alarma de la mina lanzaba sus lúgubres sonos llamando a la insurrección.

Y, como movidos por un resorte, todos aquellos trabajadores paralizaron las labores de la mina. Un grito ronco salió de todos los pechos, y cada uno corrió a armarse lo mejor que pudo. Fue un momento emocionante, y sentí que una fuerza extraña se adueñaba de todo mi ser, comunicándome un vigor extraordinario. Y aquel grito de guerra social se propagó por la cuenca minera y pueblos inmediatos con la rapidez del rayo.

No se perdió un minuto, y mientras que los elementos del municipio revolucionario tomaban los puntos estratégicos de la población y detenían a los elementos sospechosos que simpatizaban con el fascismo, se organizaba una columna de hombres armados con escopetas, pistolas y dinamita en abundancia, a los que se unieron una veintena de guardias civiles, al mando de un oficial, que me tenía en gran estima, tal vez por la asistencia que les había prestado a sus familiares enfermos durante largo tiempo. Por otra parte, en Almadén había un ambiente revolucionario que había influido en aquellos hombres.

Pronto una columna de más de mil hombres, montados en toda clase de vehículos y empuñando las armas de ocasión, estaban dispuestos a partir al primer aviso.

Algunos años antes había sublevado a la misma población minera, que proclamó la República.

Y cuando seguido de los más audaces saqueos de las armerías nos lanzamos al grito de “Revolución Social”, aquellos sensatos republicanos y socialistas se sorprendieron de mi actitud y creyeron de buena fe que mis procedimientos no eran adecuados, siendo en verdad una maravilla la proclamación de la República sin disparar un tiro ni verter una gota de sangre.

—Mañana se derramará la sangre a torrentes y los tiros ensordecen el espacio —les dije—. Cuando la libertad esté en peligro de perderse, entonces comprenderéis la razón que hoy me asiste de llamar al pueblo a la lucha final.

## Camino de Santa Eufemia

En la noche del 19 de julio de 1936, a poco de anochecer, partía de Almadén a la cabeza de una columna de mineros, escogidos por su arrojo, armados de escopetas, pistolas y dinamita en abundancia. A esta pequeña fuerza de poco más de 500 hombres se sumaron los guardias civiles concentrados en la ciudad, unas diez parejas, al mando de un teniente, que se pusieron incondicionalmente a nuestras órdenes y me manifestaron su resolución de seguirme hasta Sevilla si fuera necesario.

Mi hijo mayor, Harmodio, que hasta entonces no había mostrado ninguna pasión política, absorbido por los estudios médicos, había venido con nosotros y se encontraba entre los voluntarios.

¿Quién hubiera podido pensar que el paseo de aquella noche hasta cierto punto agradable para un joven, que muchos de ellos serían luego devorados por la revolución española, los campos de concentración de África y la segunda guerra europea?

Todos aquellos hombres iban montados sobre camiones tomados en la mina y alguno que otro automóvil. Santa Eufemia, pueblo de la provincia de Córdoba, se encontraba a unos 30 kilómetros de distancia de Almadén y una carretera de tercer orden unía ambas villas.

Aquellos hombres se deslizaron silenciosos carretera adelante en busca de lo desconocido. Todos iban poseídos de un ardor bélico, pero equilibrado por los ideales de libertad y de justicia social que les animaba. La noche estaba muy triste, y la sombra de los árboles y de las peñas parecían amenazar nuestra frágil columna. La luna estaba escondida, y las estrellas parpadeaban en el firmamento, como adormecidas, lanzándonos sus rayos de luz mortecina. Ni una palabra, ni un grito salió de nuestra fila. Parecía que cada uno se concentraba en sí mismo, como si presintiera un momento solemne. En aquella noche siniestra se jugaba la libertad de España.

Al acercarnos a Santa Eufemia empezaron a surgir como fantasmas, entre las sombras de la noche, una multitud compuesta por viejos, mujeres y niños, que estaban ocultos en la arboleda a orilla del camino. Todos habían huido atemorizados de Santa Eufemia, al primer grito de guerra lanzado por los fascistas, como si el infierno hubiera arrojado sobre la tierra a los peores enemigos del hombre. Se mostraban muy recelosos y se mantenían a cierta distancia de nosotros, a pesar de la confianza que les inspirábamos. Parecían poseídos de un pavor muy grande y como si presintieran que una desgracia inevitable se cernía sobre ellos. Los infelices no se equivocaban y mis palabras de ánimo no lograron tranquilizarlos.

Al llegar a Santa Eufemia nos desplegamos en guerrillas y rodeamos la población. La guardia civil me rogó me quedara en sus filas por ser ellos más experimentados en el arte de la guerra y poderme proteger en el caso de una sorpresa. En efecto, entre aquellos hombres había algunos veteranos de la guerra de Marruecos que fueron muy útiles en la defensa de Almadén. Pero en un momento cambió el panorama por completo. La guardia civil de Santa Eufemia, al tener noticias de nuestra llegada, huyó de la población, dejando sólo a los fascistas.

Los trabajadores que habían quedado en el pueblo cobraron ánimo con nuestra presencia y a la huida de la guardia civil, salieron de sus escondites, asaltaron la cárcel, pusieron en libertad a sus compañeros y detuvieron a los facciosos más destacados. Se habían cambiado las tornas. Y eso tan rápido que cuando llegamos al centro de la población todo había concluido. No se disparó un solo tiro, y si los mineros tiraron algunos petardos, fue con el ánimo de amedrentar más que de hacer daño.

## En Santa Eufemia

Una vez posesionados del pueblo de Santa Eufemia, lo primero que hicimos fue informarnos si había habido desgracias personales. Como nos dijeron que el cura había sido herido, nos dirigimos a su casa con el ánimo de prestarle asistencia médica y trasladarlo al hospital de Almadén. La puerta de la casa presentaba un hueco hecho con un

hacha por donde cabía la cabeza de un hombre. Detrás de la puerta había caído el sacerdote con un tiro de escopeta en la cara. Fue la primera víctima de la sublevación fascista en Santa Eufemia, a la que habían de sucederse tantas otras de uno y otro bando. A mi llamada se presentó una hermana del herido, tapando con su pecho el hueco de la puerta y dando muestras de una gran excitación nerviosa, no atendiendo a mis ofrecimientos y demostrando grandes deseos de que no penetrásemos en la casa. La guardia civil permanecía inmóvil en la calle, esperando una orden mía, y detrás se situaba una muchedumbre poco tranquilizadora. Decliné toda responsabilidad moral por no poder atender al herido y dejé tranquila a aquella señora que con mucha insistencia me suplicaba no pasáramos los umbrales. Después tuve sospechas de que aquella mujer no abrió la puerta no por desconfianza a mis ofertas, sino porque allí se ocultaban personas que ella tenía interés en proteger. De todas maneras, me repugnaba dejar caer la puerta y saltar sobre el cuerpo de aquella mujer enloquecida.

Recorrimos la población para tranquilizar a sus habitantes, mientras los jóvenes de la columna se entretenían sacando a los medrosos de sus escondites, quienes creían había llegado el fin del mundo. Ya en los primeros días de la República estuve en aquel pueblo y a la cabeza de los trabajadores entré en el cuartel de la guardia civil y pude conseguir que se acatara la voluntad popular. El sargento trajo unas cervezas, y mientras que ellos brindaban por la nueva República, yo lo hice por la Revolución Social. Otras veces había ido allí en consultas con el médico de la localidad.

Las calles más alumbradas del pueblo estaban desiertas de transeúntes pacíficos, y sólo alguno que otro grupo de hombres armados con escopetas cruzaban en tropel. A la vacilante luz de las estrellas se divisaba la inmensa mole de sombras de la iglesia de piedra en donde se hicieron fuertes los fascistas en el primer momento. Algunos arcos de piedra tendidos sobre las calles me recordaron las ciudades moriscas que había visitado en otro tiempo. Una profunda melancolía invadió mi espíritu aquella noche, estado de ánimo que no correspondía a la insignificancia aparente de los sucesos que acababan de desarrollarse. Entonces me acordé de los temores de aquella pobre gente huida que había encontrado antes de penetrar en el pueblo, como si presintiesen que algo malo venía envuelto en las sombras de aquella noche fatídica.

Estuvimos en el cuartel, donde encontramos muy asustadas a las familias de los guardias civiles que habían huido. El pueblo había invadido el local y registrado hasta el último rincón buscando armamento, pero tratando con respeto a los que allí vivían, mujeres y niños. Esa pasión del pueblo por hacerse de armas la observé desde el primer momento, y es que se daba cuenta del estado de inferioridad en que se hallaba frente a su enemigo tan bien armado. Además creía que los problemas angustiosos que se presentaban no los iban a resolver los políticos con sus palabras, sino los revolucionarios con sus puños. Por cierto que algunos de los guardias civiles mostraron una indignación disimulada al contemplar el plantel puesto de arriba a abajo por el registro hecho por los trabajadores. Y es que estaban acostumbrados a ser los registradores, y los turnos se habían cambiado.

Luego estuvimos en un cafetucho tomando una cerveza, y el teniente levantó un atestado de los sucesos, interrogando a las mujeres de los guardias civiles huidos, deshechas en lágrimas y algunas con ataques nerviosos. De allí pasamos a la

casa de unos señores que tenían en Almadén familiares amigos míos. Tomamos café y conversamos sobre los sucesos, pudiendo deducir de la conversación que los fascistas de aquel pueblo eran poco peligrosos. El jefe de ellos, el que alentaba a los otros, era el boticario, un hombrecillo de cuidado, que se creía había escapado con la guardia civil. Pero el diablo del boticario se había subido al tejado de la casa en que nos encontrábamos y escuchaba nuestra conversación oculto en la chimenea. Por la chimenea cayó de cabeza cuando nos marchábamos, fracturándose una costilla en la caída. En aquella casa fue detenido poco después, en unión de los dos hermanos que le recogieron herido, y que pagaron más tarde con su vida aquel acto generoso, siendo como comprobé, inocentes y ajenos a los manejos del jefecillo fascista.

Unas niñas vinieron a buscarme llorando a grandes gritos: eran las hijas del médico de la localidad, preso como fascista. Creían a su padre en mucho peligro y me pedían que interviniera para salvarle la vida. ¿Cómo podía figurarme que sus temores tenían fundamento y que aquel hombre moriría poco tiempo después, como murieron todos sus compañeros de prisión ejecutados por el pueblo? Procuré tranquilizar a las inocentes niñas, convencido de que su padre no corría peligro alguno. Sin embargo, me dirigí a la cárcel donde encontré una veintena de fascistas detenidos y me ofrecí a ellos en cuanto pudiera servirles. Les aseguré que pronto recobrarían la libertad perdida —y me puse como ejemplo, tantas veces detenido y tantas veces en la calle—, en cuanto pasasen los sucesos que habían motivado la detención. Parecieron tranquilizarse y cambiaron de humor.

—¡Compañeros —grité a los obreros que llenaban la plaza—, los presos son sagrados para nosotros y no creo que sea necesario recomendaros el respeto para estos hombres indefensos, respetando al mismo tiempo la pureza de nuestros ideales!

Todos manifestaron su conformidad con mis palabras generosas, pero las noticias que después llegaron de la ferocidad fascista, hizo cambiar el sentir de aquellos hombres, que se vieron obligados a obrar de otra manera en defensa propia. Sí, observé desde el primer momento una firme decisión de luchar a todo trance, pero con un espíritu muy humano. El odio llegó más tarde, cuando los fascistas se manifestaron tales y como eran: los mayores monstruos sanguinarios.

Reunimos nuestro pequeño ejército y nos volvimos a Almadén. A poca distancia de Santa Eufemia, nos encontramos, como a la llegada, el mismo tropel de seres atemorizados a quienes no lograron tranquilizar nuestras palabras. Les aconsejamos volvieran al pueblo, una vez que todo había concluido felizmente, pero ellos dieron media vuelta y volvieron a internarse en el bosque, llevando a cuestas su terror.

Más de una vez, en el curso de la guerra, pensé en los presagios del instinto popular, que con tanto acierto adivina el porvenir. Despertaba el día cuando llegamos a Almadén, por cuyas calles desfilamos en silencio, retirándose cada cual a su domicilio. Algunos paisanos, escopeta al brazo, guardaban las entradas de la población. Solamente un pequeño grupo de los nuestros, en vez de volver a Almadén, se dirigió en son de guerra al pueblo de El Viso, cercano a Pozoblanco, donde los fascistas de aquella zona habían establecido su cuartel general.





Los trabajadores y las personas de pensamiento liberal se alzaron valientemente contra la sublevación fascista, empleando todos los medios que encontraron a mano ( ▼ ). Hospìtal minero y mina de Almadén, en la actualidad ( ▲ ▶ ).



## Las armas

Como la sociedad capitalista se sostiene por la violencia organizada además de contar con la mentira, un auxiliar poderoso, siempre procuré que los explotados se organizaran en el mismo plan de lucha de sus enemigos, toda vez que los conflictos que estallasen iban a ser resueltos por el uso de las armas.

Y, en efecto, no había más que recordar la historia para comprobar que las revueltas populares fueron, la mayoría de las veces, aplastadas por la superioridad de organización y de armamento de la clase dominante, aunque la razón no estuviera de su parte.

Si los hombres del pueblo daban el triunfo a los explotadores, convirtiéndose en su brazo ejecutor desde las filas del ejército, no cabía la menor duda de que si lucharan por su cuenta, los días de la sociedad capitalista estaban contados.

No ignoramos que los trabajadores carecen de los recursos pecuniarios de sus explotadores; pero a poco costo pueden fabricarse sustancias explosivas de máximo efecto, y más si son manejadas por el brazo vigoroso del pueblo.

Hice cuanto pude en Sevilla para que la organización revolucionaria surgiera de la situación caótica en que se debatían los trabajadores, pero todos mis esfuerzos resultaron fallidos y nada pude alcanzar en ese sentido, a pesar de que el peligro no podía ser más evidente. Los que entonces no quisieron escuchar (y sorprende tanta miopía), cuando los enemigos hicieron su entrada y empezaron con sus detenciones y crímenes se vieron sorprendidos, sin plan alguno de lucha y sin armas para su defensa, cayendo inermes, fusilados por sus verdugos. Lo mismo ocurrió en Almadén cuando allí lancé el primer grito de rebelión contra la monarquía, y una vez la República proclamada por el pueblo, me puse a la cabeza de los más audaces y asaltamos las armerías, aconsejando que se armaran los trabajadores. Aquel gesto no fue comprendido por todos, y si no en público, en privado, no faltaron quienes lo criticaron, encantados de aquel cambio de régimen sin verter una gota de sangre.

Por lo visto, la idea de dejar que los acontecimientos se desarrollasen al azar estaba muy arraigada en todas partes, a pesar de las terribles lecciones recibidas.

En Almadén no dejé por un momento de examinar las posibilidades que podrían aprovecharse cuando sonara la hora de la lucha. Y aunque los elementos de combate no eran los que hubiera querido, no quedé muy descontento de la situación. La respuesta a la sublevación fascista fue tan rápida como unánime, y el pueblo se puso en pie para combatir a sus enemigos, con la resolución inquebrantable de vencer o morir. Dándose cuenta de la magnitud de los sucesos que se avecinaban, todos corrieron a armarse de la mejor manera posible, ya que las noticias que se tenían anunciaban la proximidad de un enemigo con buenos pertrechos de guerra. Pero la más seria dificultad surgió desde el primer momento: ni había armas ni una organización adecuada para la resistencia.

Entonces, los representantes del bloque popular se reunieron en el Ayuntamiento, y por unanimidad me designaron para que dirigiera las operaciones militares, así como para que presidiera un Comité Revolucionario, que se nombró en el acto, con poderes ilimitados. Nunca he aceptado con gusto cargo alguno, prefiriendo ser un soldado de filas; pero en aquellas circunstancias me vi obligado a aceptarlo, aunque procuré por mi conducta igualarme a los otros, y si por algo me distinguía era por la rapidez en la acción.

Desde aquel momento firmé todas las comunicaciones y órdenes emanadas del pueblo de Almadén convirtiéndome en responsable, ante el enemigo a la vista, de todo lo que allí ocurriera. Siempre he creído que en los tumultos populares los anarquistas deben ir a la cabeza, y si alguno cayera, que fueran ellos los primeros. Tales propósitos se los oí repetir muchas veces a Salvochea, y los tuvo por norma toda su vida.

Estábamos bien provistos de sustancias explosivas, como fulminato de mercurio, pólvora y dinamita, estas últimas en mucha cantidad. Aunque estaban bien guardadas en un polvorín, a una distancia prudente de la villa, se las puso a buen recaudo en uno de los pozos más profundos de la mina, para evitar cualquier acto de sabotaje.

Las armas de fuego estaban escasas, y consistían en escopetas de caza y algunas pistolas, con muchas municiones. Estas armas se depositaron en una pequeña iglesia que había en la plaza, guardadas por centinelas para que en todo momento estuvieran a disposición de los combatientes más decididos.

Dos emisarios que partieron a Madrid, con un comunicado para la dirección de las milicias, fueron muy bien recibidos por aquellos amigos, pero sólo pudieron mandarme dos fusiles, y eso como un favor especial. Varios jóvenes socialistas que fueron a Madrid tuvieron más éxito, y nos trajeron una docena o más de fusiles de guerra. Por todas partes la misma escasez de armas, y en todas partes las ansias del pueblo para obtenerlas.

Pero no había que apurarse, ya que lo mejor iba a improvisarse. Y, en efecto, los talleres de las minas, dotados de un buen personal técnico, pararon su labor cotidiana y se dedicaron exclusivamente a la fabricación de granadas de mano. También se hicieron gran cantidad de balas de escopeta, ya que la pólvora no faltaba. Todos los tubos de metal que se encontraron los prepararon convenientemente y los cargaron con dinamita, sirviendo para volar los cuarteles y las iglesias. En un departamento de la mina nos encontramos unos frascos antiguos de metal, de los empleados para transportar el mercurio, que constituyeron nuestra bomba atómica, pues cada uno se cargaba con veinticuatro cartuchos de dinamita y sus efectos eran catastróficos. Se desplegó la mayor actividad y se trabajaba día y noche en la confección de aquellas armas para la defensa del pueblo.

Pronto acudió a Almadén una romería interminable pidiendo armas con el mayor anhelo. Se les proporcionaba los elementos de guerra que teníamos, se les daba instrucciones para emplearlas con éxito, y se iban más contentos que si llevaran un tesoro. No sólo llegaron hombres de la zona de Almadén, sino también de pueblos cercanos de las provincias de Córdoba y Badajoz.

Entonces se dieron cuenta todos de la razón que me asistía al aconsejarles de continuo la preparación de la lucha revolucionaria que nos aguardaba al final de la jornada. Y es que los hechos se mostraban más elocuentes que mis palabras.

Aquellas armas no eran muy perfectas, pero manejadas por el brazo iracundo del pueblo convirtiéronse, como veremos, en elementos terribles de lucha y destrucción.

## Almadén en la revolución

En Almadén tuvo lugar una reunión del Bloque Popular, acordando la formación de un Comité Revolucionario, en el que estuvieran representadas todas las organizaciones



de izquierda. Yo fui nombrado para presidirlo, y desde el primer momento el único responsable de cuanto se hiciera, una vez que el enemigo estaba a la vista y la situación muy insegura, por no contarse con las fuerzas militares destacadas en Ciudad Real. Así que todas las órdenes emanadas del Comité llevaban mi firma. No desconocía que me jugaba el todo por el todo.

Aunque el espíritu combativo era general en la gente, busqué uno de los edificios más adecuados de la villa y lo convertí en cuartel de voluntarios que se fueron armando y organizando convenientemente. Allí acudieron hombres de todas las edades y los más decididos para la lucha. Pronto quedó una fuerza organizada con la que podía contarse en todo momento.

El magnífico edificio de la Escuela de Capataces quedó convertido en Hospital Militar, prestando allí sus servicios los médicos y practicantes de la ciudad. Era sorprendente, en los primeros momentos, el número de heridos que acudían por accidentes casuales. La falta de costumbre en el manejo de armas, y el estado de nerviosismo de muchos, eran las causas de estos accidentes, que tanto nos dieron que hacer. Las armas se disparaban solas con facilidad pasmosa.

Muchos trabajadores se dedicaron, en los talleres, a la fabricación de elementos de guerra, pero los mineros siguieron sus trabajos ordinarios, aunque siempre alerta para empuñar las armas en caso de necesidad.

En Almadén se gozaba de un cierto bienestar económico, como no he visto en otra parte. Los mineros cobraban buenos jornales, trabajando dos días por semana y además tenían un retiro en la vejez. Las viudas tenían también sus rentas. Sin embargo desde el primer momento se facilitaron gratuitamente a todos quienes los solicitaban, alimentos, vestidos y viviendas. Bastaba firmar un vale, en nombre del Comité, para que los necesitados, la mayor parte forasteros, fueran atendidos en el acto. Recuerdo como un caso curioso el de una pobre mujer a la que le di un vale para que comiera en las casas de los ricos, no encontrando ninguna, a pesar de que le daban lo mejor, que fuera una comida de su gusto. Acabé por mandarla a mi casa para que comiera lo mismo que yo. No son extraños tales fenómenos en tiempos tan perturbadores. ¡A cuántos obreros vimos que su máxima aspiración era la de vivir con las comodidades de los burgueses, cuando la época era de sacrificios sin cuenta!

Una extraña manía que se desarrolló entonces, como una epidemia, fue la de vestir con “monos” (traje enterizo de pantalón y camisa), que por otra parte, eran cómodos y baratos. Aparte de los sastres de la población, que trabajaban sin reposo, hubo que organizar un taller con numerosas costureras para satisfacer los deseos de todos. Se confeccionaron los “monos” por millares, costeándolos el Comité Revolucionario con sus vales, porque carecía de dinero, que por otra parte era un estorbo.

A fin de normalizar la situación y hacer las cosas más fáciles, cedí una casa muy espaciosa que me correspondía como jefe de sanidad en la mina, y allí se establecieron varias oficinas de armamento, de beneficencia, de alojamiento, de investigación jurídica, etc. Desde que amanecía hasta después de medianoche había allí una aglomeración extraordinaria de personas, tanto del pueblo como forasteros, haciendo un ruido ensordecedor, que no me dejaba dormir, ya que mi domicilio estaba enfrente.

El Comité Revolucionario puso un impuesto a los ricos, tanto como represalia, como por emplear aquel dinero en gastos de guerra. Entonces se abrió un proceso

contra algunos de los fascistas detenidos, cuatro de los cuales, descendientes del General Moreno, el verdugo de Málaga, delator de Torrijos, fueron condenados a muerte y fusilados, bastante tiempo después de haber salido yo de Almadén.

Aunque se adivinaba un porvenir muy negro, no se notaba abatimiento en la gente, sino una fuerte tensión de ánimo, motivada por los deseos de combatir. Solamente fui testigo de dos casos de agitación extrema que rayaban en locura. Uno fue motivado por el alcalde republicano de El Viso de los Pedroches, pueblo de la provincia de Córdoba, donde se dirigió un grupo de mi columna, después de la entrada en Santa Eufemia. Por lo visto ocurrieron allí sucesos sangrientos, entre otros la muerte del cura. El alcalde, un hombre extremadamente nervioso, se impresionó por aquellos sucesos y perdió la razón. Me lo trajeron a Almadén y lo alojé en mi casa, hasta que poco a poco fue recobrando la salud. Era un sujeto excelente y nos fue luego muy útil en la lucha que emprendimos.

El otro loco fue el cura de Almadén. Una noche, un grupo de revolucionarios tomó por asalto la iglesia mayor y no dejó títere con cabeza. El cura, que allí vivía en unión de su padre y hermana, tuvo un susto tan mayúsculo, que perdió la razón y corría de una habitación a otra dando gritos. Como los médicos de la población se negaron a prestarle asistencia, temiendo la represalia del pueblo, yo me personé en su casa, y ante aquella situación, dispuse que fuera trasladado a un lugar tranquilo para asistirle convenientemente.

La familia agradeció mi determinación y me dio la dirección de algunos católicos ricos de la ciudad, donde podía alojarse el cura, pero éstos se negaron a admitirlo, los cobardes, y entonces tuve que tomarlo a mi cargo, alojándole en una casa contigua a la mía, pues no me pareció conveniente tener en mi casa dos hombres perturbados bajo un mismo techo.

Recuerdo que en los primeros días, un gentío grande se congregaba en la plaza pública, donde se había colocado un altavoz para oír a Indalecio Prieto, quien hablaba desde la radio a los españoles. Por lo poco que escuché, parece que aseguraba el fracaso de la intentona fascista, por dificultades económicas que el enemigo no podía resolver. Nunca he entendido, en mi simplicidad, esas cosas tan complicadas de la economía, que suelen fallar ante la realidad de los hechos.

## Impotencia de la Guardia Civil

Ante el empuje del pueblo, la temida guardia civil, como todos los espantajos, se deshizo como sal en el agua.

Los guardias civiles de Santa Eufemia, con el sargento a la cabeza, huyeron al aproximarse nuestras fuerzas, y en el vecino pueblo de El Viso de los Pedroches, fueron detenidos por los revolucionarios de Almadén, al mismo tiempo que la guardia civil de ese pueblo.

Al día siguiente fueron todos conducidos a Almadén, donde entraron con el puño en alto y vitoreando a la revolución. Quedaron en libertad bajo vigilancia, pero el sargento de Santa Eufemia fue empujado por la gente con ánimo de darle muerte en la plaza del pueblo. No me pareció bien que unos miles de hombres, armados más o

menos, dieran muerte a un individuo desarmado, que no habíamos escuchado todavía; temblando y con lágrimas en los ojos imploraba piedad en nombre de sus hijos, todos pequeñitos. Por otra parte el pueblo, aunque colérico, no estaba muy decidido a matarlo, así que no fue difícil, de un empujón, meterlo en el Ayuntamiento, y entonces, corrió escaleras arriba a ocultarse en el último rincón del edificio. De allí lo saqué cogiéndolo de un brazo y desde un balcón se lo mostré al pueblo como quería, protegiéndolo con mi cuerpo, no fuera a escaparse de la multitud algún tiro imprevisto. Por fin todo se tranquilizó y entonces pude interrogar al sargento y saber algo de lo sucedido.

El sargento recibió una comunicación militar de Córdoba, de la que me hizo entrega, en la que se decía que acababa de proclamarse una República de índole militar, a cuyas órdenes se habían puesto las fuerzas armadas de la nación, y le mandaba incautarse en el acto del Ayuntamiento, clausurar los locales obreros, socialistas y republicanos, y detener a los hombres más significados de la izquierda. El sargento se puso a ejecutar con poco entusiasmo las órdenes recibidas, pero al apercibirse que los fascistas salían a la calle y ocupaban la población, sospechó de lo que se trataba y en la primera ocasión que tuvo, aprovechando nuestra llegada, tocó a retirada, y se fue al Viso de los Pedroches, donde se entregó a nuestras fuerzas.

Los puestos de la guardia civil que no se rindieron, fueron asaltados por el pueblo y fusilados sus defensores. En uno de aquellos pueblos de Córdoba, creo que Villanueva del Duque, hubo una lucha encarnizada en el asalto al cuartel, pero triunfó el pueblo y los 24 guardias civiles allí refugiados perecieron en la refriega. Aquellos mercenarios se habían refugiado solos en el edificio, despidiendo a sus familiares, y resistieron hasta la muerte, ¡fueron buenos perros de presa! Los guerrilleros que triunfaron llevaron a Almadén las 24 familias de los guardias civiles muertos, que ignoraban el fin trágico de los suyos, creyéndolos en prisión. Alojé aquellas familias lo mejor que pude, en los altos de una escuela, proporcionándoles camas y alimentos, con la ayuda de los vecinos. Todos los días me rogaban muy compungidos que interviniera para que liberaran a los supuestos detenidos, ya libertados por la muerte, y no dejaba de sentir mucho las angustias de aquellas mujeres y niños, víctimas también de una disparatada organización social, a la que sus esposos y padres habían prestado ayuda, envilecidos por el medio y por necesidades ancestrales.

En la capital de Ciudad Real es donde la situación se mostraba más amenazadora. Allí se habían concentrado algunos centenares de guardias civiles, comprometidos con los fascistas para secundar el movimiento. Pero los amigos de Ciudad Real se sirvieron de una treta para amedrentarlos, que les dio el mejor resultado. Ante el coronel de la guardia civil, presente en el despacho del gobernador de Ciudad Real, me pidieron que estuviera preparado para acudir en ayuda de la capital, con las fuerzas de que disponía, en el momento que me llamasen. Dándome cuenta de lo que ocurría, les contesté aumentando en mucho los efectivos, tanto en hombres como en armas, y les prometí acudir con abundancia de combatientes y dinamita suficiente para destruir e incendiar la ciudad, en el caso de que se entregara a los fascistas. Ante aquellas noticias y mi insistencia en que volvería a Ciudad Real, el coronel se sobrecogió tanto, que por fin se decidió a continuar fiel a la República. Ahora bien, como a la guardia civil concentrada en Almadén, estos últimos se fueron confiados en la protección que ofrecí a sus familiares, por lo bien que ellos se

habían portado a mis órdenes. Y en efecto, mientras permanecí en Almadén, no les faltó nada a sus mujeres e hijos. Cuando marché se despidieron de mí con mucha pena, y no sé cómo lo pasarían después.

Un día recibí un mensaje del pueblo extremeño de Talarrubia, pidiéndome ayuda para destruir aquel cuartel de la guardia civil, levantado en un lugar estratégico entre aquel pueblo y la Puebla de Alcocer. El cuartel había sido construido por los hacendados de Talarrubia, para su tranquilidad personal. Allí estuve preso durante los sucesos de Asturias, y la guardia civil del puesto era lo peor que podía encontrarse, aunque a mí me trataron con el mayor respeto. De Almadén partió un camión protegido, con personal escogido y buena provisión de dinamita. Pero a poco volvieron para comunicarme que no se habían cumplido mis órdenes, pues la guardia civil había introducido en el edificio a muchas mujeres y niños, que hubieran perecido en el ataque. Sin embargo, pudieron parlamentar con los sitiados, los cuales se comprometían a rendirse siempre que yo fuera y les garantizara la vida. Como el cuartel estaba sitiado por millares de campesinos, que pedían la muerte de los que por mucho tiempo habían sido sus torturadores, no acepté por lo tanto lo que se me proponía, y cuando me disponía a ir en persona para organizar el asalto, supe que llegaron algunos emisarios del Gobierno, a los cuales se rindieron los guardias civiles, con disgusto de los sitiadores.

En el importante pueblo de Córdoba, llamado Pozoblanco, había concentrados unos 200 guardias civiles a las órdenes de los fascistas que ocupaban aquella población. Nuestros guerrilleros asediaban la ciudad y se disponían al asalto, esperando mi llegada con refuerzos, que no pude efectuar porque me fallaron los elementos de Almadén, influidos por enredadores de la política, que ya comenzaban a enseñar las orejas. En eso se presentaron unos emisarios militares mandados por el Gobierno, los cuales parlamentaron con los sitiados y los asustaron con nuestra intervención. Lo cierto es que la guardia civil se rindió, a condición de que yo no interviniera con los guerrilleros. Pero en el momento de ser entregada la población a los republicanos, los elementos civiles fascistas, que eran numerosos y malos, se abrieron paso con las armas en la mano y escaparon a Córdoba a engrosar las filas del fascismo.

Aquella maniobra acomodaticia disgustó mucho a la gente.

## La sublevación popular

En la zona a que me refiero en estas líneas, que abarca el noroeste de la provincia de Badajoz, toda la provincia de Ciudad Real y parte de la de Córdoba, que yo recorría con frecuencia, la tensión revolucionaria, como en otras regiones de España, llegaba al máximo, y no hubiera tardado en estallar si se hubiera retardado la intentona fascista. Este estado de espíritu, que se había ido manifestando en aumento desde la caída de Primo de Rivera, no fue aprovechado por los elementos directores de las izquierdas, donde no anidaba el genio de la Revolución. Tuvieron que ser los fascistas, clase dominante, en extremo peligrosa, los enemigos más grandes de la revolución, los que prendieron fuego a la mecha, haciendo saltar el polvorín, cuando contaban con las probabilidades del triunfo por la ayuda exterior.

A la primera noticia del levantamiento fascista, todos los pueblos y campos se sublevaron al mismo tiempo, sin previo acuerdo, como impulsados por un resorte, armándose como pudieron, empleando desde la piedra y el palo hasta la escopeta de caza y la pistola de pistón. Salieron a relucir las armas más anticuadas, ya inservibles, con el deseo de armarse el pueblo. No sé cómo llegó a mis manos una bella espada, que no desdeñé, y por la inscripción que tenía en la hoja toledana, había servido como regalo al bruto del general Narváez.

Los municipios fueron disueltos y sustituidos por los comités revolucionarios, nombrados por el pueblo; el dinero quedó inservible, la propiedad individual abolida, sobre todo la del campo; las iglesias incendiadas, los cuarteles de la guardia civil tomados por asalto y los fascistas reconocidos, encarcelados o fusilados. Desde el primer momento se manifestó en las masas, como una tendencia natural, la aspiración hacia el comunismo libertario, sin tener conocimiento previo de estas ideas.

Con frecuencia hacía recorridos por aquella zona, partiendo de Almadén, para atizar la hoguera revolucionaria, y siempre volvía, después de los muchos obstáculos encontrados en el camino, resuelto a no intentar una nueva salida. Pero al día siguiente partía de nuevo, llevado por la pasión revolucionaria.

Todos los caminos estaban cortados por zanjas, alambres de púas, troncos de árboles, restos de carros, etc. Y detrás de cada muro, de cada árbol, de cada arbusto, de cada zanja, hombres en acecho, con las escopetas montadas dispuestos a disparar contra un enemigo invisible, que podía aparecer por todas partes o caer por el aire. A pesar de mi significación revolucionaria en aquella zona y gozar como ningún otro de la estimación del pueblo, en cada viaje pasaba por innumerables percances y peligros, sobre todo durante la noche.

Entrando en la provincia de Badajoz, viniendo de la de Ciudad Real, había un pueblecito llamado Tamurejos, influido por el médico revolucionario Antonio López Madrid, que la gente creía mi sobrino, muy dispuesto a todas las empresas revolucionarias. Siempre que pasaba por aquel pueblo me detenía para cambiar impresiones con los amigos. A la salida y al borde de la estrecha carretera había una encina tan corpulenta, como no vi otra en aquella región, y me sentaba a su sombra para contemplar tan soberbio ejemplar. Pues bien, cuando estalló el movimiento fascista, lo primero que hicieron los campesinos fue cortar aquella encina y volcarla sobre el camino, haciendo de todo punto imposible el tránsito; además, había por allí ocultos un hormiguero de hombres armados dispuestos a pegar un tiro al primer fascista que pasara. Pero el sitio era tan apartado que por allí no se hubieran acercado los fascistas, aunque se les hubiera convidado a comer. Les rogamus que quitaran del camino aquel bello ejemplar de árbol que estorbaba el paso de nuestros hombres, a lo que accedieron con facilidad, pero al tirar del árbol, uno de los campesinos soltó en el suelo una escopeta montada de dos cañones, con tan mala suerte que se disparó sola, destrozando ambas piernas, que hubieron de amputarse, a uno de los allí presentes, víctima de la imprudencia de otro compañero.

En un pueblecito no muy lejos de Almadén, llamado Fontanarejos, nunca pude hacerme de adeptos y sólo un barbero y practicante me ayudaba en la propaganda. Pero en el momento crítico, se sublevaron allí hasta las piedras, siendo uno de los parajes más peligrosos de atravesar, porque disparaban sobre los que atravesaban la carretera, sin tener en cuenta quiénes eran. En una ocasión le pegaron un tiro al

secretario del gobernador de Ciudad Real. Yo mismo tuve un fuerte altercado con ellos, y no faltó mucho para que anduviéramos a tiros. Por fin acabaron por entrar en razón y hacer bien las cosas.

Todos aquellos pueblos estaban sublevados y en ellos se iniciaba una vida nueva. Encendían una hoguera donde se guisaba la carne en grandes calderas, acudiendo a comer allí todos los vecinos. Más de una vez tomé parte en aquellos populares festines. Nunca tuve más alegría ni más apetito que en aquellos banquetes, al aire libre y entre los hombres del pueblo.

Para evitarme ciertas molestias en la gestión, anuncié a un pueblo del centro de la Mancha mi llegada, valiéndome del teléfono de Almadén, y entonces el Comité Revolucionario de aquella localidad ordenó a un grupo de ciudadanos que saliera a recibirme y me condujera al Ayuntamiento, sin decirles el nombre de la persona que esperaban. Pero aquellos hombres no se enteraron bien, y al llegar me detuvieron como fascista y me condujeron al Ayuntamiento escoltado por un grupo de escopeteros, como si se tratara de un enemigo del pueblo. Al llegar al Ayuntamiento, los miembros del Comité me abrazaron con efusión y riñeron a los otros por su torpeza, que yo disculpé y aplaudí, porque en aquellas circunstancias toda desconfianza era poca.

Una de mis salidas tuvo por objeto enfrentarme con un grupo enigmático que, careciendo de todo escrúpulo, robaba y asesinaba a la gente pobre, desacreditando nuestro movimiento. No pude dar con ellos y acabaron por eclipsarse, al tener noticias de que se les buscaba para poner en claro su conducta. Una noche que andaba en su busca, se me rompió el auto que llevaba, dejándolo abandonado en la carretera hasta el día siguiente; entonces me dirigí al cercano pueblo de Almadenejos, dispuesto a pasar allí la noche con mi hijo, que me acompañaba; pero se presentaba el más serio obstáculo, y era que la gente emboscada en las cercanías hacía fuego sobre toda sombra sospechosa. Como no quería que me matasen tan buenos amigos, que hubieran sido los primeros en lamentarlo, decidí ocultarme en el bosque y acostarme sobre el césped, sin otra luz que la de las estrellas. Pero a mi hijo se le ocurrió acercarse al pueblo gritando U.H.P., a cuyos gritos contestaron los otros U.H.P., y así fueron acercándose arma en brazo, hasta reconocerse mutuamente. Entonces vinieron todos al encuentro con la mayor alegría y me alojaron cómodamente, después de una buena cena.

Uno de aquellos días, llegué hasta Ciudad Real, en cuyo Gobierno Civil fui invitado a almorzar, estando el gobernador ausente. Los empleados me mostraron una lista con los nombres de más de 400 fascistas, cuyos cadáveres fueron retirados de los caminos, fusilados por los pueblos. Aquello fue una respuesta a las noticias llegadas sobre las crueldades de los fascistas en las zonas que dominaban, así como la confirmación de que se trataba de una lucha de vida o muerte.

## Las primeras víctimas

Las primeras víctimas en la zona de Almadén fueron los inocentes niños. Acababan de salir de una escuela que había en el vecino pueblo de Almorchón, importante empalme

ferroviario, y cuando todavía estaban reunidos en la puerta del colegio, la aviación fascista arrojó una bomba que cayó entre ellos, matando a unos e hiriendo a otros.

Al tener noticias de que los heridos iban a ser transportados al hospital de Ciudad Real para atenderles convenientemente, se dispuso que una ambulancia de Almadén saliera a la estación de tránsito para ayudarlos en caso de necesidad. Pero no se limitó a la orden recibida y recogió a varios niños heridos, transportándolos a Almadén.

Cuando los habitantes de Almadén contemplaron aquellos cuerpecitos mutilados por la metralla, la indignación subió a su punto, y el pueblo en masa, provisto de materias inflamables, puso sitio a la cárcel, una verdadera fortaleza, para vengar en los detenidos el asesinato de las criaturas.

En la prisión había como dos mil detenidos, fascistas los unos, sospechosos los otros, y muchos tontos que no eran nada. Como la mayoría de los presos eran de Almadén, excepto una minoría de forasteros, sus familiares se lanzaron a la calle gritando y pidiendo perdón para los suyos, si alguna falta habían cometido, y sobre todo que se le juzgara antes de condenarlos.

Apurados nos vimos entre aquellos que querían destruir la prisión y los que estaban dentro, y quienes trataban de evitarlo, por tratarse de seres queridos. Y miles de brazos se levantaban en alto, dirigiéndose a nosotros, unos con los puños cerrados, y los otros con las manos abiertas, implorando piedad.

Por fin se calmaron los ánimos, y se acordó poner en claro la situación de cada uno de los detenidos, para no ocasionar víctimas inocentes.

En los primeros instantes del movimiento, las autoridades de Almadén detuvieron a centenares de sospechosos, pero luego no se atrevían a ponerlos en libertad, para no despertar las suspicacias del pueblo. Querían que yo les abriera las puertas de la prisión, para cargar con las responsabilidades si se presentaban algunas, pero me negué a prestarme a semejante maniobra. Los que habían mandado detenerlos eran los obligados a reconocer su error y ponerlos en libertad.

Confieso que nunca fui inclinado a las represalias de la retaguardia, aunque siempre respeté la voluntad popular que, por lo general, iba bien encaminada. Pero me esforcé en demostrar que las energías y las intransigencias habían que aplicarse en los frentes de combate y con los enemigos a la vista.

Como el pueblo de Almadén me lo pidiera, con insistencia, saqué de la prisión a los forasteros que había, casi todos de la provincia de Córdoba, y los trasladé personalmente al pueblo de Agudo, sobre los confines de la provincia de Badajoz, donde se formó un campo de concentración muy humano, sin alambradas, y con los detenidos alojados en una vieja iglesia en condiciones de higiene, pero con una vigilancia montada por el pueblo.

Aproveché aquel viaje para hacer un recorrido por el pueblo de Agudo, donde tanta intervención había tenido con anterioridad. Quedé muy satisfecho de la conducta de aquella gente y pude observar que habían atacado duramente los edificios y fetiches religiosos, que tan nefasta influencia habían tenido.

Por cierto que estuve hablando con una señora de las más religiosas del pueblo que me dijo con aire de seriedad: “Ahora comprendo que es mentira todo lo que nos cuentan de los santos, pues han quedado destruidos sus templos y sus altares, y ellos mismos destrozados y quemados, sin que se produjera el milagro”.

Ignoro con certitud la suerte que corrieron los detenidos que llevé a Agudo para que se pusiera en claro su actitud y sacarlos de la atmósfera cargada de Almadén. Pero según me dijeron más tarde todos fueron ejecutados por la gente de sus mismos pueblos, pero no por los de Agudo.

## Almadén en peligro

Un día nuestro servicio de información, establecido en El Viso de los Pedroches, en contacto con el enemigo, que tenía su cuartel general en Pozoblanco, nos avisó de que estuviéramos preparados, porque los fascistas concentraban sus fuerzas para atacarnos, obedeciendo a órdenes superiores de apoderarse de la mina de Almadén a toda costa. Ya sabía de antemano lo codiciado que era aquel lugar, y más estando los italianos en las filas de Franco. Y, en efecto, a poco recibí un ultimátum del Estado mayor fascista, invitándome a entregar intacta la ciudad y la mina. La respuesta fue de tal índole que no volvieron a insistir, y entonces se dispusieron a venir a nuestro encuentro.

Había, pues, que evitar a toda costa que se apoderaran de aquel lugar, y en todo caso destruir la ciudad y la mina con todas sus dependencias, para que no pudieran extraer el mercurio por mucho tiempo. Había dinamita de sobra para recibir con salvas a los fascistas, y en caso de necesidad para destruir los trabajos de la mina, dejando el mercurio sepultado en las entrañas de la tierra, para que otra generación más decente lo sacara.

Para reforzar las defensas de Almadén, hicimos venir centenares de hombres montañeses de la Siberia extremeña, a cuyo lado había luchado mucho tiempo, teniendo la seguridad de que nos seguirían hasta el último extremo, en el caso de que los de Almadén vacilaran en las medidas supremas.

Un anochecer recibimos noticias alarmantes. Una fuerte columna fascista salía de uno de los pueblos de la provincia de Córdoba y se dirigía contra Almadén. En seguida me reuní en el cuartel de la guardia civil con el teniente, el sargento y el cabo, hombres aguerridos en la campaña de Marruecos, y tomamos los últimos acuerdos referentes a la defensa de la ciudad. La mayoría del personal combatiente aguardaría, emboscado en las avanzadas, la llegada de la columna fascista, mientras que los restantes se parapetarían en la entrada de la población, apoyados por la guardia civil, que quedaría en la retaguardia.

La noche estaba más negra que la boca de un lobo, como vulgarmente se dice. A lo largo de la carretera accidentada que llevaba a la provincia de Córdoba, en las laderas de los cerros que la bordeaban, colocamos a los voluntarios, entre ellos a los extremeños, en una longitud de más de media legua. Un hermoso puente de hierro, tendido sobre el río de Almadén, fue minado en sus cimientos, y algunos prácticos quedaron encargados de su voladura, a una señal convenida. Lo mismo se hizo con una alcantarilla situada a unos 200 metros del puente. Al pasar las fuerzas fascistas entre ambos reductos, se los haría volar, y así quedarían cortados y aniquilados hasta el último hombre, pues aquel tramo de tierra se encontraba en una estrecha garganta, en cuyas escarpadas rocas se habían colocado un buen número de dinamiteros, con frascos de metal que contenían una poderosa carga de explosivos.



Recorrí en automóvil varias veces aquella línea de defensa, y quedé satisfecho de la disposición y ánimo de los combatientes. Todos velaban sobre las armas y a cada momento nos daban el alto los hombres que hacían la guardia en la carretera. Pasada la medianoche llegamos a la vecina estación de Chillón, donde detuvimos un tren que venía de Madrid y se dirigía a Cabeza del Buey. No venían viajeros, sino alguna que otra persona al servicio de la causa. Dos jóvenes vigilaban el tren, y vinieron a saludarnos y a ponerse a nuestra disposición. Le dimos paso y les deseamos buena suerte.

Al amanecer llegamos a los bordes de la provincia de Córdoba, donde encontramos una avanzadilla nuestra que guardaba la carretera y que iba a tener el primer choque con los fascistas, si éstos se atrevían a seguir adelante. Todos llevaban escopetas, y algunos con un solo cartucho de carga.

Distribuí los que llevaba en el cinto, impresionado por la conducta de aquellos jóvenes, y además regalé mi escopeta a un muchacho que no llevaba ninguna. Recuerdo que tras un muro encontré acechando a dos hombres que tenían al pie un montón de piedras más gruesas que un puño. Eran dos pastores extremeños que, no teniendo otras armas, habían escogido las piedras para romperle la crisma al primer fascista que se acercara. Y me aseguraron que aquellas piedras en sus manos tenían un poder tan destructor como las balas. Cuando ya entrada la mañana el padre Sol espantó las sombras medrosas de aquella noche de espera sobre las armas, recibimos la noticia de que la columna fascista que iba contra Almadén, informada sin duda de nuestros medios de defensa, dio media vuelta y cambió de ruta, alejándose de aquellos lugares.

Y los que esperaban enardecidos la hora de la lucha, se retiraron a descansar profundamente decepcionados, pero con la esperanza de que el momento del combate no se haría esperar mucho.

## La columna del gobernador

Un día se presentaron en Almadén elementos organizados militarmente y con mejor armamento: era la columna organizada por el gobernador de Ciudad Real que salía a campaña. Paró allí poco y se dirigió a la provincia de Badajoz, entrando sin resistencia en los pueblos de Villanueva de la Serena y Don Benito. Pero al intentar cruzar por la provincia de Cáceres cayó en una emboscada tendida por la guardia civil, sufriendo sensibles pérdidas.

Volvió de nuevo el gobernador con su columna y acampó en las cercanías del vecino pueblo de Chillón, en una hermosa finca que antaño perteneció al político Segismundo Moret y que en aquel entonces era propiedad de los Márquez, hacendados extremeños, pasando durante la Revolución a poder del pueblo. No creo que los milicianos pasaran de 1.500 hombres, que iban provistos de fusiles, escopetas y un mortero. Nosotros les proporcionamos municiones, explosivos y material sanitario. El gobernador era en extremo simpático, pero el personal que le acompañaba no me produjo muy buena impresión. Asistí a varias reuniones de su pequeño Estado Mayor, y no se llegó a un acuerdo definitivo para la acción. Un día se recibió una llamada por teléfono, invitando al gobernador a salir al paso de una columna fascista que había penetrado por la provincia de Badajoz, venciendo fácilmente la resistencia

desorganizada que le ofrecieron los andaluces. Los comunicantes aseguraban que sería fácil derrotar a los fascistas y apoderarse del armamento que llevaban, incluyendo la artillería. Pero el gobernador no quiso meterse en aquella aventura y siguió quieto en su campamento de Chillón.

Por fin, un día decidió salir en campaña, y entonces pidió 200 hombres de absoluta confianza y bien armados. La noche de la partida me presenté en el campamento con los hombres pedidos y algunos más que se agregaron, pero advirtiéndoles que los acompañaría, cuando menos hasta el primer encuentro con el enemigo. Entonces hubo cabildos entre los caciquillos socialistas y otros que llegaron de Almadén, considerando todos indeseable la intervención de los anarquistas, así que me comunicaron que podíamos retirarnos porque carecían de alimentos para más gente. Lo más indigno del caso es que pretendieron quedarse con nuestros fusiles, cosa que no consiguieron porque montamos las armas contra ellos. El gobernador, débil de carácter, no se atrevió a dar la cara. Nos retiramos profundamente disgustados por aquella felonía. Después de todo fue una suerte que no siguiéramos a la columna, pues tuvo un fin poco brillante.

Aquella misma noche decidí salir de Almadén, y al mismo tiempo salieron los elementos anarquistas que allí habían, no muy numerosos, pero muy buenos compañeros. Poco después me encontré con ellos en el frente de Sigüenza, donde fui con el inolvidable Mauro Bajatierra.

Los politiquillos de Almadén, algunos como el alcalde, que me debía el puesto que ocupaba, se creyeron seguros y con el peligro ya pasado, viendo en mí un obstáculo para sus deseos de mando: “No hay que salir fuera de la ciudad —decían, contrariando mis órdenes—, sino esperar aquí al enemigo”. “Cuando llegue el enemigo a Almadén —les contestaba— reducirán a los unos a la esclavitud y fusilarán a los otros”. Y así fue.

Un grupo de sanitarios me acompañó en el viaje, y el salvoconducto que llevaba, y que todavía conservo, fue extendido en Ciudad Real el 14 de agosto de 1936 por el Comité provisional del Frente Popular y Unión Antifascista, Subcomité de Gobernación, y llevaba los sellos de las entidades siguientes: Gobierno Civil, Federación de Juventudes Socialistas, Partido de Unión Republicana, Partido Comunista, Comité provisional de Defensa, Federación Nacional de Industrias Ferroviarias, C.N.T.

El viaje a través de una comarca sublevada fue bastante accidentado, pero por fin llegamos a Madrid, donde fuimos testigos de lo que allí ocurría.

No volví más por Almadén y Siruela. Las casas que tenía en ambas poblaciones con clínicas medicoquirúrgicas, muy bien montadas, las utilizaron los antifascistas para las necesidades del momento. Pero la biblioteca y el archivo que tenía en Almadén, que representaba todo el esfuerzo de mi vida, fueron destruidos por los fascistas. Algunos compañeros, conociendo su valor para nosotros, me aconsejaron colocarlos en sitio seguro, lo que no conseguí, porque si algo interesaba sacar por la frontera, a los que poder tenían para ello, era el pícaro oro, y no los buenos libros.

## Agosto de 1936

En la mañana del 15 de agosto de 1936 llegué a Madrid, acompañado de mi hijo Harmodio, el ayudante en mi profesión y en la guerra Víctor Cabezali, y el chófer

miliciano Garrido. Nos dirigimos a una casa de huéspedes que había en la calle de Echegaray, donde paraba mi hijo en sus años de estudios. Era una familia amiga de Mauro Bajatierra, extremadamente amable, que desde el primer momento nos hizo presentes las dificultades con que se encontraba para obtener una alimentación conveniente. Les tranquilizamos sobre el particular y les hicimos saber que nos alimentábamos de ideales y de un poco de pan si lo había.

En los primeros recorridos que hice por las calles, me sorprendió el número de vehículos que llevaban las insignias de la C.N.T., la actividad de la organización y la influencia que ejercía sobre el pueblo madrileño, que a cada paso le manifestaba su simpatía.

Me dirigí en seguida a la casa de Mauro Bajatierra, con el que siempre había conservado las mejores relaciones, y su compañera me dijo que se encontraba en el frente de Sigüenza, de donde tardaría en volver. Entonces recibí una invitación para sumarme a la columna "España", que estaba organizándose e iba a salir para uno de los frentes de guerra. Aunque estaba impaciente por correr a la lucha, no acepté la invitación hasta que no hablara con Bajatierra, porque además de la merecida estima que le tenía, sabía que ya habían llegado al frente de Sigüenza los anarquistas que estaban en Almadén.

En los breves días que pasé en Madrid esperando a Bajatierra, después de explorar el estado de ánimo de los madrileños, que me pareció excelente, traté de visitar los centros de información donde se desplegaban las mayores actividades.

Fui varias veces a un hermoso palacio, cuyo nombre he olvidado, donde funcionaba un Estado Mayor de las milicias, al parecer inspirado por el coronel Barceló. Allí encontré a antiguos amigos de lucha, tales como Justiniano García, Juan Galán, Pablo Rada y otros, quienes me acogieron extremadamente bien y me invitaron a comer en aquella casa, siempre que me lo permitiera el tiempo.

Una noche acudí a una reunión de los hombres más destacados de las izquierdas, para tratar de la grave situación que atravesábamos. Fui uno de los primeros que llegué, con mi traje modesto, de miliciano, un simple "mono" y la cabeza descubierta. A poco llegó Pestaña, tan preocupado que no se dio cuenta de mi presencia, a pesar de sentarse a mi lado. Entonces el socialista De Francisco, hizo nuestra presentación, creyendo que no nos conocíamos personalmente.

En Madrid, me encontré con mi antiguo amigo y compañero el Dr. Enrique Castell, que desplegaba la mayor actividad en nuestros medios, a pesar de tener una grave lesión en la aorta que le hacía sufrir mucho. Con él estuve en un local de la C.N.T., donde varios médicos con Castell visitaban a los enfermos que llegaban y les proporcionaban las medicinas necesarias.

Conocí por vez primera a Castell en París, allá por el año 1904. Llegó allí con un grupo de excelentes compañeros valencianos, que en unión de Aguilar habían editado en Valencia el periódico *Juventud*. Castell era médico y se dedicó al estudio de las enfermedades de la piel. Por entonces había en París un nutrido grupo de anarquistas españoles que se reunían una vez por semana en un café del Faubourg de Saint-Antoine. El atentado de la rue de Rohan contra Alfonso XIII dispersó a los componentes de aquel grupo que tan buen trabajo hacía con la publicación del periódico *L'Espagne Inquisitoriale*, yendo yo a la cárcel y los otros deportados. Entonces Castell se fue a Sevilla y allí se estableció con éxito en su

profesión, bajo la amenaza de la policía. Cuando años después volví a Sevilla, Castell estaba apartado del movimiento y procuré no visitarle, porque siendo yo el de siempre, llevaba la policía detrás y no quería que se le molestara por mi culpa. Después Castell pasó a Madrid, y al proclamarse la República, en un viaje que hice a la corte, estaba en la estación esperándome y reanudó sus actividades revolucionarias. Castell murió de repente, a consecuencia de la dolencia que padecía, cuando los ejércitos fascistas se aproximaban a Madrid. Avisado por su esposa, no pude acudir a su lecho de muerte, por haber tenido que salir de improviso para una misión de urgencia.

Por fin llegó el amigo Bajatierra, y mientras preparábamos el viaje para Sigüenza, recorrí los medios libertarios y me mostraron el funcionamiento de nuestra prensa. Bajatierra era en extremo popular y a cada paso le detenían para estrechar la mano del bravo anarquista. Vestía chaqueta azul de trabajo, pantalón de lana y leguis; el sombrero era de paja trenzada, con la visera de celuloide azul; ancho correa, del que pendían tres cartucheras, cantimplora, máquina fotográfica y prismáticos, y el fusil siempre en la mano. El aspecto exterior de aquel inolvidable compañero no podía ser más original.

La Confederación Nacional del Centro me extendió un permiso para llevar armas y otro para circular libremente por el territorio español. El mismo organismo me facilitó el 17 de agosto de 1936 la siguiente credencial:

Confederación Regional del Trabajo del Centro (C.N.T.—A.I.T.).

Por la presente credencial, a los compañeros doctor Pedro Vallina, practicante Víctor Cazabeli, estudiante de medicina Harmodio Vallina y Emiliano Garrido, este último como conductor del coche matrícula Albacete núm. 8.226 se les autoriza por esta Regional del Centro para que puedan prestar los tres primeros sus servicios sanitarios en el frente de Sigüenza (Guadalajara) donde opera la columna de la C.N.T. Por lo tanto rogamos a los grupos y milicias armadas que luchan contra el fascismo y demás personal del frente les presten toda la colaboración y ayuda para el buen cometido de su misión.

Madrid, 17 de agosto de 1936 (sigue sello y firma).

Al día siguiente partimos para el frente de Sigüenza, donde se sucedieron una serie de heroicos y trágicos acontecimientos, y que constituyen unas páginas importantes de la Revolución española.

## Los “rojos” ocupan Sigüenza

El 18 de agosto de 1936 salí de Madrid con los sanitarios que me acompañaban, a cuyo grupo se reunieron Mauro Bajatierra y los cuatro compañeros de su escolta, a los que familiarmente les llamaba “sus muchachos”.

Pasamos de largo por Alcalá de Henares, el lugar donde nació Cervantes, y entonces me di cuenta que Don Quijote estaba de nuevo en campaña, esta vez contra los peores malandrines.

En Guadalajara vinieron a nuestro encuentro algunos compañeros, los cuales nos mostraron los lugares donde la lucha era más violenta entre los fascistas, bien parapetados, y los “rojos” llegados de Madrid, en su mayoría anarquistas, que aniquilaron por completo al enemigo.

A poca distancia de Guadalajara, al borde de la carretera que conduce a Sigüenza, encontramos un campamento militar con algunas piezas de artillería ligera, al mando del coronel Jiménez Orgue, que me fue presentado por Bajatierra, con el que tenía alguna amistad.

Al llegar a Sigüenza quedé en extremo sorprendido del cuadro que se presentaba a mi vista. Se trataba de una ciudad medieval ocupada en parte por grandes conventos. Tenía un espléndido palacio arzobispal, un monumental seminario con una biblioteca adjunta atestada de obras y monumentos históricos, una catedral famosa con ricas joyas de valor y de arte, que se conservaba cerrada para mayor seguridad, y además numerosos templos antiguos con muchas curiosidades. Pero lo que más me interesó, y fue motivo de varias visitas, era una catedral ya en desuso situada en las afueras de la población, siendo el primer templo que allí se construyó, con un contenido raro y meritorio. En los ratos de ocio dediqué algún tiempo al examen de estos monumentos, pero las notas que tomé se perdieron y mi memoria conserva un recuerdo bastante borroso.

La ciudad tenía también una extensa alameda, en extremo hermosa, poblada por añosas arboledas, donde muchos madrileños acudían en el estío a tomar el fresco en coloquios amorosos.

Encontrándome en Sigüenza, me acordaba de otra ciudad parecida desde muchos puntos de vista. Me refiero a Estella, de Navarra, donde fui desterrado a las órdenes del general Mola.

Los parásitos que ocupaban la ciudad, el obispo, los frailes, las monjas, los curas y los sacristanes, huyeron como bandadas de aves de mal agüero al aproximarse el pueblo en revolución, y no recuerdo si alguno pereció en la huida, tal vez el obispo, porque eran muy difíciles de atrapar, escurriéndose de las manos como el pez en el agua. Y desde entonces las calles de Sigüenza no estaban ocupadas por la gente negra, sino por los hombres rojos, inundándolas de alegría y de esperanza.

Calculo que a mi llegada había allí destacados unos 5.000 hombres distribuidos así: 2.000 ferroviarios, de procedencia socialista y republicana, y batallones de la C.N.T., comunistas y del P.O.U.M., representando a todos los sectores antifascistas, y reinando entre ellos, según pude observar, la mayor cordialidad.

Aquellas fuerzas armadas ocupaban como cuarteles los edificios religiosos que reunían las mayores condiciones para ser habitados. El batallón de la C.N.T., al cual nos incorporamos a nuestra llegada, se había posesionado de un espacioso convento de las monjas ursulinas, cuya descripción merece capítulo aparte.

## El convento de las ursulinas

El convento que ocupaba la C.N.T., como cuartel, que perteneció a una congregación de monjas ursulinas, era uno de los más espaciosos de Sigüenza, alojándose allí cómodamente los mil hombres escasos que podría tener el batallón.

La iglesia era de piedra y tan grande que podría abastecer a todo el pueblo. Tenía varias capillas con sus altares y retablos de madera tallada, así como numerosas imágenes, todo de mediocre mérito artístico.

El portalón del templo estaba adornado, formando frontispicio, con varios santos de piedra de tamaño natural, que un día los milicianos derribaron de sus pedestales, haciéndose pedazos en la caída. El local principal de la iglesia se destinó para comedor, y era capaz de dar cabida a todos los comensales del batallón. Fue bien provisto de mesas y de bancos para que todos estuvieran cómodos, y el cocinero no ocultaba la alegría al contemplar su obra. Pero a poco de estrenarlo alcanzaron los fascistas el local con una bomba de cañón, que deshizo en un momento la obra de varios días de trabajo. “Castigo del cielo”, decían entre dientes las beatas de la vecindad, para que nadie las oyera.

Las monjas tenían cómodas celdas como dormitorios, bien amuebladas, en largas galerías. El local que servía para ropero era un verdadero salón, y estaba atestado por la ropa corriente de la congregación, además de grandes reservas de telas de hilo y de seda. Un día avisé a las mujeres necesitadas de la población, que vinieron formando larga cola, y les repartí el contenido del ropero, no dejando más que los muros.

Ni que decir tiene que el convento estaba muy bien provisto de cocina, despensas y comedor, para que se cuidaran a lo príncipe las humildes siervas del Señor.

También había un pequeño cementerio cubierto, formado por dos salones, con tumbas en el suelo y en los muros. Entre ellas la que más atrajo mi atención era una en la que se guardaban los restos mortales de un santo varón, el primer obispo de Sigüenza, pero después de tomarme la molestia de descubrirla, sólo encontré en su interior un recipiente muy espeso de vidrio azulado que contenía dos vértebras cervicales del cuello del finado, y nada más, así que no pude averiguar adónde fueron a parar los restantes huesos del esqueleto, aunque no dudo que su alma volaría a los cielos. Lo más curioso que en aquel recinto sagrado encontré fue el cráneo de una joven herida por un golpe de lanza.

También he de mencionar la prisión del convento, una mazmorra subterránea, sin aire y sin luz, que cuando la visité era el paraíso de las ratas.

En uno de los departamentos más apartados del piso alto, descubrí un verdadero tesoro de ropas de iglesia, entre las que había grandes capas, casullas y mitras, con un bordado exquisito de oro, todo de mucho mérito artístico y de valor. Como se hacía poco aprecio de aquellas prendas religiosas, las utilizó mi hijo para hacer más mullida su cama, cubriéndolas con unas mantas que las protegiera. Años después, visitando la catedral de Morelia, México, un sacerdote muy amable e instruido en cosas de arte, me mostró una pequeña capa bordada en oro, del mismo estilo que las encontradas en el convento de Sigüenza, y al decirle que había tenido varias piezas semejantes, pero de mucho mayor tamaño, me miró incrédulo y creyó que bromeaba.

El convento de referencia fue fundado en la Edad Media, no recuerdo en qué fecha, por un matrimonio de nobles, que estaban enterrados al pie del altar mayor de la

iglesia. Me empeñé en desenterrarlos, pensando que pudiera encontrar algún objeto antiguo, pero mis intentos fueron vanos, porque cubría la tumba una losa pesadísima de unos dos metros de espesor, hecha de dura roca. Hubieran sido necesarios unos bueyes que tirasen bien, o algunos cartuchos de dinamita, pero otras cosas más urgentes ocuparon mi atención y dejé tranquilos a los muertos.

Si el oro no escaseaba en bordados, la plata maciza se encontraba empleada en grandes candelabros, algunos de dos metros de altura, que rodaban por los suelos.

Yo vagaba a veces por aquellos departamentos desiertos y recorría los luminosos patios y los sombríos y húmedos corredores del piso bajo, representándome las escenas de los pasados tiempos, y con la cabeza caldeada salía a refrescarme en la huerta del convento, poblada de árboles frutales y sembrada de legumbres. Después me detenía en la cocina del batallón, hablando con mi amigo el cocinero, donde en grandes calderas preparaba la comida para la tropa, con un fuego sagrado que desprendía al quemarse la vieja madera de los santos y los retablos.

Pero veo que estoy divagando sobre el pasado, y lo que nos interesa es el presente de aquella sombría ciudad, donde encontraron la muerte tantos hombres generosos, luchando por los más bellos ideales.

## Sanidad y cultura

A poco de mi llegada a Sigüenza, vino a visitarme el teniente coronel de Sanidad Militar, que tenía a sus órdenes a tres jóvenes médicos militares recién acabadas sus carreras, así como a varios practicantes. Se trataba de un hombre de mi época, muy amable y de finos modales. Era por lo tanto mi jefe superior, pero he de advertir que durante la Revolución no conocí jefe alguno, y menos a tantas calamidades que aparecieron como tales. Me las entendía mejor con el miliciano desconocido.

El teniente coronel acabó por confesarme que no le parecía bien que los médicos y practicantes fueran armados hasta los dientes, como iba yo y los que me acompañaban. Y apoyaba sus razones en no sé qué acuerdos tomados en Ginebra. “Es más —me decía—, si los cogen armados los fascistas tienen derecho a fusilarlos por faltar a las leyes de guerra”. “Mire usted —le respondí—, todos esos acuerdos de Ginebra son letras muertas, y le aconsejo que se arme lo mejor que pueda en unión de sus subordinados, para morir matando si llegara la hora. En cuanto a fusilarme, no lo lograrán, porque no me cogerán vivo, pero temo que le fusilen a usted desarmado”. Ya veremos en el curso de este relato cómo fue fusilado este inocente, que tan en serio tomaba los acuerdos de Ginebra, buenos para colocarlos en el retrete. Pocos días después le sorprendí colocando cruces rojas sobre las tejas del Hospital Militar y del Asilo, y al advertirle que aquello era un excelente blanco para la aviación fascista volvió a invocar con la mayor seriedad los acuerdos de Ginebra. Precisamente aquellos edificios fueron destruidos por la aviación enemiga, y sus moradores pasados a cuchillo o aplastados bajo los escombros. Ya hablaremos de esto más despacio. Aparte la manera tan equivocada que tenía al apreciar el momento que atravesábamos, aquel hombre me tuvo en grande estima y nunca puso obstáculo a que hiciera lo que me parecía más conveniente, sin someterme a la disciplina militar.

Cuando llegué a Sigüenza estaba organizándose un Hospital Militar en uno de los edificios religiosos abandonados, y uno de los médicos militares pasaba todos los días por el cuartel de la C.N.T., y en unión nuestra asistíamos a los enfermos. Además, había alguno que otro médico civil en los batallones de los voluntarios.

Como en Sigüenza había entonces poco quehacer en el sentido sanitario, casi todos los días visitaba a alguno de los pueblos vecinos, sin médico ni boticario, porque habían huido con los fascistas. Cuando llegaba a un pueblo, el comité comunicaba a los vecinos mi presencia por medio de un pregón y a poco acudían los que me necesitaban. Esto me servía también para observar el estado de ánimo de los pueblos, que me parecía excelente y veía con satisfacción cómo la gente, libre de las trabas que les oprimían, se inclinaba a una vida nueva dentro de las normas del comunismo libertario.

Los ratos que me sobraban del trabajo de mi profesión, los dedicaba a proteger las obras de cultura. Anexo al Seminario se encontraba una biblioteca y archivo de mucho valor, y después de un examen detenido, aconsejé que se cerrase y cuidase bien, aunque he de advertir que estando abierto, los milicianos lo respetaban siempre. En cambio, cuando llegaron los italianos, saquearon el local y se llevaron lo que creían de más mérito. En algunos italianos muertos en Guadalajara, se encontraron sus mochilas bien repletas de documentos históricos, entre los que abundaban aquellos que trataban de las relaciones con el papado.

En uno de los salones de nuestro cuartel hice un depósito de toda clase de objetos de arte que había puesto a salvo. Los libros de los conventos ocupados por los milicianos, me los llevaron en camiones a un patio del local, y allí hice un examen de cada uno, indulgendo a la mayoría, que conservé con todo cuidado. En aquel trabajo recordé unos artículos que había leído en mi niñez, publicados en *Las Dominicales* y firmados por “Un sacristán jubilado” (Narciso Campillo). Aquellos artículos llevaban el título de *Historia de la Corte Celestial*, y además de muy entretenidos eran sumamente útiles para poner en ridículo las tonterías religiosas. El mismo autor publicó un trabajo muy divertido, haciendo mención de algunos títulos y subtítulos de obras religiosas, como *La Lavativa Celeste* y otros nombres por el estilo. En el abundante material que expurgué había temas para todo eso, aparte de obras de mérito en la literatura religiosa, como una hermosa edición completa de los escritos de Santa Teresa.

En una de mis excursiones por los pueblos encontré una iglesia que era un verdadero museo, por las pinturas murales y en tablas que había, así como por los libros iluminados. Los campesinos los habían conservado bien dándose cuenta de su valor, y me rogaron interviniera para que aquellos objetos fueran trasladados a lugar seguro. Entonces escribí a Madrid y vinieron dos delegados del Ministerio de Instrucción Pública, quienes quedaron encantados de mi colección y además de dos ejemplares que les entregué, un pequeño cuadro de pintura flamenca y una bandeja de plata labrada del siglo IX. Me prometieron venir a recoger en condiciones aquellos objetos de arte, pero en el momento de su llegada, las bombas fascistas caían a intervalos en la población y los visitantes estaban inquietos y recelosos. No volvieron por allí asustados, y lo que conservaba con tanto esmero lo destruyeron los fascistas en un bombardeo.

¡Y dicen algunos acémilas que los anarquistas somos enemigos de la cultura y queremos retroceder a los tiempos bárbaros!



## Mauro Bajatierra

Con mucha frecuencia venía el inolvidable compañero Mauro Bajatierra a buscarme y me conducía por aquellos campos y pueblos de la provincia de Guadalajara, donde era conocido y querido por los trabajadores.

Así me di cuenta de las aspiraciones populares, que como una tendencia natural se orientaban hacia un comunismo libertario. Con él visité algunas colectividades agrícolas, así como una fábrica de papel.

En nuestras correrías por aquellos bellos campos, Mauro contemplaba atentamente el paisaje y cuando descubría un prado o un arroyo bordeado por espesa arboleda, me repetía constantemente: “¡Qué buen sitio, Pedro, para comernos una paella!” A lo que siempre respondía: “Cuando se termine la guerra con el triunfo de nuestros ideales, nos comeremos todas las paellas que quieras, amigo Mauro”. Y seguíamos nuestro camino silenciosos, abismados en las más serias reflexiones.

Un día visitamos el Hospital Civil de Guadalajara, espacioso edificio, que se había convertido en hospital militar por las necesidades de la guerra. Recorrimos detenidamente todos los departamentos y nos detuvimos largo rato en el local que hacía de manicomio, conversando con los internados, que se paseaban tranquilos por un patio. Al retirarnos, el doctor que hacía de director del hospital, me pidió mi opinión, que fue por cierto muy lisonjera y merecida. “¿Y del manicomio, no me dice usted nada?” “En efecto, se me olvidaba, y por cierto que me han llamado la atención los locos, con los que he conversado largo rato, y me parece la gente más cuerda que he tratado desde que comenzó la guerra”. “En efecto —me respondió—, es una gente muy tranquila, cuya conducta contrasta con el estado de excitación de los que están fuera”.

Por lo visto, el conde de Romanones era el señor feudal de aquel territorio, dueño de vidas y haciendas, al que le hacían coro en sus fechorías otros amigotes que por allí acampaban. El ladino conde había hecho esconder una manada de toros bravos que tenía en uno de los lugares más apartados de la provincia, creyendo sin duda que allí estarían seguros. Pero orientados por los campesinos dimos un día con el escondite de las reses bravas, que fueron sacrificadas, una tras otra, para que se alimentasen bien nuestros milicianos de Sigüenza. El “palurdo”, hombre inculto que estaba al cuidado de los toros, los fue entregando a regañadientes y ante la amenaza de los fusiles, que le imponían más que los cuernos. “Y esto, ¿quién lo va a pagar?”, me decía para comunicárselo al conde. Entonces le di mi nombre y le dije que siendo amigo íntimo de Romanones se tranquilizaría con la promesa que le hacía de pagárselos, pues siempre habíamos tenido las mejores cuentas.

A poco de llegar a Sigüenza fui llamado con urgencia a Guadalajara donde aquellos compañeros, en unión de Bajatierra, me propusieron que aceptara la dirección de una guardería para recoger a los niños huérfanos de la guerra, que habían organizado en la quinta de un médico que se había fugado y en un local de un convento colindante. Me negué a ello, porque no quería comodidades, sino luchar en los frentes de guerra. Pero se llegó a un arreglo, en vista del cual sería el director, pero nombraría a una persona de mi confianza para ocupar el puesto, aunque de vez en cuando, y siempre que las circunstancias lo permitieran, daría una vuelta por allí. Como el asunto era delicado, por encontrarse internados niños y niñas, llevé a mi compañera para que

desempeñara mis funciones. Ignoro cómo terminara tan noble institución, cuando tuvimos que partir de aquella zona, arrastrados por los acontecimientos.

## Se teme el desastre

Desde el momento en que llegué a Sigüenza y estudié la situación militar, adiviné el desastre que nos esperaba, aunque a nadie comuniqué mis impresiones, a no ser a Mauro Bajatierra, con el que siempre marchaba de acuerdo.

Si no me equivoco, había unos 5.000 combatientes distribuidos en la ciudad y en los frentes cercanos, todos bien dispuestos para la lucha, pero eso no era suficiente. La historia nos enseña que una minoría de hombres inspirados han cometido las más grandes empresas, que al leerlas nos dejan asombrados, mientras que grandes masas de hombres han sufrido por incapacidad las más grandes derrotas.

En la guerra hay que marchar frente al enemigo con la mayor rapidez y a esa condición se debieron los éxitos de Napoleón. Nuestras fuerzas se habían estancado en Sigüenza, en vez de marchar contra el Aragón fascista, al mismo tiempo que los catalanes debían empujar contra Zaragoza. Tal vez se tropezara con fuerzas superiores que lo impidieran, o quizás escasez de armamentos o falta de visión de los mandos, o todas esas circunstancias reunidas. De todas maneras, yo, soldado desconocido, pondré en evidencia los hechos de que fui testigo y que me causaron las mayores tristezas.

En vez de marchar contra Aragón, los ataques se dirigieron varias veces contra el castillo de Atienza, una vetusta fortaleza situada al pie del pueblo del mismo nombre, que si no pertenece a Guadalajara estaba situada en los bordes de Segovia o Soria; no lo recuerdo ni dispongo en esta selva de mapa alguno. Aquel castillo de Atienza se veía a simple vista en la lejanía desde las alturas cercanas a Sigüenza. Se practicaron tres o cuatro ataques o paseos militares contra Atienza. Se llegaba al pie del pueblecito, se cambiaban numerosos disparos con el enemigo, sin poder tomar el castillo, y después vuelta atrás a Sigüenza. La última expedición que se hizo, en la retirada, fuimos perseguidos por un avión fascista, que nos arrojó algunas bombas sin hacer blanco. Yo no participé en aquellos viajes. Y después de cada expedición, unos días de vacaciones y a Madrid en automóvil. Ni en Sigüenza ni en otro sitio me parecieron bien aquellos días de asueto en la capital, aunque me lo explicaba como propio de gente joven. Sin embargo, la situación se presentaba en extremo grave y no había que dar un paso en falso para no rodar en el abismo. Aunque los elementos que luchaban eran excelentes, tal vez su entusiasmo les impidió ver la realidad.

Como siempre, me dirigí a los hombres del pueblo y de preferencia a los campesinos, donde existen valores reales. Y aquellos trabajadores, que tenían un buen olfato, me abrieron el corazón y me dijeron:

—Consideramos la situación como muy grave y de las peores consecuencias, temiendo caer en las garras del fascismo. Vuestros “jefes” no sirven para otra cosa.

Y entonces me propusieron organizarse en guerrillas y que me quedara con ellos.

Acepté la propuesta y pedí ayuda y autorización a las personas que pudieran hacerlo, no desconociendo la intervención heroica de los guerrilleros en las luchas de

España, desde Viriato hasta el Empecinado. Con asombro mío, la primera persona a quien llevé la misiva, se encogió de hombros, desaprobó el plan y consideró que no podía contarse con aquella gente incapacitada.

Entonces un grupo de hombres del pueblo, que se les creía inservibles, me condujeron por aquellos campos y me mostraron los lugares por donde los fascistas podrían apoderarse de Sigüenza. Hacia el noroeste de Sigüenza, a pocos kilómetros, había un grupo de casas, casi todas de comerciantes en pequeño, que creyeron equivocadamente que yo representaba algo y me rogaron encarecidamente que hiciera todo lo posible para evitar el avance de los fascistas, pues temían caer en sus garras. En efecto, aquel lugar no tardó mucho en ser ocupado por el enemigo. Avanzando en aquella dirección penetré en terreno fascista, y en un campo donde trabajaban numerosos campesinos me detuve y los arengué para que se sublevaran y se unieran a la revolución popular. Bajaron la cabeza, me miraron de reojo y dieron la callada por respuesta. Entonces comprendí que no había nada que hacer entre aquella gente. Pero a uno de ellos se le soltó la lengua y me dijo que los fascistas acampaban muy cerca y que aquella mañana se habían ido con ellos el cura, el sacristán, un hermano del cura y otros “notables” del pueblo. El mismo sujeto me dijo que el cura y su hermano tenían en el pueblo una pequeña granja, a la cual me condujo. Allí encontré algunos centenares de borregos que envié a Sigüenza, con dos pastores que los guardaban, que cedieron ante la amenaza de los fusiles. También había un centenar de gallinas tan voladoras que no pudimos atrapar ninguna, no matándolas a tiros por no descubrir nuestra presencia a las avanzadas fascistas.

Todo esto coincidió con un avance del enemigo, entablándose un avanzado combate que relataremos posteriormente.

## Un combate

Aquella tarde se rompió el fuego al oeste de Sigüenza, en dirección del castillo de Atienza, haciendo una tregua al caer la noche. Pero en la mañana siguiente, se reanudó el combate, estando reforzadas nuestras filas por la presencia de numerosos guardias de asalto y de artilleros, con varios cañones de 7,5, traídos de las cercanías de Guadalajara, donde había un campamento militar. El coronel Jiménez Orgue que venía con ellos tomó el mando de todos los combatientes. A poco de romperse el fuego cayó una joven muerta con una herida de bala en la cabeza, y dos hombres heridos, uno con un balazo en el vientre y otro con una herida contusa muy aparatosa en el pecho, causada por una bala de cañón que no estalló y de rebote golpeó al miliciano. Recogí al herido del vientre y lo trasladé en automóvil a Sigüenza, pues había necesidad de operarlo con urgencia. Se trataba de un joven de unos 18 años de edad, extremadamente simpático y de finos modales; me dio las gracias por haberle salvado la vida, según él, y me recomendó encarecidamente que dijera a los compañeros que no dieran un paso atrás y siguieran la lucha sin desmayar hasta el final. Cuando llegué al improvisado Hospital Militar de Sigüenza me di cuenta de que no estaba en condiciones para hacer una intervención quirúrgica seria, sino unas ligeras curas de urgencia. Esto me produjo una penosa impresión, pero me prometieron

trasladarlo inmediatamente a Guadalajara, cosa que no se hizo hasta el día siguiente. Llegó tarde y murió después de operado; interviniendo a tiempo se hubiera salvado. El tener preparado el Hospital de Sigüenza para atender casos semejantes, que por otra parte no era un problema difícil, tenía más importancia que saberse de memoria los acuerdos de Ginebra sobre la intervención de los médicos en la guerra. Durante toda la campaña no olvidé la recomendación de aquel infortunado joven anarquista: “No retroceder ni un solo paso y continuar la lucha hasta el final”.

Cumplida mi triste misión, me volví contrariado al campo de lucha. La artillería lanzaba de continuo sus proyectiles sobre el castillo de Atienza, a lo que contestaban débilmente los fascistas. Las descargas de fusilería se sucedían sin interrupción. En la colina me detuve con el coronel Jiménez Orgue y charlamos un momento. Para él la bravura de nuestros milicianos era grande, pero estaban poco disciplinados, habiéndose dispersado y avanzado sin orden suya, lo que hubiera sido peligroso en una retirada forzada. Además, según él, y creo que tenía razón, aquella operación militar no tenía objetivo alguno. Y es que los mandos civiles se escogían, no en los campos de lucha, sino en los comités de los sindicatos y partidos políticos, y se puede ser un excelente afiliado y pésimo táctico militar, sin inspiración alguna. Eso es lo que ocurrió en Sigüenza y en otros sitios en que me encontré.

En una ocasión me dirigí al pueblecito de Imón, lugar muy pintoresco, con mucho arbolado frutal y una pequeña salina. Tanto el médico como el boticario de Imón me ayudaron en algunas cosas que necesitaba. El médico era un hombre de unos 60 años y me dijo que tenía un hijo médico en nuestras filas.

Por la tarde me encontré a Mauro Bajatierra que había dejado su oficio de periodista y empuñaba un fusil. Como siempre, nos riñó a mi hijo y a mí por estar en los sitios de peligro, fusil en mano, en vez de encontrarnos en la retaguardia; le contesté que unas veces éramos médicos y otras soldados, según las circunstancias. Por cierto que nos sentamos a conversar en el tronco de un árbol, cuando al poco rato aparecieron varios compañeros gritando que nos alejáramos de aquel lugar porque los fascistas arreciaban el fuego y avanzaban en nuestra dirección. En efecto, los proyectiles de cañón caían a nuestros pies y las balas silbaban sobre nuestras cabezas.

Llegó la noche y la lucha siguió el mismo punto. De pronto alguien dio la orden de que avanzaran los dos carros blindados que nos había enviado la C.N.T. de Madrid. Siguieron una estrecha carretera que estaba cortada a un centenar de metros de distancia, y al detenerse los carros fueron blanco de los cañones fascistas, que los tumbaron averiados, teniendo nosotros después que volarlos con dinamita. Allí recogimos mal herida de un brazo a una joven de 15 años, hija de un minero de Almadén, que murió tuberculoso. La muchacha se incorporó al grupo de los anarquistas de Almadén, en unión de su hermano, y la madre me recomendó que la cuidara como si fuera mi hija. La puse en la retaguardia, fuera de todo peligro, pero llevada por su pasión revolucionaria ocupó un puesto de peligro en la avanzada. Los médicos que la atendieron en el Hospital de Sigüenza me dijeron que nunca habían visto un herido más valiente. ¿Qué habrá sido de aquella jovencita anarquista? Cuando me acuerdo de ella, la emoción embarga mi espíritu. Siempre he mirado con malos ojos a los mandones osados, sin mérito alguno, pero la gente sencilla y buena, como era aquella niña, me despiertan el mayor cariño.

No sé por qué se tocó a retirada, y nuestras fuerzas se fueron replegando a Sigüenza, sin resultado práctico alguno. No tuve tiempo de avisar al viejo médico de Imón para que viniera con nosotros, y a poco llegaron los fascistas y lo fusilaron a la puerta de su casa por la ayuda que nos había prestado. El suceso me produjo la mayor amargura.

## Un condenado a muerte

Un día por semana se colocaba una mesita en la puerta de nuestro cuartel y el pagador abonaba a cada uno siete pesetas diarias. Pero en una ocasión se dio el caso de que uno de los milicianos cobró por dos veces, siendo descubierto en el acto.

Pronto se divulgó la noticia y la indignación estalló amenazadora entre los compañeros. Allí se había ido a luchar desinteresadamente por el triunfo de la libertad y de la justicia social, y no por el interés de cada uno, siendo todos los voluntarios en extremo idealistas. El que aquello hizo no era digno de estar entre nosotros, porque manchaba con su conducta la pureza de nuestra causa. En el instante fue detenido el individuo que tan mal se había conducido, tanto para juzgar su culpabilidad, como para sustraerlo del peligro que corría entre la multitud indignada.

Se consultó con el comité de la C.N.T. en Madrid y la respuesta no se hizo esperar: "Hay que fusilar a ese hombre". En consecuencia fue encerrado en un calabozo de la cárcel de la villa, en espera de su pronta ejecución. Pero aquel hombre se impresionó tanto por lo ocurrido, que parecía haber perdido la razón, corriendo y gritando de un extremo a otro de la prisión. No sin grandes esfuerzos conseguí calmarlo y le interrogué sobre el particular. Aquel hombre vino a nuestras filas arrastrado por la belleza de nuestra causa, pero hasta entonces había tenido la desgracia de trabajar como tabernero, adquiriendo en aquel oficio hábitos defectuosos. Cometió aquel acto sin meditarlo y porque vio la ocasión de andar torcido como era su costumbre, en vez de andar derecho como nosotros. Se mostraba profundamente arrepentido, y lo que más sentía, no era la muerte ignominiosa que le esperaba, sino la conducta que había observado inconscientemente. Me despedí de él asegurándole que sería indultado, ya que estaba entre gente comprensiva y buena.

En efecto, cuando se tranquilizaron los ánimos, pedimos algunos, entre otros Bajatierra y yo, que no fuera fusilado aquel miliciano por un acto efectuado sin mala intención, sino por dársele de gracioso. El Comité de Madrid no podía juzgar desde allí las circunstancias particulares que acompañaban una acción tan censurable, además de que en nuestras filas tenía el condenado familiares y amigos que hubieran sido heridos en su sensibilidad con el fusilamiento de aquel hombre. Estas ideas se fueron abriendo paso y puede decirse que ni un solo miliciano hubiese votado por su muerte. Lo que sí opinaban todos es que no podía seguir en nuestras filas.

Se trajo al condenado, se le indultó en nombre de todos, y ante el batallón formado se le despojó de sus insignias de miliciano y se le mandó a Madrid a trabajar en su oficio o en otro más provechoso.

Partió con la cabeza baja y en extremo pesaroso, lamentando separarse de hombres tan generosos y de tan puras convicciones.

## Al borde del abismo

La situación de Sigüenza fue empeorando por momentos y pronto me apercibí de que estaba próximo un desenlace trágico. Los fascistas fueron estrechando el cerco, y con una regularidad desesperante arrojaron sus proyectiles de cañón sobre la ciudad, sin que al parecer nadie se preocupara de una situación tan alarmante. En aquellos momentos no tenía allí influencia alguna, salvo en un escaso número de amigos, y sólo mi intenso amor a la causa me retenía en aquel lugar. Mauro Bajatierra, entre otros, dio el grito de alarma, fue desoído, y se le dijo que se limitara a su misión de periodista. Entonces Mauro y los compañeros que lo acompañaban, no queriendo quedar encerrados en la ratonera, optaron por dormir en una casita situada al borde de la carretera, con el ojo avizor. Yo me resigné a lo peor, y lo sentía por mi hijo, que apenas empezaba a vivir, y que podía ser víctima de la incapacidad de los otros. Pero un incidente inesperado vino a cambiar el curso de las cosas y sacarnos de Sigüenza.

Un día llegó un camión con un cargamento de Madrid, y el chófer que lo conducía, al encontrarse conmigo, me abrazó con la mayor alegría. Entonces conocí en el conductor a un comerciante de Pozoblanco, Córdoba, con el que había tenido una estrecha amistad. Aquel hombre me dijo que no quería volver a Madrid, sino quedarse a mi lado en Sigüenza. Se consultó con el Comité y sin obstáculos alguno fue admitido como chófer del batallón, lo que se comunicó a Madrid.

Pronto me apercibí de que mi amigo se había entregado al vicio del alcohol de una manera desconsiderada. Se hizo amigo del cocinero, otro borracho, y siempre se daban maña para que no les faltara la bebida. Como les había dejado un sitio para dormir en mi departamento, me despertaban a una hora avanzada de la noche, cuando llegaban embriagados. Y esto era de continuo. Pero una vez se presentaron al anochecer ya borrachos y me dieron motivo para arrojarlos violentamente del local. No me pareció oportuno tomar aquella medida, porque después de todo eran dos compañeros víctimas de los maleficios de la guerra. Lo que hice es coger la puerta y vagar por aquellas calles mal alumbradas. A poco me encontré a Miguel Hernández, un compañero muy comedido a quien apreciaban mucho, que me preguntó sorprendido adónde iba por aquellos rumbos. Le conté lo que me ocurría y le dije que buscaba un tejado donde dormir aquella noche, porque estaba dispuesto a no volver al cuartel. Entonces me invitó a pasar la noche en el vecino pueblo de Baidés, donde tenía un mando militar. Acepté con gusto y allí pasé la noche, recuperando el sueño que me habían hecho perder los borrachos.

A la mañana siguiente llegó a Baidés el teniente coronel jefe de Sanidad Militar, a quien expliqué lo ocurrido. Aquel hombre se lamentó amargamente del abuso que hacían algunos del alcohol, con los trastornos consiguientes, y me rogó me quedara en Baidés, donde necesitaba un hombre como yo. Marchó en seguida, pero al día

siguiente expidió este telegrama de Sigüenza a Baidés, dirigido a Miguel Hernández: "Queda nombrado médico de las milicias de Baidés el doctor Vallina".

Llevaba la fecha del 23 de octubre de 1936, y lo firmaba el jefe de Sanidad Militar.

De lo que ocurrió en Baidés y del desastre de Sigüenza nos ocuparemos más adelante.

## Un pueblo bajo la revolución

Baidés era un pueblecito muy lindo, situado en las alturas a unos 20 kilómetros de Sigüenza. Estaba habitado por campesinos pobres que vivían en pequeñas casitas, muy limpias y bien arregladas. Parecía gente poco dada a los vicios y de costumbres muy tranquilas. Como en todos aquellos pueblos, los pobres se unieron a la revolución, y huyeron los ricos, el cura, el boticario y el médico; y los trabajadores respiraron a sus anchas. Y luego arremetieron contra la iglesia, que para ellos simbolizaba el mal, y la redujeron a escombros. Esto pudiera haberse evitado si los hombres no se subieran los unos sobre los otros, creyéndose superiores, para explotarlos y tiranizarlos. En el centro del pueblo había un verdadero palacio rústico, habitado por un cómplice y amigo de Romanones, que huyó de la quema. Aquel edificio era muy alto, como un rascacielos, y las casitas de los humildes se disponían a su alrededor como arrodilladas. El edificio fue ocupado por los dirigentes locales de la C.N.T. y el grupo de sanitarios. Todos los que escaparon no eran fascistas, pero algunos cerraron sus casas y se fueron a Madrid, donde se creían más seguros. Los alrededores de Baidés eran muy pintorescos y sus huertos tenían muchos árboles frutales, especialmente ricas manzanas. La casa señorial a que me he referido poseía un hermoso parque con mucho arbolado y plantas de adorno, algunas traídas de lugares lejanos, allí aclimatadas. Separadas por un riachuelo poco caudaloso, bordeado de álamos, se encontraba la estación de ferrocarril, que sufrió repetidos ataques de la aviación fascista.

Los campesinos que quedaron en el pueblo se identificaron con nosotros y nos dieron pruebas de la mayor estimación, tratando de llevar a la práctica las ideas libertarias. Algunos jóvenes, los más instruidos y resueltos, se constituyeron en representantes de la C.N.T. y se unieron a nuestro grupo sanitario y soldados a la vez. Después de los trabajos encomendados a cada uno durante el día, nos reuníamos de noche en el palacio, donde cenábamos, cambiábamos impresiones y dormíamos tranquilos, con los fascistas en la vecindad. Pero teníamos absoluta confianza en los centinelas que colocábamos en los lugares estratégicos, ocultos en la maleza, pero con el fusil en mano y ojo avizor.

Por situación estratégica, por su estación ferroviaria y por la presencia de significados antifascistas, el pueblo era con frecuencia visitado por la aviación fascista, y además sufría constantes ataques por tierra de los enemigos allí cercanos. Teníamos un refugio como no había otro: era una galería abierta en tierra, de más de 50 metros de longitud, situada bajo un alto montículo. Aquel lugar había servido en otra época como bodega de vinos, que se fabricaban en el pueblo. Luego desapareció la industria vinícola con la desaparición del viñedo, tal vez por las enfermedades del plantío.

Todavía quedaban en el fondo de la galería, ensanchada de varios huecos, los restos de viejos toneles. A una señal dada de alarma, todo el pueblo corría al refugio, con bastante capacidad para acomodarlo. Como en el fondo de la galería se sentía mucho el frío y algunas mujeres se desmayaban, llevamos un poco de coñac y encendimos una vela para iluminar la estancia. Había veces que los bombardeos cercanos llegaban con las ondas al fondo del refugio y la luz de la vela oscilaba hasta apagarse, dando un aspecto medroso al local. Como a veces los refugiados se asomaban en grupos a la puerta del refugio, motivo para que nos arrojaran algunas bombas, pusimos a un cojo de portero con su escopeta al brazo. Desde allí presenciábamos un bombardeo de la estación ferroviaria, con el objetivo de detener los trenes que iban al auxilio de Sigüenza. Cortada la vía, fueron a componerla, y yo me acerqué a ver lo que ocurría, cuando apareció otro trimotor que nos dispersó con sus bombas, teniendo a toda prisa que refugiarnos en un pantano cercano, enterrándonos de lodo hasta el cuello.

Todos los días al amanecer dejábamos el pueblo, cruzábamos la estación y subíamos a pie una empinada montaña, después de una hora de marcha, que llegábamos a una extensa explanada, en cuyo extremo norte, en lugares muy escarpados, teníamos emboscados a nuestros milicianos, que se conducían admirablemente. Aquellos hombres anónimos valían mucho, resistiendo sin quejarse de hambre y el frío. Había uno que tenía un flemón difuso en una mano, y por más que le rogábamos viniera a la retaguardia para atenderlo seriamente, se negaba a ello por no dejar su puesto de combate. Entre ellos pasábamos el día, pero al anochecer bajábamos al palacio, donde pasábamos la noche en buena compañía. Había veces que la situación se presentaba amenazadora, y entonces desaparecían todos los vecinos, hasta los que nos ayudaban en el palacio, teniendo nosotros que prepararnos la cena. Pero pronto volvían al pueblo al desaparecer la alarma.

No había allí ni médico, ni boticario, ni juez, ni alcalde... pero había un hombre que era el terror de todos: el maestro barbero, que tenía una navaja que era una verdadera sierra y su afeitado un verdadero suplicio. El que se atrevía a afeitarse una vez, no volvía otra. Así que todos íbamos barbudos.

## Espías y traidores

Mauro Bajatierra, el inolvidable compañero, venía con frecuencia a Baidés y tomaba parte en nuestras luchas. Un día se aventuró en tierra fascista dentro de un tren cerrado y blindado, describiendo luego en una de sus bellas crónicas aquella experiencia peligrosa. Las crónicas de Bajatierra interpretaban admirablemente la gesta del pueblo, y no pueden separarse de la historia de nuestra Revolución.

Una vez recibimos un aviso de Mauro, anunciándonos que al día siguiente llegaría con unos periodistas a Baidés y comería con nosotros. Procuramos prepararle, en nuestra pobreza, una comida aceptable. A su llegada, después de sentarnos a la mesa, me dijo al oído que a poca distancia, en el camino que conducía a Sigüenza, la gente nuestra había ejecutado a dos espías fascistas, uno de ellos un cura de un pueblo de Aragón, y el otro un campesino que le servía de guía. Guardamos silencio sobre el



particular y comimos preocupados por el peligro que amenazaba a Sigüenza. Aquel día Mauro paró allí poco y se fue con sus amigos, que venían en viaje de información. Después de su marcha, vino a buscarme un campesino y me dijo alarmado que a poca distancia habían aparecido los cadáveres de dos desconocidos. Le recomendé buscara un camión para ir a recogerlos y sepultarlos en el cementerio del pueblo.

A poco volvió con un camión y partimos para el lugar del suceso, acompañado por un grupo de curiosos. A unos tres metros a la izquierda del camino, después de una marcha de un cuarto de hora, encontramos los cadáveres de dos hombres, como de 40 años de edad, cada uno con un tiro de pistola en la cabeza. Nuestros acompañantes, con su buen juicio, hicieron los comentarios consiguientes, no equivocándose en sus opiniones. Los muertos llevaban el traje de los campesinos del país, pero uno de ellos estaba muy bien nutrido, cubierto por una espesa capa de tejido adiposo, de piel limpia y fina y sin callos en las manos, mientras que el otro era enjuto de carne, de piel áspera y con espesos callos en las manos, como si hubiese trabajado recio la tierra. Los comentaristas dedujeron que el primero debería ser cura, con la coronilla todavía no bien cubierta, y el otro su criado o guía, ambos disfrazados para ocultar su personalidad. No se encontraron en ellos documentos ni objeto alguno, como si sus matadores hubieran borrado toda huella de identidad.

Colocamos a los muertos en la camioneta, los cubrimos con una sábana que venía en el carro y nos dirigimos al cementerio del pueblo. Cuando llegamos al lugar del enterramiento, ya habían abierto una profunda zanja donde colocamos los cadáveres, cubriéndolos con una espesa capa de tierra. Allí se había congregado toda la gente del pueblo.

Pocos días después del suceso que acabo de referir me dieron una noticia que me preocupó bastante: el jefe de la estación del ferrocarril de Baides se había pasado al enemigo, tratándose de un hombre bien informado de lo que allí ocurría: “No hay que inquietarse —me dijeron—, porque se trata de un buen antifascista, solamente que como tiene sus hijos en las filas contrarias, se ha pasado al campo enemigo para reunirse con ellos”. No me convencieron aquellas palabras y desde aquel momento me puse en guardia para evitar una sorpresa.

Todas las mañanas, a poco de amanecer, salíamos del palacio, atravesábamos la estación y subíamos una empinada montaña para reunirnos con los compañeros de aquel frente de guerra. En aquella subida invertíamos cerca de una hora, sentándonos varias veces en el camino. En el primer tramo de la montaña, en un lugar muy pintoresco, donde había unas minas de yeso, nos deteníamos a tomar un bocado y a reposar un largo rato. Un día que nos dirigíamos a aquel lugar pensando en la evasión del jefe de la estación, di orden a mis compañeros de que no se detuvieran en el lugar de costumbre, sino en otro a larga distancia. Se acataron mis órdenes con sorpresa, sin pensar en los motivos de mi determinación, y nos detuvimos en el sitio que había señalado, por cierto agreste y sin agua. Pero a poco de haber llegado, apareció un trimotor alemán, que planeó sobre el sitio donde solíamos detenernos y arrojó una bomba formidable que lo redujo todo a pavesas. Por lo visto el jefe de la estación había indicado a los fascistas dónde era fácil aplastarnos. Entonces mis compañeros comprendieron los motivos que tenía por haber cambiado de itinerario y obrar con prudencia.

## El desastre

La pérdida de Sigüenza era para mí cosa prevista a los pocos días de mi llegada. A medida que pasaba el tiempo se acrecentaban mis temores y una casualidad como he contado, me sacó de aquel lugar amenazado por la muerte. Siempre he estado dispuesto a perder la vida en defensa de los ideales anarquistas, pero morir a causa de la incapacidad de los otros es cosa triste, y más cuando llevaba a mi lado a un hijo muy joven. Bajatierra se apercibió del peligro y dio la voz de alarma, pero no fue oído, y entonces tomó la determinación de dormir fuera de la ciudad en campo abierto, en unión de los compañeros de su escolta.

Un día contemplé, desde las alturas de Baides, cruzar el espacio un tétrico trimotor alemán en dirección a Sigüenza. Planeó un momento sobre la ciudad y a poco descargó una bomba de las de mayor tamaño y potencia que sembró la destrucción y la muerte. Bajatierra, que fue testigo del ataque, me contó lo ocurrido. Era el primer aeroplano que volaba sobre Sigüenza y la gente confiada salió a la calle a recibirlo. La bomba arrojada cayó entre la multitud, causando numerosas víctimas en la población civil, que, como es sabido, era de tendencia reaccionaria. Mauro me refería conmovido cómo en unión de otros compañeros compraron un ataúd para enterrar a una preciosa joven destrozada por la metralla, cuyos padres se mostraban inconsolables, gritando como enloquecidos.

Desde aquel momento el cerco se fue estrechando y la caída de Sigüenza se hizo inminente, sin que nadie hiciera un esfuerzo para salvarla con sus combatientes o abandonarla a tiempo.

A poco de aquel suceso mandaron a una escuadrilla de aeroplanos que atacaron por el aire la ciudad, mientras que el ejército fascista embestía a sangre y fuego.

El hospital fue bombardeado, a pesar de la cruz roja que se colocó encima, siguiendo los acuerdos de Ginebra. Los heridos hospitalizados fueron pasados a la bayoneta; al teniente coronel de sanidad y a los médicos se les fusiló; y la misma suerte encontró un joven dentista que yo había llevado de Madrid. Una joven de 16 años, llamada Esperanza, que trabajaba en la oficina no fue fusilada, pero la colgaron de un árbol, viéndose desde lejos cómo se balanceaba el cadáver.

El hospicio, con su cruz roja, fue hundido por la aviación, y los asilados y las enfermeras, monjas con traje civil, perecieron bajo sus escombros. Sólo escapó un viejo soldado que estaba aquel día de guardia, y llegó a mi lado herido en la cara y sin narices. “¿Qué hacías en nuestras filas —le dije—, siendo tan viejo?” “Tomaron las armas mis hijos y mis yernos —me respondió—, y le dije a mi mujer: «arréglate como puedas, que yo también me voy a pelear por la libertad de nuestro pueblo»”.

En la lucha encarnizada que se entabló, la ciudad quedó muy maltratada, y su hermosa alameda, de una belleza majestuosa, destrozada por la artillería. Bajatierra calculaba que, aparte de los combatientes, perecieron unas 600 personas de la población civil, todas de tendencia derechista, por la educación recibida. Nosotros los tratamos bien, pero los fascistas los hicieron víctimas de su ferocidad.

Los últimos combatientes se refugiaron en la catedral, en donde hicieron una resistencia heroica, muriendo hasta el último, algunos por la gangrena de sus heridas, faltos de alimentos y de agua.

El borracho a que me he referido en uno de mis capítulos, encerrado en la catedral, pudo escapar descolgándose por una soga, pero cayó y se fracturó un pie. Arrastrándose como una culebra pudo atravesar las filas enemigas y llegar hasta Madrid, donde más tarde lo encontré curándose, en una clínica de la C.N.T. Me contó con detalles espeluznantes los cuadros de horror que había presenciado en el interior de la catedral de Sigüenza, y me pidió perdón por los malos ratos que me había hecho pasar con sus borracheras, pero le recordé, después de abrazarle, que gracias a él había escapado con vida, al cambiar de lugar. Entonces le aconsejé que leyera *Zadig o el Destino*, la novela de Voltaire. Algunas veces, lo que creemos que pudiera atraernos los mayores males, suele, por el contrario, ocasionarnos los más grandes beneficios.

Desde las alturas de Baides contemplé la agonía y muerte de Sigüenza y en mi vida he sentido mayores angustias que en aquellos momentos, viendo abandonados a los combatientes y sin que nadie acudiera en su ayuda. También me apenaba que los poblados cercanos a Sigüenza cayeran en las garras de los fascistas.

Todos los objetos artísticos que había reunido y que se encontraban depositados en un salón de nuestro cuartel, fueron destruidos. También se perdió todo el material sanitario e instrumental quirúrgico que allí había. A tiempo mandé retirarlos, pero el chófer que entonces tenía, un inconsciente, optó por divertirse en el viaje, en vez de cumplir su cometido.

Aquella noche trágica acordaron retirar los frentes que teníamos en las alturas de Baides y situarlos en la llanura más próxima a Guadalajara. Todos los milicianos obedecieron las órdenes dadas y vinieron a concentrarse en el puesto donde nos encontrábamos, pero en la discusión que hubo se acordó no retroceder, y aquellos estoicos soldados de la Revolución, volvieron a sus parapetos sin replicar, en una noche oscura, fría y lluviosa. Aquellos hombres eran de un mérito extraordinario, como todos los hijos del pueblo español que luchaban anónimos en nuestras filas.

## Madrid en peligro

Sigüenza se perdió en los primeros días de octubre de 1936, no recordando la fecha exacta. A poco llegaron fuerzas militares a sustituirnos, bajo la denominación “Aliante Roja”.

Con los restos de nuestro pequeño ejército (quinto batallón) nos dirigimos entristecidos a Madrid, por las pérdidas sufridas, instalándonos en un espacioso edificio de la calle O'Donnell, que nos sirvió de cuartel.

Como quiera que en una de las retiradas que hicimos en el frente de Sigüenza, entre los heridos recogidos en el pueblo de Mandallona la mayoría tenían vómito de sangre por lesiones en los pulmones o en el corazón, al llegar a Madrid decidimos hacer una selección de nuestros milicianos, destinando a servicios auxiliares a los que no gozaban de salud, medida que nos costó mucho trabajo llevar a la práctica, porque el entusiasmo por nuestra causa era tanta, que todos querían luchar en primera línea.

Dos acontecimientos vinieron a entristecer nuestro ánimo a la llegada a Madrid. Un grupo de familiares vinieron a pedir cuenta de los que quedaron encerrados en la catedral de Sigüenza, sin que la respuesta que se les dio me pareciera satisfactoria.

Otro lamentable accidente fue la muerte de un joven recién llegado de Alicante a nuestras filas, a consecuencia de una herida en el corazón causada por un amigo que examinaba imprudentemente una pistola. Casos semejantes no eran raros, motivados por el nerviosismo de algunos individuos y su falta de costumbre en el uso de armas.

Nuestro batallón desfiló silencioso por las calles de Madrid hasta el cementerio, acompañando el cadáver del infortunado compañero que vino a Madrid lleno de entusiasmo para ofrendar su vida en defensa de nuestros ideales y encontró la muerte por la imprudencia de su mejor amigo. Por cierto que el que quedó con vida vino varias veces a buscarme atormentado por un profundo pesar, costándome trabajo que pudiera normalizar su vida.

La situación militar se fue haciendo cada vez más crítica, hasta que un día anunciaron en el cuartel general de las milicias la toma de Toledo por los fascistas y la marcha forzada de cuatro fuertes columnas militares para atacar Madrid. Según aquellos amigos, el representante de Rusia había aconsejado que se abandonase Madrid y que su país nos ayudaría a ganar la guerra.

—El peligro es grande —me dijeron— y lo peor del caso es que el pueblo de Madrid no se da cuenta de la situación exacta y sigue llenando cines y teatros.

—Madrid será el pueblo heroico de siempre —contesté— y cuando llegue el peligro a sus puertas se levantará como un solo hombre. Y en lo que toca de abandonar Madrid, nunca debe hacerse, aunque lo aconseje Rusia.

Aquella noche nos anunciaron que preparáramos nuestros efectivos, pues el batallón tenía que salir a ocupar Tarancón, en la provincia de Cuenca. La orden no fue obedecida, pues quedaba el mal recuerdo de los sucesos de Sigüenza. Para dominar el conflicto vinieron algunos miembros del comité de Madrid, y por fin, se partió a eso de las diez de la noche.

Una larga caravana de camiones y de coches, llevando los mil hombres de nuestro batallón, desfiló silenciosa por las calles de Madrid, en busca de la carretera que los condujera a Tarancón.

## Llegada a Tarancón

Sería de madrugada cuando nuestro batallón entraba en Tarancón. Allí nos encontramos en la calle sin saber adónde dirigirnos. Como un médico de nuestro grupo de sanitarios se pusiera de pronto enfermo, debido a la mala noche pasada, le buscamos una habitación confortable en uno de los hoteles de la población. A poco subieron a nuestro dormitorio las jóvenes hoteleras que me rogaron interviniera para que pusiera en libertad a un hermano suyo, detenido como fascista, cuando según ellas era inocente. Condolido por las lágrimas les prometí hacer cuanto pudiera a la mañana siguiente. Nuestro sueño fue corto, porque al amanecer nos despertaron los gritos desgarradores de aquellas mujeres al saber que su hermano acababa de ser fusilado. Entonces tuve un pesar grande por no haber atendido en el acto el ruego de aquellas mujeres, y es que no imaginé el peligro tan cercano. Interrogué a la gente del pueblo y me dijeron que el fusilado había sido concejal de aquel Ayuntamiento, pero en todo caso la guerra no trae cosas buenas.

A poco de amanecer salimos soñolientos por aquellas calles frecuentadas por soldados que vagaban sin rumbo fijo. La ciudad parecía grande, pero presentaba un aspecto desolado y triste. Como el hambre apretaba, aquella mañana entramos por vez primera en contacto con la intervención rusa, comiendo mantequilla muy agradable mandada desde aquel país. También nos encontramos con un número de camiones fabricados en Rusia que llevaban inscripciones de aquellos obreros dedicadas a los trabajadores españoles. Al parecer había allí un representante militar ruso que nunca llegamos a ver ni a interesarnos por su presencia.

Poco antes que nosotros había llegado a Tarancón la columna Del Rosal con sus contingentes y ocupado la ciudad, que tenía importancia estratégica de primer orden para abrir paso a las carreteras de Cuenca y de Valencia. Así que Tarancón quedó en poder de las fuerzas confederales.

Como nadie se interesaba por los sanitarios, como de costumbre, buscamos por nuestra cuenta un alojamiento, que encontramos en la casa principal de una bodega de vinos, sobre la misma carretera, lugar de paso para entrar y salir de Madrid. A poco de nuestra llegada fui llamado por el administrador de las bodegas y me mostró un comunicado del gerente de la empresa, ordenando que me hiciera entrega de todos los vinos existentes, a fin de que los pusiera a disposición de los combatientes, ya que no era tiempo oportuno para negociarlos.

De esta manera fui dueño de 70.000 arrobas de vino de la mejor calidad. Este vino fue consumido sin abuso por nuestros soldados y los combatientes que por allí desfilaron aquellos días de intensa inquietud.

Tarancón iba a ser el eje de una actividad inusitada, tanto de los que huían de Madrid como de los que iban llenos de ardor a defenderlo.

## La huida del gobierno

A poco de llegar a Tarancón nos comunicaron de Madrid que el gobierno abandonaba la capital por creerla perdida y próxima a caer en las manos del enemigo. La mañana del 7 de noviembre llegaron a Tarancón los miembros del gobierno fugitivo. Los milicianos de nuestro batallón los recibieron fusil en mano y con las ametralladoras cerrando la carretera por donde tenían que pasar. Era el pueblo que cerraba el paso a aquellos incapaces, causantes en parte de lo que ocurría y poco faltó para que los fusilaran. Volvieron pasos atrás, después de escuchar palabras de condena, buscaron otro sitio por donde escapar, dominados por el pánico. Después de todo es lo mejor que podían hacer, porque en el Madrid heroico aquellos hombres no hubieran servido más que de estorbo.

Desde aquel momento la carretera que atravesaba Tarancón fue el centro de una actividad febril. Por allí pasaban de continuo los que huían de Madrid, empujados por el temor, mientras que otros no combatientes, mujeres y niños, buscaban un lugar más seguro y donde no estorbar. Sin embargo, había mujeres tan valientes que querían volver a Madrid a pelear, de donde las habían sacado contra su voluntad, y con gestos decididos me pedían un pase como enfermeras de cirugía para que las dejase entrar, favor que no negué a ninguna.

Por allí pasaron numerosas fuerzas de los internacionales, bien pertrechados y armados, conducidos en grandes camiones. Pararon en la puerta del equipo sanitario y fueron obsequiados con el vinillo rojo que allí teníamos. Reconocí entre ellos a algunos viejos amigos, que me dieron noticias de otros compañeros, los cuales si ya no estaban en España venían en camino. Aquellos hombres, curtidos en las luchas, entre los que figuraban muchos antifascistas italianos, se mostraban decididos a vencer o morir.

A éstos siguieron los hombres de la columna de Durruti, que habían dejado los campos de lucha de Aragón y volaban llenos de ardor para enfrentarse en Madrid con el enemigo.

Y por otra parte, era un chorro continuo de hombres, individualmente o en grupos de los campos, de las ciudades, tanto de la provincia de Cuenca como del reino de Valencia, que se dirigían a toda prisa a Madrid, a sumarse a sus defensores.

“¡No pasarán!”, gritaban los internacionales, los anarquistas con Durruti, todos los voluntarios, mientras corrían a defender Madrid con el puño en alto.

De noche aumentaba la actividad en la carretera y era un continuo ir y venir de hombres que corrían envueltos en la sombra de la noche, como si fueran fantasmas. A veces me dormía un momento y a poco los ruidos de la calle me despertaban sobresaltado y desde el balcón escudriñaba aquel mar de gente inquieta, y cuando me cercioraba que eran los nuestros, cogía el sueño de nuevo. Una noche me quedé dormido más profundamente que otras veces y de improviso me despertaron unos ruidos extraños y vi mi habitación atestada de hombres que no distinguía bien por falta de alumbrado. Di un salto de la cama y empuñé una pistola que tenía en una mesita cercana, cuando voces amigas me tranquilizaron y me llamaron a la realidad, advirtiéndome que mi alojamiento estaba ardiendo y podía quemarme vivo o asfixiarme por el humo que ya llenaba la estancia. Las enfermeras que me acompañaban, en un descuido, prendieron fuego a la cocina, cuyas llamas amenazaban al resto del edificio. El fuego fue sofocado con poco trabajo, pero los voluntarios que vinieron a apagarlo hicieron mucho daño en el local.

En Tarancón había una curiosidad histórica, salida de la cloaca monárquica, que vale la pena referir. Allí nació el guardia real Muñoz, primero amante y luego esposo de la reina Cristina. En uno de los edificios de la ciudad se encontraba una galería de tumbas pertenecientes a miembros de la familia Muñoz elevados a la más alta dignidad por la indignidad de la reina y su querido. Habría como una docena de lujosos mausoleos contruidos con el más rico mármol. Por cierto que por allí desfilaron centenares de milicianos, sin que a nadie se le ocurriera hacer saltar las blancas piedras. Las contemplaban, hacían un gesto de disgusto y se marchaban; tal repugnancia inspiraba al pueblo aquella sucia historia.

Como la lucha alcanzara en Madrid los caracteres de epopeya y la impaciencia se revelara en nuestras filas, en las que había muchos madrileños, un día supe con sorpresa que nuestro batallón había partido para la capital, sin que nada se comunicara a los sanitarios. No sabiendo qué partido tomar, consulté con el compañero Villanueva, que era un joven simpático y tratable, teniendo un puesto de mando en el batallón, no sé cuál, pues nunca he entendido de esas cosas. Villanueva me aconsejó, en vista de lo ocurrido, que dividiera nuestras fuerzas, partiendo los unos a Madrid a incorporarse al batallón y quedando los restantes en Tarancón para atender a las fuerzas que allí quedaban.

Todos hubieran partido a Madrid, pero como había algunos descontentos debido a las pocas atenciones que nos guardaban, resolvimos que unos quedaran en Tarancón, partiendo para Madrid los que allí tenían familiares. Así quedó nuestro grupo de sanitarios y combatientes al mismo tiempo.

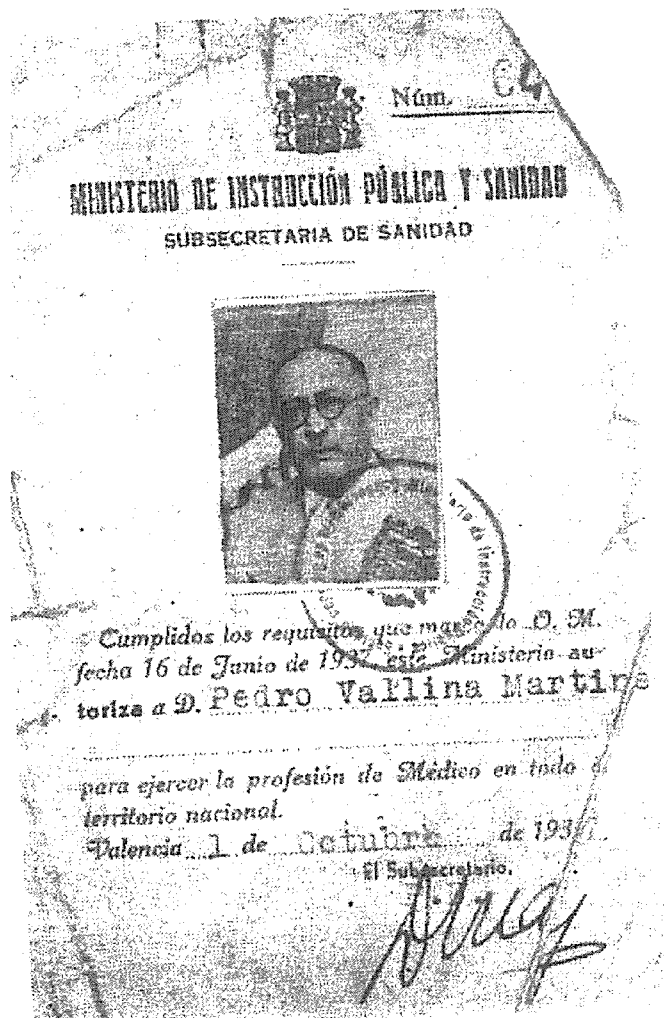
## De Tarancón a Cuenca

Al día siguiente de la partida de nuestro batallón a Madrid, se presentó en el grupo sanitario el compañero Dr. Orive, muy buena persona. Con él y los hermanos Alcrudo, de Zaragoza, había trabajado la cuestión sindical en las clases sanitarias. El Dr. Orive iba acompañado por un ayudante de sanidad militar, un capitán médico muy agradable en su trato. Orive lucía unos flamantes galones de comandante en las mangas de su chaquetón. Me dijo con aire de satisfacción que la C.N.T. había premiado sus relevantes servicios con aquel grado militar, además de nombrarle jefe de sanidad militar en la provincia de Cuenca. Como yo era un miliciano desconocido, me ofrecí para lo que pudiera servirle, y como me manifestara que venía hambriento, dispuse una buena comida salpicada con aquel vino negro de Tarancón. Ya repuesto de sus fuerzas, me propuso acompañarlo a Cuenca, en cuyo sector me daría ocupación. Acepté la propuesta, no sin decirle lo poco que podía valerle mi ayuda.

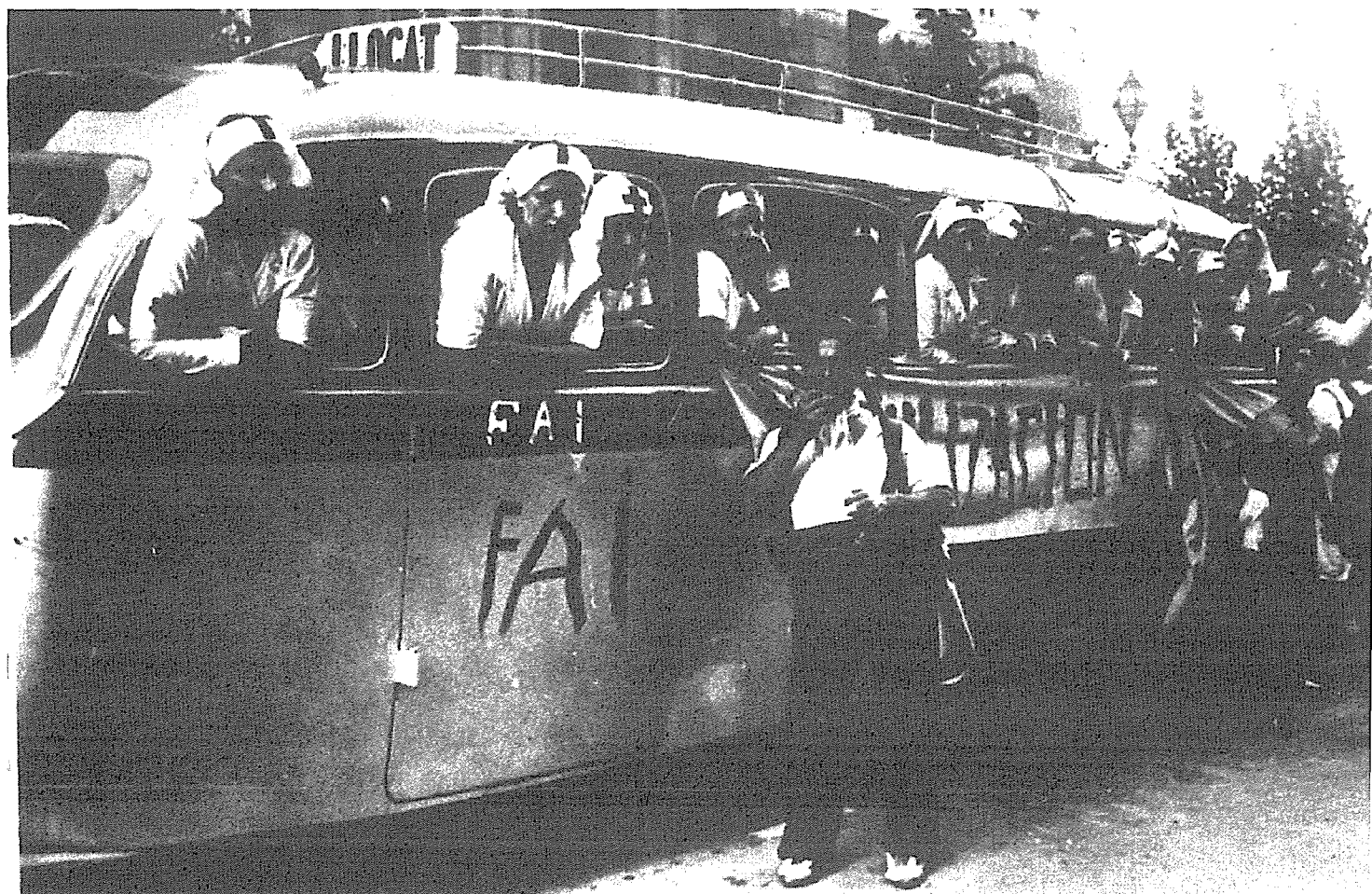
Una vez en Cuenca nos ocurrió un incidente digno de mención. Se presentó en la Comandancia un mequetrefe que no pasaba de los 20 años y con aire insolente me mandó que en el acto partiera para Madrid. Por lo visto ostentaba un alto cargo, no sé cuál, e iba cargado de insignias, como el burro de la fábula cargado de reliquias. Tuve que decirle con la risa en los labios, que yo era un soldado de la Revolución sin jefe y dispuesto a no obedecer otras órdenes que las de mi conciencia. Indignado el Dr. Orive le pidió la carta confederal, resultando que aquel individuo se había afiliado a la C.N.T. al principio del movimiento fascista. “¿Y eres tú el que con tanta insolencia ofendes a un hombre que todo lo ha dado por la causa?” Lo mandó detener, y como se mostrara muy asustado, intervine para que lo dejara en libertad. Después, lo encontré en varias ocasiones pavoneándose con su mando y dando órdenes a diestro y siniestro. La Revolución, como el sol, tiene sus manchas, pero nada empaña su brillo.

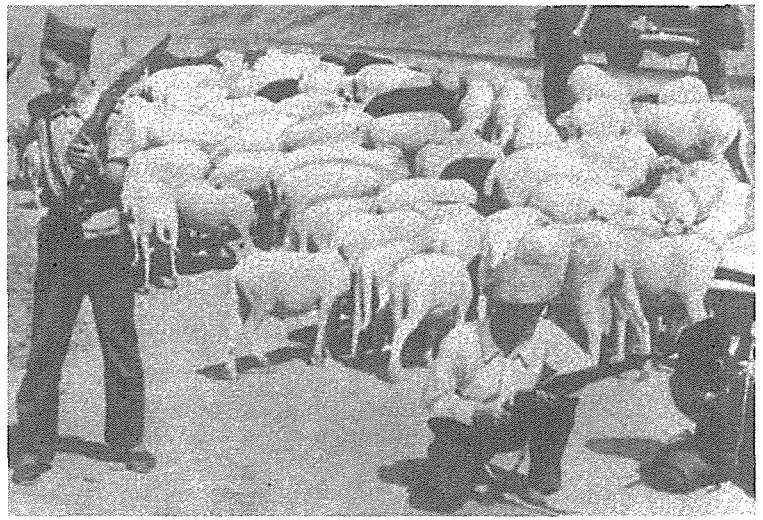
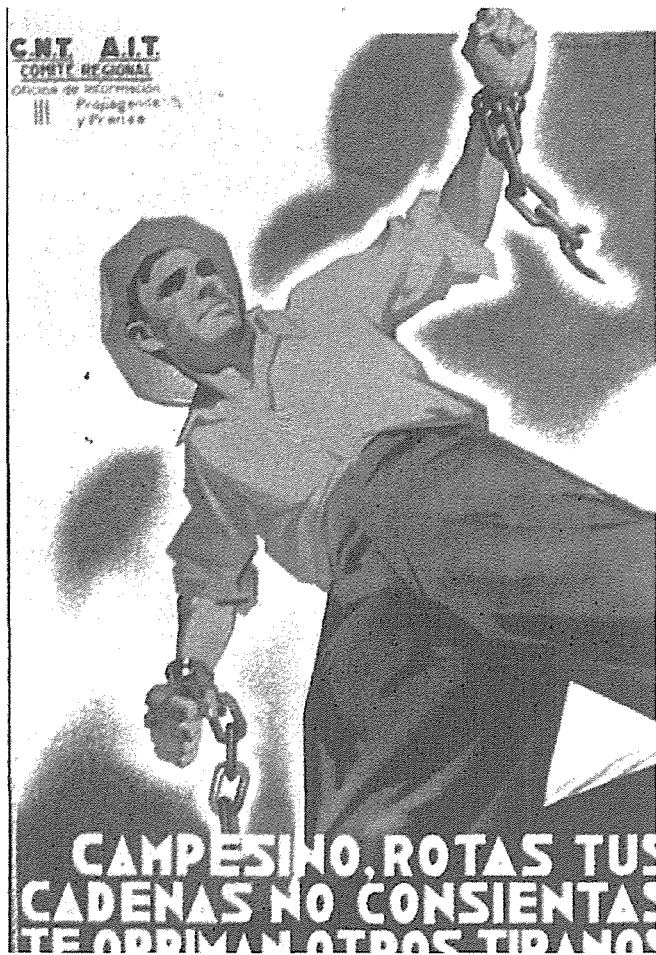
El Dr. Orive me distinguió con un cargo, nombrándome director del Hospital de Cañete, perteneciente a la C.N.T. Partí en seguida para el lugar de mi destino, a dos o tres horas de viaje en automóvil por una mala carretera. En mi vida he visto un pueblo más feo y sucio que Cañete, a pesar de ser la cabeza de aquel partido judicial. El campo de los alrededores, que es lo primero que observo al llegar a un pueblo, era una tierra desolada sin un árbol ni una mata. El llamado hospital estaba instalado en una casucha malsana, en la que se entraba por un corralillo lleno de barro y de estiércol, a la izquierda del cual se encontraba una cuadra que servía de retrete. No había más que siete camas viejas y mal surtidas de ropaje, que aunque pocas, sobraban la mitad, porque poca gente acudía por allí. Se conoce que algunos se habían curado en el local, y por cierto que los algodones de las curas habían sido arrojados por la ventana, colgando de una enredadera que había debajo, pareciendo copos de nieve.





La sanidad se organizó eficazmente durante la guerra y la revolución (▼). Una credencial del Dr. Pedro Vallina (◀). E una operación junto al Dr. López de Haro, realizada durante la guerra (▲).





Los hombres del pueblo combatieron contra fuerzas militares superiores y organizaron la economía según principios autogestionarios, colectivizando campos, fábricas y servicios, haciendo a un tiempo la guerra y la revolución.





La impresión que me produjo aquello fue muy desagradable, y más habiendo en aquellas alturas hasta Albarracín un frente de guerra formado por los compañeros de la columna Del Rosal, ocupando posiciones bastante peligrosas, y trabadas por alfileres, como me dijo un día el mismo coronel Rosal.

Ya veremos cómo los hombres anónimos del pueblo resolvieron aquella situación con un espíritu verdaderamente anarquista.

## Los hombres del pueblo

Aunque Cañete me pareció un pueblo feo, destartelado y triste, con las calles cubiertas de lodo y las casas sin blanquear, en cambio sus habitantes fueron de mi agrado. Parecía gente seria, sencilla y no dada a los vicios, y a diferencia de Sigüenza, donde se cobijaba un personal retrógrado y hostil, aceptaron con gusto nuestra revolución y se dispusieron a llevar a la práctica el comunismo libertario. Entre las amistades que allí hice, recuerdo con emoción la del farmacéutico, un hombre de bien a carta cabal, y la del veterinario, un joven robusto y francote, que me ayudó mucho como secretario. ¿Qué habrá sido de hombres tan buenos? Mal habrán escapado por la ayuda desinteresada que prestaron a nuestra causa. Nuestra derrota fue motivo de la desgracia de muchos seres que simpatizaron con nosotros. Motivo de más para que continuemos la lucha mientras nos aliente un soplo de vida.

En Cañete había una comandancia militar siempre muy concurrida, como estación de parada entre Cuenca y aquel frente de guerra.

A la cabeza de aquella comandancia se encontraba un compañero de Madrid, que todos llamaban con el nombre de “Gorriti”, que no era el suyo. Pertenecía al sindicato madrileño de espectáculos públicos y reunía condiciones excelentes, como un verdadero anarquista que era, tanto en los asuntos de nuestra lucha, como en las relaciones que llevaba con el personal. Todos lo querían como merecía.

Por más esfuerzos que hice, tanto en Cañete como en sus alrededores, para encontrar un local adecuado donde organizar un hospital que respondiera a la lucha que se sostenía en aquel frente de guerra, no pude conseguir nada práctico. Había mucha escasez de locales y los que me ofrecían eran muy pequeños, y no servían para el caso. Pero como siempre, surgieron los hombres anónimos del pueblo, los que más valen, y solucionaron las dificultades que se presentaban, de manera brillante.

Un día me encontraba en la noble tarea de limpiar el barro y la basura del corralillo que se atravesaba antes de entrar en la casa, porque siempre he creído que el oficio de barrendero era más noble que el de militar, cuando aparecieron de improviso cuatro hombres del pueblo, campesinos de la región, ya de edad madura y de aspecto serio e inteligente, que después de estrechar mi mano con efusión me dijeron en su nombre y en el de otro labriego:

—Venimos a ofrecerte el edificio que buscas para organizar un hospital que pueda prestar asistencia a los milicianos heridos o enfermos en este frente de guerra. Ven con nosotros y te lo entregaremos en el acto, porque se trata de una obra tan necesaria como urgente.

Y seguí a aquellos hombres del pueblo, anónimos y desconocidos, que llevaban en su persona un sello de grandeza, la verdadera, no la que cantan los periodistas al hablar de los ambiciosos con éxito, convertidos en jefes de Estado.

Pronto dejamos atrás los desolados campos de Cañete, profanados por la mano del hombre, y nos internamos en un terreno de majestuosa belleza, en extremo escabroso y cubierto de pinares. Al margen de las corrientes de agua crecían grandes árboles centenarios, algunos tronchados por el peso de los años, que luego aproveché para aliviar del frío a los habitantes de Cañete, que hasta allí llegaban pidiendo la leña que había en su término. En las cumbres de algunos montículos se levantaban las rocas como flechas que apuntaban al cielo, produciendo desde lejos la impresión de que se trataba de castillos medievales.

Por fin llegábamos al sitio que buscábamos, cercano a una carretera que conducía por un lado a Cuenca y por otro a Cañete. En una altura, desde la que se divisaba un bello panorama, había una casa señorial, un verdadero palacio, construido en dos alas del edificio, separadas por un espacioso patio bien enlosado. El edificio estaba adornado con mucho lujo y tenía toda suerte de comodidades. Calculé que podrían colocarse allí unas doscientas camas, de las cuales ya había un buen número de ellas. Algunas dependencias para el alojamiento de los empleados, bodegas, cuadras, etc., estaban situadas en la cercanía del edificio. Al sur de la casa, a unos quinientos metros de distancia, había una hermosa fábrica, con la maquinaria necesaria, para explotar la resina de los dos millones de pinos que tenía la finca. El propietario de todo aquello era un millonario y antiguo político, cuyos descendientes huyeron a las primeras de cambio. Nunca me interesé por saber quiénes eran.

Mis acompañantes me dijeron que se habían llevado algunas ropas que les hacía falta en sus casas, pero que estaban dispuestos a devolverlas si lo creía necesario. Les dije que las guardaran puesto que eran insignificantes, mientras respetaron otras de valor, lo que prueba su sencillez y desinterés.

Visto todo aquello y admirado su valor, se me hizo entrega de la finca y en el acto hice colocar en un muro este letrero: "Controlado por la C.N.T., por el pueblo y para el servicio del pueblo". Entonces aquellos compañeros me dieron un fuerte apretón de manos y se marcharon tranquilos a cultivar la tierra, muy satisfechos de lo que habían hecho.

Entre los documentos que conservo de aquella época hay uno que dice:

Columna Del Rosal-Servicios Sanitarios-Jefatura.

El compañero Pedro Vallina Martínez, presta sus servicios en esta comandancia, como Director del Hospital de Cañete.

Lo que nos complace hacer constar para los efectos oportunos.

Cuenca, 19-11-1936

El Comandante Médico Jefe

P. O. del Dr. Orive.

## Un hospital del pueblo

En una reseña anterior he referido cómo los campesinos me entregaron una finca de campo con una hermosa vivienda para fundar un hospital militar en el término de Cañete, provincia de Cuenca. De acuerdo con los que me hicieron la entrega, decidimos que aquella empresa estaría desligada por completo del Gobierno constituido, así como de toda organización política o sindical. Era una obra anarquista del pueblo y para el pueblo.

De acuerdo con el veterinario de Cañete que me prestaba la mejor ayuda, y de los amigos que me rodeaban, decidimos recorrer los pueblos de aquella comarca, para explicar el objeto de nuestra obra y recabar la ayuda voluntaria de todos aquellos que la encontrasen buena.

El veterinario era un elemento muy valioso para la empresa, por tratarse de un hombre muy popular, muy querido y conocedor minucioso de la región. Por él supe las condiciones sociales en que se desenvolvía el personal de cada pueblo, y quién era cada uno, conocimiento necesario para hacer una labor justa y libertaria.

Los pueblos de aquella zona, así como casi todos los de la provincia de Cuenca, me parecieron muy pobres y atrasados, bajo todos los aspectos, pero bien intencionados, y así acogieron la Revolución con entusiasmo. Claro está que en los albores de una nueva vida no podían evitarse algunas confusiones y barullos, como era de esperar, al pasar de imprevisto de las negruras de una larga noche a los resplandores de un nuevo día.

El primer lugar que visitamos fue un pueblecito de unos tres mil habitantes llamado Enguítanos. Una camioneta atestada de milicianos bien armados me servían de acompañamiento y protección, aunque su presencia no era necesaria. Me bastaba yo solo con mis ideas para conquistar los corazones de aquella gente pueblerina.

A mi llegada a Enguítanos me dirigí al Ayuntamiento, donde funcionaba un comité revolucionario de trabajadores. Después de cambiar impresiones con aquellos trabajadores y explicarles el objeto de mi visita, se presentaron dos burgueses del antiguo régimen, despojados de las riquezas que habían acumulado torpemente; uno era boticario y el otro hacendado del lugar. Venían recelosos y con aire de temor y me preguntaron con voz temblorosa:

—¿Viene Ud. a encarcelar a mucha gente?

Cuando me repuse de aquella barbaridad, les contesté con dulzura:

—No vengo a detener a nadie sino a poner en libertad a los que estén detenidos, no por causas graves, sino por rencillas de pueblos pequeños.

Y continué: “Estaría bueno que después de haber sido yo encarcelado tantas veces, por amor al bien, me metiera a mi vez a carcelero. No, amigos míos, los anarquistas no somos perseguidores, aunque algunas veces nos vemos obligados a defendernos”. Y de acuerdo con los componentes del Ayuntamiento, rogué a los milicianos que pusieran en libertad a los detenidos y cerrasen la cárcel definitivamente. Y después tuve una pequeña plática con mis visitantes, explicándoles cómo habían vivido equivocadamente explotando a sus semejantes, en vez de tratarlos como iguales: “Los trastornos de hoy son las consecuencias de los abusos de ayer, pero, por fortuna, la Revolución puede dar lugar a un mundo nuevo, donde todos alcancen dicha y honor”. Me escucharon con atención y salieron complacidos, prometiéndome trabajar por el bien común.

Después hice venir a los representantes de la C.N.T. y la U.G.T., organismos nuevos en el pueblo, que se consideraban como rivales, y les aconsejé que se federaran en una sola entidad, respetándose mutuamente. “No olvidéis —les dije— que tenemos enfrente un enemigo tan poderoso como malvado, y que todos los esfuerzos serán pocos para vencerlo, por lo tanto precisa no dar pasos en falso, que nos harán rodar hasta el abismo”. Comprendiendo que tenía razón, decidieron unirse en una sola organización y marchar así contra el enemigo común.

Por invitación nuestra se reunió el pueblo en masa en la plaza pública, donde expuse, subido en una tribuna, el objeto de la visita. “Tenemos enfrente —les dije— a un enemigo sumamente peligroso, apoyado por todas las fuerzas del mal en el mundo, mientras que nosotros luchamos solos y sin apoyo de nadie. Nuestra derrota sería de consecuencias terribles para el pueblo español; si esto ocurriera, por mucho tiempo se apagaría la antorcha de la verdad, costando después un trabajo inmenso el volver a encenderla”. En aquel frente de guerra se luchaba heroicamente para rechazar al enemigo, y los heridos y enfermos no encontraban la asistencia necesaria, por lo que el pueblo nos había hecho entrega de la finca “El Cañizar”, nombre que tenía, para organizar un hospital. Y este hospital debía ser administrado y sostenido por el pueblo mismo, sin ninguna intervención exterior. Además se instalaría un departamento para recibir a los enfermos civiles que necesitaran intervención quirúrgica. Por otra parte, como los pueblos en su mayoría carecían de médicos y boticarios, que habían huido con los fascistas, el hospital les proporcionaría médico y medicinas. Por nuestra parte no exigíamos más que una cosa y era que no se forzase a nadie a prestar ayuda si no estaban conformes con nuestra iniciativa. “Meditad, pues, mis palabras, que en la próxima semana volveré a visitarlos para conocer vuestra determinación”.

Después de comer con el Dr. Zaleta, un médico anciano de la localidad, que desde el primer momento había abrazado nuestra causa, volvía a la plaza a despedirme de aquellos compañeros, cuando tuve la sorpresa de contemplar un camión donde todos los vecinos depositaban sus donativos para el hospital. Interrogué a los miembros del Comité sobre lo que ocurría y me dijeron que habían aconsejado al pueblo esperar una semana, como yo había indicado, pero ellos habían quedado tan complacidos con mi conducta que en seguida habían respondido favorablemente sin esperar un día más.

Y lo que pasó en Enguítanos, se repitió en todos los pueblos que visitamos. Hay que llevar la verdad y la bondad a los pueblos e invitarlos a intervenir por ellos mismos y sin coacción alguna, para que pronto respondan con entusiasmo.

## El hospital de “El Cañizar”

Con la ayuda de los pueblos vecinos comenzó a funcionar en toda regla el hospital militar de “El Cañizar”, en el término de Cañete. Además, conservamos en el mismo Cañete el hospitalillo que allí había y el cual ya he mencionado en otra ocasión.

En aquel hospital eran atendidos los enfermos y heridos que llegaban de un frente que se remontaba por un terreno extremadamente frío y escabroso hasta el mismo Albarracín.

Como era convenido, los comités de los pueblos nos enviaban los enfermos difíciles de atender y allí eran recogidos y curados, al mismo tiempo que los combatientes.

Aunque figuraba como director de aquella institución, como el mando me disgusta, procuré que no se olvidaran los principios anarquistas y que todos se trataran como iguales que, por otra parte, es como mejor funcionaban las agrupaciones de hombres.

La paz y la armonía reinaban en aquella institución, que prometía los mejores frutos.

Todos estaban de acuerdo en que una vez concluida la guerra con la victoria del pueblo, aquel hospital se convertiría en una residencia para los tuberculosos de la provincia, por la situación excelente en que estaba colocado: una altura rodeada de dos millones de pinos. No fue el único proyecto generoso que el triunfo del nazifascismo hizo fracasar.

Un día vinieron a visitarme varios obreros y me solicitaron la fábrica de resina, anexa a la finca, que había parado sus trabajos al pasar su propietario al campo fascista. Querían saber las condiciones que se les exigían para hacerse cargo de la fábrica. “Nada os costará lo que es de todos y no mío, y se os prestará toda clase de ayuda a condición de que la explotación se rija por los principios del comunismo libertario”.

Aceptaron con júbilo y pusieron mano en la obra. Pronto se reunieron varias familias que tomaron posesión de las casitas que allí había y levantaron otras nuevas, formándose un verdadero pueblecito. Todos trabajaban en la colectividad y aquellas familias se conducían como una sola, reinaba la mayor armonía. Uno de aquellos compañeros, bastante instruido y conocedor de cuentas, fue nombrado administrador. Además era un hombre muy grueso para hacer un trabajo manual prolongado, aunque algunos ratos que estaba desocupado prestaba ayuda a sus compañeros. De vez en cuando me llamaban para asistir a algún enfermo y quedaba encantado de la conducta de todos. Algunas noches, si se hacía tarde, me quedaba a dormir en el hogar apacible del administrador, y rodeado de aquel matrimonio y de sus hijos, se me hacía menos penosa mi soledad.

Se les proporcionó a aquellos compañeros los camiones que necesitaban para trasladar los productos elaborados a Valencia, donde eran bien recibidos y enviados al extranjero a cambio de divisas. También se le puso una instalación eléctrica que les era indispensable.

El desarrollo de la colectividad resinera fue tan rápido que llamó la atención de la gente de los alrededores y despertó la codicia y la envidia de algunos. A poco más de una legua de distancia se encontraba el pueblo de Pajaroncillo, adonde no había llegado todavía, en su aislamiento, el viento de la Revolución. Un día se reunieron los vecinos de aquel pueblo, y después de hablar de las excelencias de la colectividad, decidieron apoderarse de ella y expulsar a sus moradores, con la sola razón de que estaba enclavado en el término de Pajaroncillo.

Dormidos estaban todavía los trabajadores de la colectividad cuando fueron sorprendidos por varios centenares de hombres de Pajaroncillo, que, armados de escopetas y hachas, los hicieron prisioneros y los mandaron a desalojar la colonia y marcharse de allí sin permitir sacar nada de lo que tenían en uso. De aquel extraordinario incidente hablaremos en el próximo apartado, puesto que las consecuencias que tuvo fue-

ron muy beneficiosas. Los hombres de Pajaroncillo, en vez de conquistar a los anarquistas, fueron conquistados por ellos.

## Los hombres de Pajaroncillo

Cuando los hombres de Pajaroncillo tomaron por asalto la colonia comunista de los trabajadores de la resina y los mandaron desalojar el lugar, apoyándose en la falta de razón de las armas que llevaban, un jovencito que trabajaba allí cerca, indignado por lo que veía, montó en una bicicleta y vino a comunicarme la noticia a Cañete, donde en aquel momento me encontraba. Partí con toda rapidez al lugar del suceso, llevando conmigo una camioneta llena de milicianos bien armados. Así que, cuando los asaltantes cantaban victoria y los obreros de la colonia se disponían a partir, porque no querían ni podían luchar contra sus compañeros de miseria, que por ignorantes cometían aquel atentado, se vieron de pronto rodeados de hombres armados, que les apuntaban con sus fusiles para intimidarlos.

El pánico de aquellos hombres fue indescriptible y un pavor grande se reflejó en sus semblantes. Tiraron entre las malezas las armas que llevaban y temblorosos se acusaron los unos a los otros de la responsabilidad de lo ocurrido. Me apresuré a tranquilizarlos y más o menos les dije estas palabras:

—Habéis cometido una mala acción atropellando a estos hombres, a quienes debéis imitar, porque están llevando a la práctica el ideal más bello que jamás se concibió, que es el de la fraternidad humana. Nada tenéis que temer de nosotros, porque luchamos para haceros dignos, libres y felices, y si no estáis con nosotros es porque el viento de la Revolución no ha soplado todavía sobre vuestros corazones, pero pronto soplará y entonces vendréis sin vacilar a nuestras filas. Volveros a Pajaroncillo, uniros como hermanos, sin distinción de categorías tontas, poner todas las cosas en común y comenzar una vida nueva, la del comunismo libertario, en que los hombres no se explotan ni tiranizan. Y cuando hayáis hecho esto, venir a buscarnos y os prestaremos toda clase de ayuda, hasta que andéis solos por el camino derecho.

Aquellos hombres partieron silenciosos, como avergonzados, pero libres de todo temor, mientras que los trabajadores resineros volvieron a ocupar su sitio, pensando que lo ocurrido parecía una mala pesadilla. Aquella misma noche se reunieron en una asamblea los trabajadores de Pajaroncillo y discutieron mi proposición. Los desposeídos de la fortuna, los que nada tenían, aceptaron mi propuesta, pero los que tenían alguna cosa, los pequeños propietarios, la rechazaron, porque no estaban dispuestos a entregar nada, aunque sí a recoger lo que pudieran. No me extrañó lo ocurrido dada la mentalidad de aquella gente, y aunque algunos me propusieron equivocadamente que fuéramos a darles una paliza, me negué a hacerlo esperando que pronto la venda del pasado caería de sus ojos y contemplarían la luz del nuevo día.

Y en efecto, pocos días después llegaron una mañana al hospital de “El Cañizar” un grupo de hombres de Pajaroncillo, en extremo alarmados. Me contaron que había estallado en el pueblo una epidemia de gripe, que los enfermos eran muchos, algunos



graves, sin asistencia alguna, por carecer de médico y boticario, quienes se habían pasado al campo fascista. En todos aquellos pueblos ocurrió lo mismo: se trataba de médicos fascistas que huyeron al estallar el movimiento, quedando los enfermos sin asistencia.

Acompañado por varios sanitarios partí con aquellos hombres a Pajaroncillo, visitando detenidamente a los enfermos, y entregué una lista especificando las dolencias que tenían y las medicinas que necesitaban. Tranquilicé a aquella gente prometiéndoles que no faltaría ningún día un médico que les asistiera. “Se presentará una dificultad —me dijeron— y es que la botica más próxima está a 30 kilómetros de aquí en un pueblo de la provincia de Valencia llamado Carbonera”. “En el hospital tenemos una buena botica, donde encontraréis lo que os hace falta”.

Muy contentos me acompañaron al hospital y allí trabajamos hasta el amanecer, preparando las medicinas necesarias. “¿Cuánto le debemos?”, me preguntaron al partir. “Nada nos debéis —les respondí— y ya es hora de prescindir del dinero, si queréis vivir como seres racionales”. “La verdad que como usted no hay otro”, me dijeron extrañados. “Muy pronto —les contesté— seréis todos como soy yo, como son los anarquistas”.

Aquellos hombres, como esperaba, se transformaron por completo, vinieron a nuestras ideas y fueron los amigos y aliados mejores que tuvimos en aquella tierra.

Para enterrar a los caídos, muertos de sus heridas en el hospital, los llevamos al cementerio de Pajaroncillo, y hombres, mujeres y niños nos acompañaban llorando a la fosa, donde dejábamos para siempre a un hermano querido.

En el curso de este relato volveré a hablar de las gentes de Pajaroncillo. Por humildes que sean los pueblos hay que tratarlos en anarquista, o sea con cariño y sencillez, desechando todo gesto de mando y de superioridad. Y entonces es cuando se convencer y son capaces de seguirnos hasta la muerte.

## Un ataque al hospital

El hospital de “El Cañizar” comenzó a funcionar muy bien y de acuerdo con los deseos de los pueblos que habían contribuido voluntariamente a su organización; pero quisieron anularlo unos individuos que no parecían estar bien de la cabeza.

Un día que volvía de visitar el hospitalillo que conservábamos en Cañete, salieron a recibirme los compañeros que me ayudaban en la obra del hospital de “El Cañizar”, así como los enfermos que estaban levantados, para comunicarme consternados que se habían incautado del edificio para colocar al Estado Mayor. Sorprendido por la noticia penetré en el hospital y me encontré con dos mujeres que quitaban los muebles y lo ponían todo patas arriba.

Mi justa indignación tuvo que ser tan grande, que aquellas mujeres salieron apresuradamente para Cuenca, desde donde se había tirado la piedra.

A poco fui a Cuenca para ventilar una medida arbitraria que a todos nos parecía intolerable y que causó por aquellos pueblos el consiguiente disgusto. Entonces recordé que algunos días antes había leído una información en un periodiquillo libertario de Madrid, en el que un redactor viajero censuraba la conducta del Estado Mayor en

Cuenca, que en vez de estar en el frente de guerra, seguía en la capital, entregado a francachelas poco edificantes.

Una vez en Cuenca fui recibido en un espacioso salón, donde había tres compañeros, dos que se colocaron en pie a mi lado, y un tercero sentado en un alto pupitre, como un dios olímpico.

Uno de los presentes, representando al Estado Mayor, alegó en defensa de su acto que yo le había ofrecido el edificio, al cual contesté: “Cuando estuviste allí admiraste la obra, te dije que estaba a vuestra disposición, en forma de etiqueta, pero no con la intención de que os quedarais con el edificio, y más no siendo mío, sino de aquellos pueblos. Además el hospital está algo lejos del frente de guerra, y el Estado Mayor debe colocarse inmediatamente muy cerca de aquel frente, que está en inminente peligro de desmoronarse”.

Me dio la callada por respuesta, pero a los pocos días el Estado Mayor ocupaba en el frente el lugar que le correspondía. De algo sirvió mi intervención justiciera.

Otro individuo que allí estaba presente se mostró muy indignado conmigo porque había asustado a las dos mujeres que fueron a desalojar el hospital, y que por lo visto se habían resentido de los nervios. A mí me pareció que aquellas mujeres no tenían el aspecto de asustarse por tan poca cosa.

—¿A quién se le ocurre —le dije— mandar a dos mujeres para cometer un acto arbitrario de las peores consecuencias?

Como levantara la voz, el que presidía me llamó al orden indignado, al mismo tiempo que me decía que era “Fulano de tal”, un jovencito que hubiera hecho un buen papel en el frente de guerra, no en aquel lugar lejos de las balas, con aire de dictador portugués.

Nos separamos sin tomar decisión alguna, pero por algún tiempo me dejaron tranquilo en mi labor.

## El espía

Un día que me encontraba en el hospitalillo de Cañete, unos milicianos me hicieron entrega de un prisionero fascista, acompañado de una nota en la que se me decía que se trataba de un espía de cuidado, detenido aquella mañana en el momento que se disponía a pasar a las filas enemigas.

Se trataba de un joven como de veinticinco años de edad, alto, fornido, de aspecto simpático, de rasgos enérgicos y ademanes resueltos. Había llegado a Cuenca, no sé cómo, burlando la vigilancia antifascista. Y allí estuvo parlamentando con los suyos, algunos de los cuales se habían infiltrado en nuestras filas, minando la retaguardia.

Cuando acabó la misión que llevaba, se dispuso a pasar al campo fascista. Se preparó bien para el viaje de noche, con buena ropa de abrigo, pistola y un plano detallado del terreno que tenía que atravesar. Pero no contó, como Napoleón en Rusia, con un enemigo terrible que estaba emboscado en las alturas del Albarracín: el frío. Cuando amanecía, las piernas le flaquearon, congeladas, y ahí cayó como una masa inerte, sobre el suelo cubierto de nieve. Forcejeó largo rato para levantarse y seguir su camino, con los amigos a la vista, pero todo fue en vano, porque el frío no

aflojaba sus tenazas, hasta que unos campesinos que por ahí pasaban cargaron con el fascista y lo entregaron a un puesto vecino de soldados.

No negó al llegar su condición de espía y parecía un convencido de la causa fascista, dispuesto a morir por su triunfo. No entramos en discusión con él ni tratamos de investigar su misión en nuestros medios, porque no iba a decirnos la verdad. Nos limitamos a atenderlo en su enfermedad y a tratarlo lo más humanamente posible.

Los milicianos allí hospitalizados no tuvieron un gesto hostil con aquel sujeto sino, por lo contrario, lo trataron con la mayor delicadeza y hasta se veía que lamentaban el fin que le esperaba. Y en efecto, era triste que los hombres se mataran entre sí, peor que lo hacen las fieras cuando todos pudieran vivir como hermanos en un plano de igualdad; pero eso era sólo posible en una sociedad que se rigiera por los principios del comunismo libertario.

Un día, el espía fue más explícito y me dijo conmovido: “Nací en la clase rica y nunca he tenido contacto con el pueblo, y menos con los anarquistas, pero ahora me doy cuenta que he vivido equivocado y que ustedes son unos hombres muy distintos de lo que nos cuentan. Pero el mal ya no tiene remedio. Sé que me espera la muerte, y lo siento mucho porque voy a separarme de un hermano que tanto quiero. Un espía como yo no tiene defensa ni perdón”.

—Cuando usted pase —le contesté— ante el tribunal que ha de juzgarle, haga constar la condición de su nacimiento y del medio en que ha vivido, no pudiendo ser otra cosa que un enemigo del pueblo y de la justicia social. Pero aún es tiempo de rectificar y hacer una vida nueva al servicio de los humildes. Como en los medios anarquistas hay hombres en extremo comprensivos, pudiera ser que lo absolvieran de sus culpas, si en efecto siente un arrepentimiento sincero.

Se quedó pensativo y no me dio respuesta alguna, aunque parecía emocionado.

A los pocos días vinieron a buscarlo para que compareciera ante un tribunal revolucionario. Le curamos por última vez de las piernas y observamos una vesicación que anunciaba la gangrena, cosa que se observa con frecuencia por la acción del frío.

Antes de partir me entregó un papelito con la dirección de su familia en Madrid, a fin de que yo le comunicara el fin que había tenido. No tuve la ocasión de cumplir la última voluntad del espía, porque no volví por Madrid.

Como apenas podía sostenerse de pie lo llevamos en brazos, mi hijo y yo, hasta el automóvil que lo esperaba en la puerta del hospitalillo. Se despidió conmovido por nuestras atenciones y cuando el automóvil se alejaba, todavía nos saludaba con una mano que sacaba por la ventanilla.

Después supe que ante el tribunal que lo juzgó se mostró firme y arrogante, afirmando su conducta fascista. Bien dice el refrán que la cabra tira siempre al monte. Fue fusilado en el cementerio de un pueblecito cercano, en donde reposa aquel hombre que murió defendiendo una mala causa, de la que él mismo fue víctima.

## Aparecen los rusos

En lo que toca a la aviación, estábamos tranquilos en el Hospital, pues no aparecía por allí ningún aeroplano, aunque no por eso dejábamos de estar alerta, porque el edificio

ofrecía un buen blanco en la loma donde se encontraba. Pero una mañana me comunicaron unos campesinos que habían visto volar unos aeroplanos a corta distancia del Hospital. Como teníamos numerosos heridos y enfermos, y además había sustancias inflamables en los locales donde se trabajaba la resina, nos pusimos en guardia contra un ataque de la aviación. Pero en todo el día no volvimos a tener noticia alguna, y hasta hubo quienes creyeron que aquellos campesinos habían visto visiones.

Sería más de medianoche y todos dormíamos tranquilamente cuando los milicianos que montaban la guardia me anunciaron que acababa de llegar de Cañete el compañero Gorriti con numerosos milicianos en varias camionetas. Ya en otra ocasión hemos hecho el elogio que merecía el compañero Gorriti, que pertenecía al sindicato de Espectáculos Públicos de Madrid, y cuyo verdadero nombre no recuerdo.

Gorriti me comunicó que acababa de recibir una orden de Cuenca recabando nuestro auxilio para atender a un accidente de aviación ocurrido a pocos kilómetros de donde nos encontrábamos. Con mi hijo montamos en una camioneta, llevando cada uno su fusil y lo necesario para una cura de urgencia, y partimos con Gorriti y los suyos en la dirección que se nos había señalado.

La noche era en extremo fría, no había luna y las estrellas medio iluminaban aquellos campos agrestes. Por fin llegamos a un pueblecito, cuyo nombre no recuerdo, pero era uno de los más agitados e indóviles de la comarca. Allí logramos recoger algunas noticias. Dos aeroplanos con vuelo vacilante se habían acercado al pueblo como si quisieran aterrizar; pero los vecinos empuñaron las armas, tomándolos por fascistas, y se dispusieron a recibirlos a tiros. Entonces los aeroplanos, que llevaban un vuelo muy bajo, tomando el pueblo por fascista, desviaron su ruta y se perdieron a lo lejos. Cuando nosotros llegamos todavía estaban aquellos vecinos alborotados y haciendo toda clase de comentarios. Un numeroso grupo de campesinos armados había seguido la ruta hacia el sur que llevaban los aeroplanos. Nosotros seguimos la misma dirección durante largo trecho, hasta que por fin llegamos al lugar del accidente en las faldas de un monte cubierto por áspera vegetación y grandes pedruscos. Un pequeño aeroplano yacía maltrecho en tierra y rodeado por un grupo de campesinos que habían salido en su persecución del pueblo cercano.

Entonces supimos la verdad de lo ocurrido. Aquellos aeroplanos de guerra eran rusos y luchaban en nuestras filas. Dos de ellos perdieron la ruta y ya escasos de gasolina volaron sin rumbo por aquella zona. Uno de ellos era el aparato caído en aquel lugar, mientras que el otro a duras penas pudo llegar hasta Valencia.

Cuando llegaron los campesinos al lugar del accidente, vieron un aeroplano caído y dos hombres al lado, uno tendido en el suelo con una pierna rota, y el otro en pie y con una pistola en la mano, dispuesto a vender cara su vida. Los campesinos se fueron acercando poco a poco con la intención de rematarlos, pues seguían creyendo que eran fascistas, mientras que el piloto los apuntaba con su pistola y les hacía a gritos esta pregunta: “¿Vosotros ser fascistas?” Gracias que al grupo de campesinos se había incorporado un viajante de comercio que acababa de llegar al pueblo, y éste, más reflexivo, detuvo a los campesinos y se fue acercando al aeroplano caído, hasta llegar cerca del piloto y comprobar que era un ruso que luchaba en nuestras filas, y se tranquilizó al saber que estaba en territorio antifascista.

El herido fue trasladado al hospital de Cuenca, donde estuvo bien asistido, y el que estaba ileso fue llevado al pueblo cercano para que descansara del cuerpo y del

espíritu. Se durmió a poco de haberse acostado y los campesinos, armas al brazo, velaron su sueño.

Ya en oriente apareció una pálida franja de luz y algunos pájaros se remontaron al cielo y entonaban sus trinos saludando al nuevo día, cuando nosotros llegábamos silenciosos al hospital, esperando otros días de incertidumbre y de lucha.

## Cocina libertaria

Uno de los aspectos más agradables del Hospital se debía a que las labores propias del sexo femenino las hacían las mujeres campesinas, emparentadas con los trabajadores de la finca. La cocinera era una joven de Cañete, cuyo padre, un viejo campesino, había tomado una parte activa en el movimiento revolucionario, siendo en aquellos momentos alcalde de la ciudad. Las mismas mujeres nos servían como enfermeras. Con aquel personal que nos ayudaba estábamos muy contentos y no deseábamos otra cosa.

Pero un día tuvimos una sorpresa muy desagradable. El sindicato de Cuenca intervenía en nuestros asuntos y nos mandaba un cocinero, su mujer y un ayudante. ¡Y yo que quería que el Hospital fuese una obra genuinamente popular, independiente de toda organización sindical y política, porque creía este sistema superior, desconfiando de los que mandan, que por lo general no lo hacen bien!

Aquel matrimonio de cocineros se enajenó pronto la simpatía del personal del hospital: eran antipáticos, pedantes y autoritarios, queriendo imponer su voluntad caprichosa, en vez de escuchar la voz de todos, como allí era costumbre. El cocinero fue bautizado con el mote de “Siete Títulos”, por los cargos que, según él, había ocupado en capitales y hoteles de lujo. Muchas veces el matrimonio se levantaba tarde y era el ayudante, un tonto de remate, el que disponía de la cocina.

Un día que hice una ligera observación al cocinero, éste empuñó una botella para estrellármela en la cabeza, envalentonado sin duda con el apoyo que pudiera tener de un sindicato. Como era natural, al verme amenazado por aquel mequetrefe empuñé mi pistola para que soltara la botella, como así sucedió. Pero los compañeros del hospital, enfermeros, enfermos y milicianos, que estaban hasta los pelos, cansados de aquel tipo, que por su manera de conducirse no tenía trazas de haber vivido en un medio libertario, sino en un cuartel o convento, se levantaron tan amenazadores, que el cocinero escapó a toda prisa con su mujer y ayudante por la carretera que conducía a Cuenca, valiéndose de la ligereza de sus piernas, y volvieron con nosotros las mujeres campesinas que estaban antes, y la cocina volvió a funcionar de nuevo sin imposición alguna y con el agrado de todos.

Pero a poco se presentaron en el Hospital dos compañeros venidos de Cuenca, pertenecientes al Sindicato o al Comité, no recuerdo, los cuales con gesto adusto me hicieron saber que había cometido una falta grave con el cocinero y que éste tenía que volver al hospital. Les contesté que yo era uno de tantos y que no podía decidir nada sin el concurso de todos, por lo que sería necesario que hablasen con los allí reunidos. Precisamente en aquel momento se encontraban hospitalizados varios compañeros catalanes de la columna “Tierra y Libertad”, hombres ya maduros, con un

claro criterio; pero aquellos compañeros se negaron a lo que les proponía e insistieron en que volviera el cocinero contra la opinión de todos.

Ante aquella actitud, les hice esta pregunta: “¿Qué anarquistas son ustedes?” A lo que me contestaron secamente: “Ahora no somos anarquistas, sino militares”. “Pues como yo soy anarquista —les dije—, y no militar, por mucho que os empeñéis, el cocinero no volverá a entrar en el hospital”. Quedaron silenciosos y a poco se retiraron sin añadir una sola palabra. A pesar de todo, me dieron la impresión de que se trataba de dos buenos compañeros, pero a mi entender equivocados. Por otra parte, yo no había ido a la revolución, anhelada toda mi vida, para recibir órdenes de cualquiera, que no me parecieran aceptables, sino a unirme a los hombres del pueblo y a obrar según el acuerdo de todos.

Así pasaron varios días, cuando una tarde se presentaron, no un cocinero, sino dos cocineros, mandados desde Cuenca para que se pusieran de acuerdo con nosotros. Eso tenía ya otro color y les di la bienvenida. Eran dos jóvenes asturianos de aspecto inteligente y modesto, pero que miraban con inquietud por las falsas versiones que habían oído. Como se acercaba la noche les invité a comer con nosotros y así conocerían nuestra manera de proceder.

En un espacioso salón, convertido en comedor, cenábamos todos, con excepción de los que no podían dejar el lecho y eran asistidos en sus habitaciones. La comida no faltaba nunca; además, si escaseaba por el mal tiempo, contábamos con dos mil cabras que daban leche a los enfermos y carne cuando había necesidad. El veterinario, que no se separaba de nosotros, nos indicaba las de menos valor que podíamos sacrificar. ¿Cómo nos hicimos de aquel ganado tan útil en aquel terreno? Un grupo de milicianos, en calidad de guerrilleros, hizo una excursión por terreno enemigo y recogieron las cabras con los cuatro cabreros que las guardaban, enviándolas para que dispusiéramos de ellas. Por cierto que los cabreros estaban encantados con nuestro trato, muy distinto del que recibieron de los fascistas.

Al final de la cena, los reunidos escogieron a dos compañeros para que fueran a la despensa, nos trajeron una nota de los alimentos que había y entre todos, después de una breve discusión, se hacía una lista del menú para el día siguiente. Aquella noche entregué la lista del menú a los dos cocineros, con el encargo de prepararlos lo mejor que pudieran. También se decidió que las mujeres campesinas que se ocupaban en la cocina, siguieran en su puesto de acuerdo con los cocineros.

Este plan de comida se seguía mientras yo estuve allí, y los cocineros me aseguraron que lo encontraban muy conveniente, porque como dependía de la voluntad de todos, nadie se quejaba si alguna falta inevitable había.

Aquella era una verdadera cocina libertaria, nacida del acuerdo de todos y sin imposición de nadie.

## Los guerrilleros

Aunque los pueblos de la provincia de Cuenca no habían tenido una tradición en las luchas revolucionarias, como los de Cataluña y Andalucía, no por eso dejaban de llevar latente el amor a la libertad y la justicia, cualidades que han caracterizado

siempre a los españoles. Así que desde el primer momento de la Revolución se levantaron como movidos por un resorte, aniquilaron a sus explotadores y tiranos, destruyeron las iglesias, abrieron las cárceles, quemaron los archivos oficiales y tomaron posesión de la tierra, ensayando una forma de vida conforme a sus aspiraciones.

¡Cuánto gozaba yo en mis correrías por los pueblos, confundiéndome con aquellas gentes que, por fin, veían claro, iluminados por los destellos de una revolución naciente!

En una de aquellas excursiones penetramos en los pueblos cercanos de la provincia de Valencia, al parecer mejor educados en las luchas sociales que los de Cuenca, pero tan agitados y atormentados por el momento crítico que atravesábamos. En uno de aquellos pueblos, creo llamado Adamuz, las gentes hervían en las calles y se agitaban como si quisieran marchar contra un enemigo secular que se oponía a sus designios. En el momento en que se apercibieron de nuestra llegada, nos rodearon y nos estrujaron, y buscamos un local adonde reunirnos. Nos llevaron a la Iglesia, un espacioso templo en el que había terminado toda ceremonia religiosa, y que se llenó de bote en bote para oír nuestras palabras. Desde el coro hice resonar en aquella bóveda, con toda mi voz, la verdad anarquista, donde hasta entonces no se habían escuchado otras voces que las de la mentira religiosa. Cada uno de los presentes agitaba sobre su cabeza una vela encendida, dando al lugar un aspecto extraño. Las luces como serpientes se retorcían en el espacio, como si quisieran ahuyentar las sombras de un pasado espantoso.

Comprendiendo que en la retaguardia no se hacía mucho de provecho en sentido militar, se fue despertando en aquellas gentes la idea de tomar las armas y marchar contra el enemigo. La mayoría optaba por formar guerrillas, infiltrándose en terreno enemigo y atacar a los fascistas por los cuatro costados, obligándolos a retroceder en aquel frente que se había inmovilizado y estábamos a la defensiva, táctica que no era favorable. Se trataba de centenares de hombres de edad madura, contrabandistas, cabreros, leñadores, carboneros, cazadores, etc., conocedores prácticos del terreno.

En representación de todos, vinieron a hablarme algunos campesinos para llevar a la práctica la resolución tomada, y me pidieron que fuera yo uno de los combatientes en sus filas. Acepté gustoso lo que se proponía, porque entonces creía y hoy sigo creyendo, que el puesto de los anarquistas está en la primera línea de los combatientes, como estuvo Durruti, y no en la retaguardia. Todos conformes, se decidió que dos compañeros fueran a Cuenca para parlamentar con el Comité que allí funcionaba, obtener las armas necesarias, y luchar de acuerdo con los milicianos del frente para que la acción fuera más eficaz.

Y en efecto, fueron a Cuenca llenos de entusiasmo, pero allí les echaron un jarro de agua fría los componentes del Comité, quienes con aire despectivo les dieron esta contestación: "¡Cosas de Vallina!" Por mi parte no esperaba otra respuesta, y una cosa parecida ocurrió en el frente de Sigüenza. La doctrina estrictamente sindicalista había anquilosado los cerebros para otras empresas. Más tarde, las guerrillas anarquistas aparecieron en todos los rincones de la Península.

No se hizo nada de provecho en aquella ocasión y cuando más adelante se pidieron voluntarios a aquellos pueblos, descontentos por conductas equivocadas, como ya veremos, todos contestaron a una:

—No iremos como no se nos lleve a la fuerza.

En la pequeña biblioteca que encontramos en el hospital había un libro notable que algunos leyeron y que no podía ser de más utilidad en aquellos momentos. Me refiero a la obra de Rodríguez Solís, titulada *Los Guerrilleros de 1808*. Las guerrillas, que un papel tan trascendental desempeñaron en las guerras de nuestros días, son genuinamente españolas. Y después de todo, ¿qué eran los milicianos de la primera hora, sino verdaderos guerrilleros que en las ciudades y en los campos hicieron morder el polvo a los fascistas? En la provincia de Córdoba, los guerrilleros, campesinos y mineros, con los que tuve contacto, destruyeron rápidamente todos los puestos de la guardia civil, influyendo en la caída de Pozoblanco.

Los aborígenes hispanos estuvieron siempre dispuestos a sacrificar sus vidas por conservar su libertad. En la España de los remotos tiempos apenas hubo esclavos, y éstos nunca se resignaron a serlo. Se dice que victorioso Catón vendió sus prisioneros como esclavos. Pero éstos se envenenaron y dieron muerte a sus dueños, hundiendo el navío en que se los llevaban. Muchas veces se ha encontrado en el suicidio el camino de la libertad.

Los guerrilleros, algunos famosos como Viriato, lucharon contra las aguerridas huestes romanas, triunfadoras en el mundo. Parecía que los guerrilleros brotaban de la tierra. Aparecen donde menos se espera y desaparecen cuando se cree tenerlos cogidos. Impetuosos en el ataque y rápidos en la retirada, fatigan al enemigo no cansándose ellos, y con la mayor habilidad suplen la inferioridad del número con la audacia y la maestría. En siete años los romanos conquistaron las Galias, y doscientos años necesitaron para dominar España. Y hubo lugares donde no llegaron a dominar más que el suelo que pisaron. Para marchar desde Mérida a Almadén, cuyas minas explotaban, se abrieron caminos por las crestas de las montañas, temiendo a los aborígenes de la planicie. Por curiosidad hemos seguido en Extremadura alguno de esos paseos, a veces reforzados por construcciones ciclópeas.

En aquella epopeya de los guerrilleros españoles se destaca un episodio de heroísmo que nunca debería ser olvidado por nosotros, porque es el más alto ejemplo que nos dieron nuestros antepasados de cómo se lucha por la libertad de un pueblo. Me refiero a Numancia, la pequeña ciudad de Castilla, a orillas del Duero, que desafió a la soberbia Roma. Ante sus muros fracasaron los generales romanos de más renombre, hasta que Escipión Emiliano le puso sitio con un numeroso ejército, valiéndose de todas las artes de la guerra. Después de haberse comido los rebaños, las hierbas, los frutos, se comieron las pieles cocidas, y por último hasta la carne humana. Entonces es cuando los que quedaban decidieron entregarse, aunque muchos prefirieron el suicidio. El historiador Appiano escribió estas palabras de admiración acerca de aquellos hombres, que pudiéramos haber tomado como modelo en nuestra Revolución: "Gran amor a la libertad y extraordinaria valentía demostró esta ciudad bárbara y pequeña, de unos ocho mil habitantes, contra los setenta mil soldados que la asediaban. De los moradores de Numancia los más se dieron la muerte a sí mismos. Los otros, al cabo de tres días, con sus cuerpos sucios, despeinados, malolientes, las uñas crecidas, los cabellos largos y los vestidos repugnantes, le parecían a los romanos dignos de lástima, por tanta miseria, les infundían pavor por llevar reflejadas en sus caras la cólera, el dolor y la fatiga".

Pasan generaciones y generaciones y la raza de los guerrilleros no se agota. Traicionan los reyes, los militares, los nobles, los dignatarios de la iglesia; todos se humi-



llan y arrodillan a los pies del tirano; pero el pueblo se lanza a la lucha con sus pobres armas contra el ejército invencible de Napoleón. “¡Esos españoles son locos!”, se dice en Europa. El alcalde de Móstoles, villa de cien vecinos, declara solemnemente la guerra a Bonaparte. A un general español a quien se propone capitule, contesta: “No sé rendirme; después de muerto hablaremos de eso”. En todas partes surgen las guerrillas que atacan al enemigo con extraordinario empuje, causando el asombro de los ingleses que venían a nuestra ayuda. “Es un país salvaje —decía un mariscal francés—; hasta las mismas mujeres pelean”. Se queman las cosechas, se talan los bosques, se envenenan las fuentes, se reducen a ruinas las ciudades, y sobre aquellos cuadros de desolación cruzan, como fantasmas, los guerrilleros que luchan por rechazar a los invasores y hacer resplandecer sobre aquella noche de dolor el sol de la libertad de España. Así luchaban el Empecinado, Javier Mina y cientos más.

Al levantamiento fascista, el pueblo español respondió con la fiereza de siempre, viendo su libertad en peligro, y los guerrilleros de hoy fueron los descendientes de los guerrilleros de ayer. No había de cortar las alas a los valientes, sino llevarlos a la lucha, ocupando un puesto en sus filas, y en último extremo recordarles el ejemplo de los numantinos, para que el enemigo no triunfara más que sobre ruinas. ¡Ésas eran cosas de Vallina!, como decían, sin comprenderlo, los hombres miopes del Comité de Cuenca.

## Un desastre moral

Todos los esfuerzos que se hicieron por conservar el hospital de “El Cañizar”, como un modelo de la voluntad popular, fallaron por completo, no por culpa de la gente del pueblo, sino por los mandos que, por lo visto dejaban mucho que desear, tal vez desequilibrados por la influencia nefasta de un acontecimiento tan monstruoso como la guerra.

La obra del Hospital Militar surgió como una necesidad apremiante en aquel frente de guerra, y el pueblo, que tenía buen olfato, me escogió para coordinar los esfuerzos de todos. Pero los que no fueron capaces de realizar aquella obra, estando obligados a ello, desconociendo la voluntad popular, se apoderaron de ella para desfigurarla y destruirla.

Por allí apareció un sujeto en extremo sospechoso, un médico catalán, el comandante Nombela, que, con procedimientos jesuíticos, se fue infiltrando en todas partes. Los informes que me dieron de Nombela no podían ser peores. No había militado en la C.N.T. ni en ningún partido avanzado de Cataluña, sino que formó parte de una sociedad de médicos religiosos.

Pues bien, aquel individuo que después resultó, como veremos, un espía fascista, fue nombrado jefe de Sanidad en aquel sector, y destituido sin motivo alguno, el viejo compañero Dr. Orive, que, como me dijo en nuestro encuentro en Tarancón, había sido nombrado jefe de Sanidad de aquel sector, con el grado de comandante por los servicios prestados a la C.N.T. durante largos años.

En efecto, tanto Orive, como los hermanos Alcrudo, habían trabajado conmigo entre los elementos sanitarios para llevarlos a la C.N.T. Claro está que Orive y sus amigos, con razón descontentos, trataron de dejar aquel lugar, y fueron amenazados si lo hacían, por lo que tuvieron que escapar a Valencia como mejor pudieron.

El hospital fue entonces invadido, sin consultar conmigo y con los pueblos, por un personal sanitario numeroso, la mayoría manchados con todas las taras de la guerra, la peor de todas, el alcoholismo. Entre ellos había dos capitanes médicos capacitados en su profesión, pero hacían una labor perniciosa por el abuso del alcohol. Uno de ellos, que llegó allí acompañado de una mujercita, en un ataque de alcoholismo agudo, rompió a palos la cristalería que había en el salón, entre ella una hermosa lámpara de cristal. Aquel desdichado acabó después en un manicomio. El otro médico era un loco suelto, siempre bajo los efectos del alcohol y cometiendo imprudencias peligrosas en su profesión. A veces se ponía inaguantable y uno tenía que armarse de paciencia para no arrojarlo de allí como merecía. Como el frío era terrible, algunas madrugadas que llegaban las ambulancias con enfermos y heridos, les administraba para reanimarlos café con ron o coñac, bebidas que tuve que esconder en la capilla que me servía de dormitorio. Pero esto no alivió en nada a los que habían perdido la cabeza, porque se bebían, como si fuera agua, el alcohol de cura.

Después del Dr. Orive, fue el coronel Del Rosal, jefe militar de aquel sector, el que marchó a Cataluña, disgustado de ciertas cosas que pasaron. El coronel Del Rosal luchó desde el primer momento en nuestras filas, siendo digno de todo respeto, y luchó hasta lo último, aun sabiendo, como buen militar que era, que nuestra causa estaba perdida. Por cierto que en el último momento de la retirada, recogí casualmente a su mujer y niños, perdidos en la muchedumbre que escalaba los Pirineos, conduciéndolos a Perpiñán, donde preso por la policía francesa, me vi separado de ellos, hasta que poco después llegó el coronel Del Rosal en su busca, tranquilizándose al saber que habían pasado conmigo la frontera.

Estas cosas repercutieron desfavorablemente en los que más valían, en los hombres del pueblo, de manera que al hacerse un llamamiento para reclutar voluntarios, contestaron todos aquellos a una: "No iremos como no nos lleven a la fuerza". Un excelente médico de uno de los cercanos pueblos de Valencia, que con frecuencia venía a prestarnos su ayuda y que hizo el viaje con la comisión de reclutamiento, me contó con tristeza el fracaso que tuvieron. En cambio, yo no fui más que al pueblo de Pajaroncillo, del que me he ocupado en otras notas, y allí me ofrecieron 54 reclutas para que ingresaran en nuestras filas, rogándome, si fuera posible, que estuviera a su lado en la lucha.

Después del comandante Orive y del coronel Del Rosal, fue este modesto servidor el que se marchó con un permiso como enfermo, que me dieron con agrado, porque les molestaba mi presencia.

Aquellos sucesos no influyeron nada en mi espíritu porque las ideas son unas, y los hombres ambiciosos e inútiles son otros; pero los hombres desconocidos del pueblo no me fallaron nunca. Estas cosas lamentables no deben ocultarse, sino conocerlas para corregirlas y que no se repitan, porque nos hacen perder muchos valores.

Algún tiempo después de haber dejado aquel frente, me dijeron que el comandante Nombela se encontraba preso en un calabozo de la prisión de Cuenca, convicto de ser espía fascista. Parece que de allí fue llevado al castillo de Montjuich, donde lo encontrarían los fascistas al entrar en Barcelona, y es de creer que lo premiarían por los servicios que había prestado a su causa.

\* \* \*

Entre los documentos que conservo de aquella época destaco los siguientes:

Documento nº 1

C.N.T., A.I.T., F.A.I.-Milicias confederales  
Delegación General de Sanidad.

Por la presente notificación te ruego te presentes en el Hospital de El Cañizar, al cual estás adscrito como director, en el día de la fecha.

Tuyo y de la causa. El delegado general de Sanidad, Nombela.

Hospital de El Cañizar, 8 de enero de 1937.

Al compañero médico Pedro Vallina.

Documento nº 2

Columna de Milicias Confederales. Servicio Sanitario  
Delegación General de Sanidad.

CREDENCIAL

El compañero Dr. Pedro Vallina es el Médico Director del Hospital Médico-Quirúrgico de la Finca de El Cañizar, perteneciente a la Columna de Milicias Confederales, por lo que se ruega a todas las autoridades y Milicias Antifascistas no se le ponga obstáculo de ninguna índole en el desempeño de su importantísima labor.

El Delegado General de Sanidad, Nombela.

Terriente, 26 de enero de 1937.

Documento nº 3

Delegación General de Sanidad.

Se autoriza al compañero médico Pedro Vallina y Harmodio Vallina para disfrutar diez días de permiso.

Rogamos a todos los compañeros del Transporte les faciliten medios gratuitos de locomoción.

El Delegado General de Sanidad, Nombela.

Terriente, 27 de febrero de 1937.

## Viaje a Cataluña

Cuando moralmente me vi obligado a dejar el hospital de El Cañizar, en la provincia de Cuenca, me dirigí a Valencia con el ánimo de pasar a Cataluña y unirme con las fuerzas que mandaba el coronel Del Rosal.

Al llegar a Valencia encontré muchas dificultades para obtener gasolina y continuar mi viaje. Parece que la gasolina escaseaba mucho en aquel momento.

Peiró, que era ministro, se enteró de mi llegada y manifestó deseos de que lo visitara, cosa que hice de la mejor voluntad, pues estimaba a aquel compañero en lo mucho que valía. Hablamos breves momentos y me dijo con aire convencido que ganaríamos la guerra. Yo creía que la perderíamos, como no cambiáramos de tácticas, pero no le dije nada para no disgustarlo. Además había de luchar hasta el último momento, aunque el resultado fuera adverso.

Gracias a la intervención de Peiró se me entregó en el Ministerio de la Guerra la gasolina que necesitaba para llegar a Barcelona. Era el día primero de marzo de 1937.

En Barcelona me encontré con el coronel Del Rosal, que acababa de llegar del frente de guerra a curarse una mano enferma. Parece que el jefe militar de aquel sector era el coronel Arín, y el subjefe el coronel Del Rosal. Por lo tanto, no se atrevió a señalarme un sitio en la lucha sin consultarlo con su superior. Yo no deseaba puesto alguno, sino ser útil a la causa popular en un lugar cualquiera del frente de batalla.

Durante mi estancia en Barcelona, recuerdo que asistí a un mitin de la C.N.T., en extremo concurrido y solemne, del que saqué la mejor impresión. Marchó el coronel Del Rosal a su puesto y yo quedé en ir a reunirme con él, donde podría quedarme como médico o soldado.

De Barcelona pasé a Lérida, donde estuve poco tiempo, encontrándome allí con la familia del coronel Del Rosal, su esposa e hijos. En Lérida me pareció que los comunistas del P.O.U.M. gozaban de cierto prestigio.

De allí partí para el frente de guerra, con la intención de participar en la lucha. Como mi paso por aquellos pueblos fue muy rápido, no conservo más que vagos recuerdos. Sin embargo, uno de aquellos pueblos llamado Fraga, llamó mi atención.

En aquel viaje me detuve en un pueblecito llamado Sariñena, si no equivoco el nombre, a poca distancia del frente de guerra. Allí estuve algunos días en contacto con Del Rosal, quien me atendió lo mejor que pudo. Mi llegada coincidió con la pérdida de algunos pueblos de nuestra zona que cayeron en poder de los fascistas.

Me informé de la situación de Huesca y las impresiones que me dieron eran poco alentadoras. Poco después, encontrándome en Valencia, un meritorio militar, que ya había dado pruebas de sacrificios, el teniente coronel K., me pidió ayuda para hacer la guerra bacteriológica contra Huesca, cuya caída era de mucho interés para el resultado final de las operaciones en Aragón. Acepté sin vacilar mi intervención en aquel sentido, siempre que se me proporcionasen algunos elementos que necesitaba y que no estaban a mi alcance. "No creo que nadie le ayude en este sentido — me contestó—, y menos el personal oficial y los gobernantes, incapacitados para las resoluciones extremas".

Como no hacía nada de provecho en Sariñena, me aburría mucho, aunque encontré muy buena gente entre los milicianos desconocidos. Del Rosal me aconsejaba que me quedase, hasta que pudiera alcanzar de su superior un sitio en que ocuparme. Me pareció que Del Rosal no se movía a sus anchas, pues se le veía tímido para disponer por sí mismo.

Ante aquella situación anómala, de uno que quiere ser útil a la causa del pueblo y no lo dejan, determiné volverme a Valencia, en busca de otro rumbo. Por otra parte no había sacado muy buena impresión de la guerra en aquella zona, como más tarde me confirmaron los hechos que se sucedieron, y de los que fui testigo, hasta la caída de Barcelona.

## Soldados envenenados

En febrero de 1937, encontrándome en Valencia, de vuelta de un viaje por Cataluña, me incorporé como médico al Hospital Militar de Godella, por invitación del doctor Orive, quien ostentaba el grado de comandante.

El local del hospital, que había servido a una institución religiosa para educar a las hijas de los aristócratas, no podía ser más suntuoso, aunque estaba sin concluir, y su extenso parque, con toda clase de deportes, era en extremo encantador.

Poco tiempo después presenté la dimisión de mi modesto cargo, disgustado por ciertas anormalidades que observé, agravadas por el estado de nerviosismo de los que allí estaban, cosa no muy extraña en la época anormal que atravesábamos. Una de las cosas que más me disgustaron fue la de haber sacado sin mi consentimiento del departamento a mi cargo, a un desgraciado soldado enfermo del corazón, agravado por una embolia cerebral que lo había dejado semiparalítico. Pues bien, caprichosamente se le había encerrado en un calabozo, acusado de simulador.

Creí que mi actitud pasaría inadvertida, por ser el último pez de la canasta, como vulgarmente se dice, en aquella casa. Pero cuál sería mi sorpresa al saber que los soldados allí internados se habían levantado indignados, como un solo hombre, negándose a ser asistidos por otro médico que no fuera yo. Y es que los hombres del pueblo, por insignificantes que parezcan, son más inteligentes y tienen mejor olfato que los que se erigen en sus dirigentes.

No pude hacer otra cosa que aconsejarles encarecidamente que aceptaran la asistencia de otros facultativos, hombres dignos y ajenos a las anormalidades allí ocurridas. A regañadientes aceptaron mis consejos.

Pero un día que atravesaba la Plaza de Castelar, se me acercaron unos soldados enfermos de aquel hospital y me dijeron muy excitados: “Ya envenenaron a uno de los nuestros, en seguida que usted se marchó. Acabamos de enterrarlo”. Me pareció un error lo que me decían, y traté de disuadirlos de aquellas extrañas ideas. Según ellos, el veneno se había administrado en una oblea con motivo de una enfermedad del estómago.

Lo que yo puse en duda, era una dolorosa realidad, aunque no obedecía a un acto intencionado por parte de los responsables de la farmacia, farmacéuticos y ayudantes, sino a su incapacidad y negligencia.

Pocos días después, encontrándose un soldado enfermo del estómago, le fueron a administrar otra oblea parecida a la que estaba en entredicho, y éste se negó resueltamente a tomarla. Uno de los soldados allí presentes, para demostrar que la oblea era inofensiva, se la tragó mientras reía, pero con asombro de todos, cayó al suelo muerto, como herido por un rayo.

El alboroto fue mayúsculo e intervinieron seriamente las autoridades. En vez de sal de magnesia se le había administrado un terrible veneno: cianuro de potasio. No había que llevar el análisis a un grado muy minucioso, pues el solo olor de la sustancia denunciaba su composición.

Cuando los organizadores del hospital se incautaron del edificio aprovecharon un pequeño botiquín que las monjas tenían, en uno de cuyos frascos, con el rótulo engañoso de sal de magnesia, se ocultaba cianuro de potasio.

¿Cómo ocurrió tan lamentable historia? Lo ignoro, pero la responsabilidad de algunos era grande. Un somero examen de aquellas sustancias, que no se hizo, hubiera

iluminado el veneno. El farmacéutico y su ayudante fueron detenidos algunos días y después puestos en libertad. Eran al parecer, dos buenos chicos, pero atolondrados, y las cosas se hacían muy mal.

Lo cierto es que murieron dos soldados desconocidos, lo peor es que habían ofrendado sus vidas por la libertad y la justicia, para sucumbir no como héroes que eran, sino como ratas envenenadas.

Y aquellos hombres valían más, mucho más, que todos los comités y que todos los galoneados, culpables de sus muertes, por fatuos e incapaces.

¡Con muchas frecuencia recuerdo a las pobres víctimas y la tristeza más profunda embarga mi espíritu!

## En Valencia se estudia

El día 11 de abril de 1937 dejé voluntariamente el Hospital Militar de Godella, como he explicado en la relación anterior, en el que me lamentaba amargamente de la muerte por envenenamiento de dos jóvenes milicianos, compañeros nuestros en ideales.

Procuré hacer algo útil el tiempo que permaneciera en Valencia, hasta que pudiera incorporarme a uno de los frentes en guerra. Como allí residía el Gobierno de la República, la ciudad ofrecía una extraordinaria animación: unos venían de los frentes de lucha para cosas útiles, otros llegaban para distraerse, y un buen número se aposentaban allí por egoísmo propio. Para enderezar a estos últimos, vino en una ocasión un grupo de compañeros de la Columna de Hierro para llevárselos de los cafés a cavar trincheras en el frente. La ciudad no podía ser más bella, y sus moradores más amables; pero a pesar de todo, por las circunstancias que atravesábamos, se sentía flotar en el ambiente el dolor y la tragedia.

Por entonces se organizaron unos Cursos Teóricos-Prácticos contra la Guerra Química, que estuvieron muy concurridos por médicos, sanitarios, militares y otros, atraídos por la novedad del tema. El recibo que conservo de inscripción de matrícula, pues yo tomé también parte en los cursos, lleva la fecha del 7 de abril de 1937. Algunos médicos que estudiaron a fondo la materia, hicieron de profesores con el mayor acierto, entre ellos el coronel de Sanidad Militar, Pérez Feito, que había escrito una obra muy completa sobre los gases de guerra. Después tuve la más estrecha amistad con Pérez Feito, encontrándonos en Cataluña donde trabajamos juntos hasta el último momento. También fue uno de los organizadores de los cursos el doctor Morata, que se había especializado en la materia y publicaba una revista sobre los gases de guerra. Los cursos fueron muy completos en lo que se refiere a la parte teórica, pues la práctica fue casi nula. De todas maneras se estudió a fondo el auxilio a prestar a las víctimas de los referidos gases. Se hicieron unos exámenes lúcidos y se extendieron los correspondientes diplomas.

Luego se abrieron en la Universidad de Valencia unos Cursos de Cirugía de Guerra, por cierto muy útiles en aquellos momentos; asistí asiduamente a ellos. Me parece que fui el único médico que lo hizo, aunque había muchos por la ciudad que necesitaban conocer aquellos estudios. Los asistentes eran estudiantes de medicina del último curso, entre ellos mi hijo Harmodio, que el Gobierno quería mandar como

médicos militares a los frentes de guerra. Todos los elogios son pocos para lo bien que se hicieron aquellos trabajos. Reproducimos un certificado referente a aquellos cursillos:

Don Luis Urtubey Rebollo, Catedrático y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Literaria de Valencia.

Certifico: que según consta en el acta que obra en esta Secretaría firmada por los catedráticos doctores, don Francisco Orts Llorca y don Juan González Aguilar, directores de los Cursillos de Cirugía de Guerra, realizados en esta Facultad de Medicina, desde el veintinueve de marzo último, hasta el diecisiete del actual, don Pedro Vallina Martínez, ha asistido con regularidad a las clases del mencionado cursillo y realizado prácticas que demuestran su aprovechamiento en las materias de estas enseñanzas.

Y para que conste y a petición del interesado, expido el presente en Valencia a veintinueve de abril de mil novecientos treinta y siete. (Sigue la firma).

Por diversos motivos los pueblos se iban dando cuenta que los anarquistas no son unos energúmenos violentos, como los han pintado gentes interesadas en su desprestigio, sino hombres estudiosos e instruidos. En la Revolución muchos llevaban un libro al lado del fusil y siempre protegieron la cultura. En Cuenca salvamos la biblioteca del Seminario que tenía mucho valor en su género. Si alguna cosa ha faltado después, como se ha dicho, fueron los franquistas los ladrones. Lo mismo hicimos con la Biblioteca y Archivos del Palacio Arzobispal de Sigüenza, de gran valor histórico. Pero los italianos la saquearon por completo y en las mochilas de algunos cadáveres, recogidos en la batalla de Guadalajara, se encontraron documentos robados. En la misma ciudad destinamos un amplio local donde depositamos los libros y objetos de arte recogidos en templos y conventos; pero la aviación fascista destruyó todo aquello.

## Los bombardeos de Valencia

En 1937, la bella ciudad de Valencia y sus amables habitantes eran víctimas de la ferocidad fascista, cuya aviación sembraba la destrucción y la muerte. Apenas sonaban los estampidos de las bombas, cuando interrumpía la lectura y salía a la calle, seguido por mi hijo, para auxiliar a las víctimas, no pudiendo hacer nada en nuestra impotencia para contestar al enemigo. Cuando no había algo que hacer en la calle, nos dirigíamos al Hospital donde iban llegando los heridos. Aquel hospital estaba muy bien organizado y dotado de un personal competente. Recuerdo, entre otras víctimas, a una mujer joven y hermosa, acostada en una cama de operaciones, con el palo de una silla, terrible proyectil, clavado hasta lo más profundo del vientre. Me acerqué a ella conmovido y me dijo con voz temblorosa: “Me trajeron contra mi gusto de Madrid para estar aquí más segura y, lejos de eso, he venido a encontrar la muerte”.

Un día presencié la cura de una jovencita muy bonita, como de 15 años de edad, con las dos piernas amputadas de raíz, a causa de una herida que recibió por la metralla enemiga. Nadie se atrevía a decirle la magnitud de su desgracia, pues ella

creía que no le faltaban las piernas, sino que las tenía heridas y que pronto volvería a marchar.

Al día siguiente de un intenso bombardeo, contemplé salir del hospital una larga fila de ataúdes con los cuerpos destrozados de las víctimas. La impresión que aquello me hizo fue desoladora y a veces se me presenta tan terrible imagen. Había una barbería muy lujosa en la calle de la Paz donde solía ir a afeitarme, por vivir en la vecindad. Algunas veces los clientes gastaban bromas al maestro barbero sobre la próxima bomba que le remitiría Franco, cosa que él ponía en duda. Pero un día cayó una bomba en la puerta de la casa y todos los que estaban en ella murieron en el acto. Los espejos quedaron hechos añicos y los sillones retorcidos. Pocos momentos antes había yo salido del local.

Cuando no tenía ocupación por las tardes al anochecer tomaba un libro y me iba a leer un rato a un jardín vecino a mi vivienda y me sentaba en un banco a pocos metros del edificio de un Ministerio, no recuerdo cuál. Un día retrasé mi salida estudiando una lección en un libro muy voluminoso, que no era a propósito para llevarlo a la calle. Esto me salvó la vida, porque en el sitio preciso en que me sentaba a leer, cayó una bomba que mató a una pareja de enamorados que hacían planes para el futuro.

No es la primera vez que los libros, a quienes tanto he querido, me salvaron la vida. Una vez se le escapó un tiro de pistola a un imprudente y la bala se incrustó en un rimero de libros que ocultaban mi cabeza.

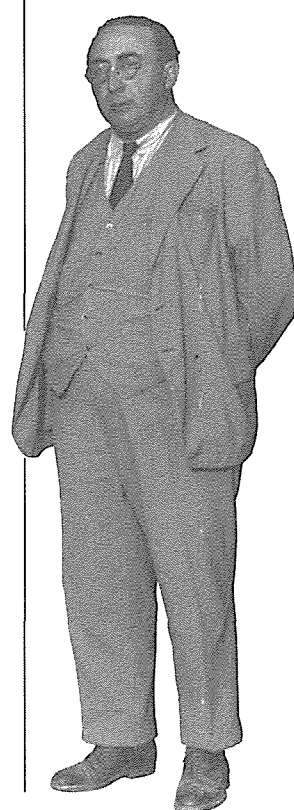
En todas partes he sentido intenso dolor por las víctimas inocentes de la aviación fascista, pero en Valencia, en una ciudad tan hermosa y con un pueblo tan simpático y culto, la impresión era desgarradora.

Entonces decidí de nuevo dejar la ciudad, donde no rendía provecho, y marchar a uno de los frentes de guerra.





- Mi ingreso en el Ejército regular
- Albacete
- El comandante Vidal
- Albacete en la guerra
- El coronel Mangada
- Camino de Barcelona
- Tarragona
- El bombardeo de Barcelona
- El hospital de la calle de Tallers
- El hospital de la Bonanova
- La sanidad militar en Cataluña





## Mi ingreso en el Ejército regular

Mi situación económica se fue empeorando en Valencia, de tal manera que decidí salir de la ciudad, además que aquella vida, aunque empleada al estudio, lejos del frente de guerra, no me parecía la más digna para un revolucionario.

Mi amigo Paulino Díez, que en otra época fue secretario de la C.N.T. en Sevilla, mientras yo era el tesorero, y que acababa de operarse de una hernia, en una visita que le hice, sin pedirle nada, al verme en aquel apuro se me ofreció para hacer gestiones en uno de nuestros ministerios donde me dieran ocupación útil para la guerra. No le animé en ese camino.

Por otra parte, el militante del agro andaluz, Antonio Rosado, me habló, en nombre de los campesinos de uno de los mejores pueblos de la provincia de Valencia, cuyo nombre he olvidado, para que me fuera con ellos, pues necesitaban un médico. No pude complacerlos, aunque les quedé muy agradecido; lo cierto es que no podía vivir tranquilo en un pueblo, mientras tantos otros luchaban en las trincheras. Y a propósito de Rosado, al comenzar la sublevación fascista cultivaba las tierras del Sanatorio de Cantillana y cuidaba del mismo, por encontrarme yo obligado a estar ausente. Los fascistas de aquellos alrededores atacaron y pusieron fuego al Sanatorio, una obra sumamente humana, pero siempre perseguida. Rosado pudo escapar con su hijo, quien sufrió en la huida un ataque de enajenación mental, y a campo traviesa llegaron a Almadén, donde estaba mi compañera, y de allí pasaron a Madrid. Rosado cumplió como bueno durante la guerra, a pesar de su deplorable estado de salud, pues ya había tenido algunos vómitos de sangre. Era un hombre inteligente y reflexivo, que medía muy bien sus acciones. Las últimas noticias que tuve acerca de su persona, por un pariente que fue a visitarle, es que se encontraba preso y en peligro en la cárcel de un pueblo próximo al Sanatorio. Después no he vuelto a tener noticias suyas, y temo que si no lo asesinaron los fascistas, lo mató la tisis. Es triste que los buenos que aspiran a un mundo mejor, acaben así.

Y para el colmo de las dificultades, mi compañera recibió un aviso de los nuevos propietarios para que desalojase una habitación que ocupaba con dos niños en una doble casa muy espaciosa, y tuvo que acudir a un compañero influyente para que la dejasen allí unos días más, pues no tenía a donde meterse y yo estaba pendiente de

ocupación. Parece que querían hacer una “Escuela de Militantes”, nada más oportuno en el momento crítico que atravesábamos. Mas para hechos extraordinarios de los que viven fuera de la realidad, no hay otro que iguale al de los andaluces residentes en Barcelona, que fundaron la “Casa de Andalucía” pocos días antes de salir de huida. “Ésta es una institución con bases para el futuro y hasta tenemos el proyecto de fundar una cooperativa”, me decía uno de aquellos ilusos con aire muy convencido. Aquella mañana una bomba de la aviación fascista había roto los cristales, puertas y ventanas, y ya había bastante gente que desfilaba hacia la frontera francesa.

Como las milicias, que eran mi encanto, habían desaparecido, no me quedaba otro recurso que “militarizarme”; así que hice las gestiones del caso, y el entonces Jefe de Sanidad Militar, que me recibió con indiferencia, me dio un nombramiento de “Médico Alférez de Sanidad”, dispensándome como un favor especial, los grados de cabo y de sargento. Yo insistí, sin conseguirlo, que me dejaran de soldado raso. Como el que menos era comandante, y no me prestaba a recibir otras órdenes que de mi conciencia, tuve algunos conflictos en el ejército, que referiré a su debido tiempo. En lo que toca al Jefe de Sanidad que menciono fue el único que se dejó pasar de Tarancón a Valencia en la huida atropellada del Gobierno de Madrid, gracias a las intervenciones de una hija mía que, en su inocencia, le facilitó un pase de salida firmado por un Comité.

Continué en Valencia esperando que me destinaran a un frente de guerra.

## Albacete

A pocos días de mi ingreso en el ejército regular, recibí el aviso de dirigirme a Albacete y ponerme a la órdenes del coronel de Sanidad Militar. Con mucho disgusto acepté mi nuevo cargo, pues ansiaba estar en uno de los frentes de guerra y no en la retaguardia.

Una mañana del mes de junio de 1937 llegué a Albacete y tomé una habitación en el primer hotel que encontré cerca de la estación. Llegado de Valencia, en la que tanta animación había, Albacete me pareció un pueblo grande y tranquilo, del que no conocía más que sus célebres navajas, que al llegar me ofrecieron varios vendedores, llevando un cajoncito con la mercancía, colgada del cuello.

Lo que sí llamó mi atención, desde el primer momento, fueron las huellas profundas en los edificios de un terrible bombardeo de la aviación fascista. Aquella violenta agresión contra Albacete la había motivado una venganza, por ser entonces aquella ciudad el lugar de concentración y adiestramiento de las Brigadas Internacionales, que vinieron voluntariamente a luchar a nuestro lado contra el fascismo.

Cuando me presenté en la Oficina de Sanidad a ponerme a las órdenes de mi ilustre jefe, el coronel Vidal, me quedé sorprendido de que ocupara aquel cargo en nuestras filas un hombre de tan pésimos antecedentes. Al recordarle nuestro encuentro en Casablanca, tartamudeó algunas palabras y cambió de conversación.

Creo necesario hacer un paréntesis en este relato y presentar a mis lectores un retrato de cuerpo entero del coronel Vidal, para que así se comprenda mejor lo que ocurrió en Albacete.

En 1923, siendo ya dictador Primo de Rivera, fui preso en Sevilla por órdenes de Martínez Anido, acusado de haber organizado un fantástico complot ibero-lusitano, que tuvo poco éxito, porque el juez de la causa, el coronel Márquez, un hombre digno que no se prestaba a manejos inmorales, nos declaró inocentes. Esto no fue obstáculo para que siguiera detenido, como preso gubernativo, en unión de muchos compañeros. Además, me hizo saber el gobernador Perales, que continuaría en la cárcel todo el tiempo que durase la dictadura.

Así pasé varios meses encerrado, hasta que una mañana recibí la visita de un agente de policía que vino a comunicarme, con mucha reserva, la orden que tenía de trasladarme a un lugar de destierro, cuyo nombre no podía decirme.

Salí en aquel momento de la cárcel y dos policías me condujeron a mi domicilio, donde tomé ropas, libros e instrumental médico, despidiéndome de mi familia, ya acostumbrada a casos semejantes.

Nos encaminamos hacia la estación de Cádiz, donde tomamos el tren. Un leal compañero francés, Fernando Fournon, residente en Sevilla, enterado de lo que ocurría, vino detrás y tomó el mismo tren, inquieto por mi suerte.

Una vez en Cádiz, fui entregado a la policía de aquella ciudad, que me dio la orden de marchar a Casablanca, donde residiría como desterrado, y que tuviera buen cuidado de no pisar zona española, donde correría mucho peligro.

A la mañana siguiente me dirigí al embarcadero, pero el barco no salía para Casablanca más que una vez por semana. Me volví contrariado a la ciudad, cuando fui llamado con urgencia al despacho del jefe de policía, que me dijo en voz baja:

—¿Por qué no se fue usted esta mañana?

—Porque no salió ningún barco para Casablanca —contesté.

El policía dio algunos pasos por la estancia, muy excitado, sacó un papel de su carpeta y me lo dio a leer. Lo firmaba Martínez Anido y comprendí que era una orden suya para que me asesinaran en Cádiz.

—Como es usted un caballero —me dijo el policía—, y a nadie ha de comunicar esta conversación, le aconsejo salga mañana de la ciudad como quiera que sea. Esta noche vigilaré su hotel y respondo de su vida, pero mañana entrará en función la guardia civil, que no vacilará en complacer al señor Martínez Anido.

Di las gracias a aquel hombre, ignorando a qué influencia obedecía su conducta, aunque sí la sospechaba, y acompañado por un policía visité aquella tarde la tumba de Salvochea, a la orilla de un mar que tanto amaba, y allí me prometí seguir fiel a las doctrinas del maestro, mientras me alentara un soplo de vida.

Me acosté temprano y al amanecer tomé un barco rumbo a Tánger.

Después de una travesía accidentada, en la que las agitadas aguas del Estrecho de Gibraltar amenazaban tragarse la frágil embarcación que me conducía, llegué a la bahía de Tánger. Como la ciudad estaba internacionalizada, en poder de los cónsules, cada uno de ellos lo hacía lo peor que podía y el puerto más rudimentario estaba por construir.

Una gasolinera se acercó a nuestro barco y unos moros forzudos nos fueron sacando uno a uno como costales de patatas, depositándonos con el mayor cuidado en su embarcación. Al tocar tierra se sube una empinada escalera movable de madera y de improviso se encuentra uno en un mundo nuevo. Una gran explanada se presenta ante nuestra vista, cubierta por una abigarrada muchedumbre de moros que se movían en todas direcciones. Un morito joven y bien puesto se acercó y me ofreció sus

servicios como intérprete y guía. Acepté con agrado, pues no sabía adónde dirigirme. Cargó mi maleta un pobre moro y los tres nos internamos en la ciudad, dirigiéndonos a uno de sus hoteles, creo llamado “El Comercio”.

Cuando el hotelero me pidió mi nombre, tuvo un momento de sorpresa, y me dijo que desde la mañana se esperaba mi llegada. Y, en efecto, a los pocos minutos se presentó un tipo, altamente simpático, cuyo nombre he olvidado, quien me dijo que era natural de Fernando Poo y que tenía la misión de ponerse en contacto conmigo en nombre de ciertos elementos progresivos de Marruecos. Hablamos largo rato y le di las gracias por su ofrecimiento.

Por entonces residían en Tánger unos 15.000 españoles, en su mayoría obreros andaluces, la mayor parte libertarios, que no ocultaron su júbilo por mi llegada. Vinieron a visitarme en grupos y me comunicaron su deseo de que me quedara en Tánger, trabajando como médico. Hasta buscaron un domicilio adecuado para el caso. ¡Qué tiempos aquellos en que el espíritu de los hombres rebosaba cariño y solidaridad!

Cuando todo parecía arreglado en mi favor, se me presentó el hombre de Fernando Poo y me condujo a casa del doctor Anguita (creo que éste era el nombre), un judío que gozaba del mayor prestigio entre el mundo progresivo de Marruecos, judío y musulmán. El anciano doctor me estrechó con efusión entre sus brazos y me dijo con voz triste:

—¡Cuánto me alegraría que usted se quedara en Tánger, donde hace falta un hombre de sus condiciones, como ciudadano y como médico! ¡Y con qué gusto le cedería a usted mi clientela, que ya no puedo llevar por el peso de los años! Pero aquí se hace una política detestable, y los extranjeros están a merced de sus cónsules, la mayoría perversos, que pueden hacerlos expulsar con la mayor facilidad. Para que usted pudiera quedar en Tánger y ejercer su profesión, tendría que hacer unas gestiones que seguramente repugnarían a su conciencia.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—De presentarse en el convento de frailes españoles y ponerse a las órdenes del Padre Prior, ex confesor de la Reina Cristina, que es quien manda políticamente en la colonia española. ¿Y cómo desea hacer el viaje hasta Casablanca? Por mar sería lo más seguro.

—Deseo ir por tierra, aunque corra los mayores peligros.

—¡Trataré de evitar esos peligros y le comunicaré el día de salida!

Los elementos españoles discutieron entre ellos y con mucho pesar convinieron en que el doctor Anguita tenía razón y que lo mejor sería que continuara mi viaje adelante, como el judío errante.

Una noche, al acostarme, llegó el hombre de Fernando Poo y me dijo que me preparara para marchar al amanecer del día siguiente en un coche de turismo que partía para Casablanca. Por la mañana tomé el auto en compañía de tres viajeros, dos moros y un belga, que se dirigían a la misma ciudad.

Al llegar a la primera ciudad de la zona española, llamada Arcila, el auto paró en la plaza, en la que se encontraba un pequeño grupo de moros hablando en voz baja. Del grupo se destacó un hombre, llegó al auto y preguntó por mí. Bajé a una señal suya y me incorporé al grupo. Nos apartamos un poco, entramos en un bar, me invitaron a un refresco y me dijeron:

—Siga usted tranquilo su ruta que el camino está vigilado convenientemente, tanto en la zona española como en la francesa.

En efecto, por todas las ciudades que pasé, hasta medianoche que llegué a Casablanca, encontré grupos de moros que me dieron la bienvenida y estrecharon mi mano con ardor.

En el próximo capítulo presentaré al coronel Vidal, fiel representante de Primo de Rivera en Marruecos, y el crimen que se cometió conmigo, expulsándome del país contra la voluntad de todos.

## El comandante Vidal

En Casablanca fui recibido por el elemento allí residente, tanto indígena como extranjero. En una de las calles principales de la capital abrí un consultorio médico-quirúrgico, cuyo local me fue proporcionado por un propietario judío, advirtiéndome el mismo que, como el precio de arriendo era muy subido, podría pagarlo al precio que estuviera a mi alcance. Así que cuando oigo hablar del interés desplegado por los judíos en sus negocios, me acuerdo de aquel hombre generoso.

Pronto fui considerado como uno de los médicos mejores de la población, siendo muy consultado por musulmanes y judíos. Pero vamos al tema que nos ocupa, pues sería muy largo de contar mis impresiones de Casablanca.

Había por aquel entonces en Casablanca una numerosa colonia española que contaba con unos 20.000 habitantes, por lo general gente industriosa que vivía bien, y que se agrupaba a mi alrededor, desde el punto de vista médico, en seguida que llegué.

Todos me hablaron con amargura de un comandante Vidal, médico agregado al Consulado Español, un redomado tunante que los trataba con la mayor dureza y los explotaba a mansalva. Las hazañas de aquel malvado, que tenía todos los vicios y ninguna virtud, serían largas de contar, y no caben en este lugar. Vidal era el representante de la dictadura de Primo de Rivera en Casablanca, siendo el cónsul español un juguete en sus manos. Vidal era el hombre odiado y despreciado por todos, tal como se merecía, y la colonia española a mi llegada se apartó de su lado, reprochándole duramente su conducta.

Cuando todo parecía marchar tranquilamente y la estima hacia mi persona y mis ideas iban en aumento, fui un día llamado con urgencia al Consulado Español, y el cónsul, un jovenzuelo de tipo afeminado, me dijo estas palabras: “Es necesario que usted no ejerza su profesión en Casablanca, y a cambio se le dará el dinero que necesite para vivir y se le permitirá volver a España”.

La contestación que di a aquel mamarracho fue de tal índole, mientras que apretaba mis puños, que estuvo a punto de desmayarse, y pidió una bebida cordial para reponerse del susto.

Comuniqué a los amigos más íntimos lo que ocurría y todos vieron en aquel incidente la mano de Vidal, que quería deshacerse de mí para seguir oprimiendo a los residentes españoles.

En efecto, pocos días después recibí la visita de dos agentes de la policía francesa, quienes me comunicaron la orden de mi expulsión del territorio de Marruecos,



con una orden igual expulsando a mi compañera. Para atenuar la injusticia, me comunicaron que podía residir en Marsella, disposición que no acepté por parecerme una celada, puesto que me encontraba expulsado de Francia, no por nada pecaminoso, sino por defender el contenido de la gran revolución. El mismo jefe de la policía me llamó a su despacho y me dijo que aquella medida se debía a una reclamación del gobierno español, pues lo que tocaba a mi conducta en Casablanca, había sido en extremo correcta y humanitaria.

La noticia de mi expulsión corrió por Casablanca como un reguero de pólvora, y la indignación fue grande, señalando todos a Vidal como el culpable de aquella felonía. El elemento mulsumán quiso manifestarse en la calle, pero los prudentes le aconsejaron calma, creyendo que mi asunto sería solucionado favorablemente. El mismo gobernador se opuso a aquella medida, y la Liga de los Derechos del Hombre trató de anularla. Una comisión de hombres de prestigio en la ciudad fue a Rabat solicitando se evitara mi expulsión. Pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. El general Lyautey, la más alta autoridad francesa en Marruecos, acababa de llegar con la orden de mi expulsión en el bolsillo y se mostró inflexible a todas las reclamaciones que se hicieron en nombre de la justicia, por la que tan heroicamente había luchado el pueblo francés. Entonces recibí una carta de Sebastián Faure, condenando mi expulsión y comunicándome que se separaba de ciertos elementos de izquierda, con los que había convivido mucho tiempo, por no haber cumplido con su deber.

Aquel comandante Vidal, execrado por la población de Casablanca y uno de los miserables que tanto daño hizo a la colonia española allí residente, lo encontraba en Albacete ascendido a coronel y Jefe de Sanidad Militar de aquella zona, a cuyas órdenes me ponían los gobernantes de la República.

## Albacete en la guerra

Una capital de provincia tan tranquila como Albacete, se encuentran pocas. Sin embargo, fue sacudida hasta en sus cimientos por la acción revolucionaria, y una sociedad nueva de aspiraciones libertarias se levantaba sobre el mundo viejo.

En los comienzos de la guerra, su pueblo fue sorprendido por el más feroz bombardeo de la aviación fascista, como venganza por haber acogido en su seno a los voluntarios que de otros países venían a luchar a nuestro lado. Las víctimas fueron numerosas en aquella noche de horror y muchos edificios quedaron profundamente destrozados por la metralla del enemigo, recordando la población con sus desgarraduras el peligro que de continuo le amenazaba. Desde aquel momento la ciudad se preparó para la defensiva, protegiendo sus vidas para emplearlas en la lucha contra el fascismo. En todos los lugares de reunión y de ventas, como barberías, cafés, bares, tiendas, comercios, mercados, etc., se recogía una pequeña cuota voluntaria de diez céntimos para la construcción de los refugios. Este dinero se administró escrupulosamente y los refugios necesarios para albergar a la población quedaron pronto terminados. Cuando sonaba la señal de alarma, los soldados ocupaban las entradas de los refugios, dando paso primero a las mujeres y niños, luego a los hombres y ellos se quedaban en las puertas. Más de una vez hice yo mismo de centinela.

Lo primero que hice a mi llegada fue relacionarme con los elementos anarquistas, sacando de ellos la mejor impresión. Se celebraron algunas veladas y funciones de teatro. Y se trabajaba en firme por nuestra causa. Allí encontré a un buen elemento, Serafín González Inestal, que ocupaba un cargo en las oficinas de guerra, así como su amable compañera. Ignoro la suerte que corrieron aquellos amigos ni si fueron prisioneros de los fascistas.

Albacete fue el lugar de concentración de los voluntarios extranjeros, desde donde, adiestrados y armados, pasaban a los frentes de lucha. El pueblo los acogía con cariño y ellos se mostraban encantados de su nueva residencia. Una tarde, de vuelta a mi domicilio, me encontré en la calle a un joven extranjero, que había perdido el camino del cuartel y preguntaba a todos los transeúntes, sin que nadie entendiera su lengua. Me lo llevé a casa y cenó con nosotros. Era austríaco y hablaba alemán. Nos contó cómo había llegado voluntario a España sin ayuda alguna. Unido a otro compañero vendieron una vaca que tenían y con el dinero de la venta hicieron el viaje hasta Albacete, incorporándose a las Brigadas Internacionales. Después de la velada le acompañamos al cuartel y no cabía de gozo al encontrarse entre nosotros, luchando por la causa libertaria.

Albacete contaba con la mejor “Casa del Soldado” que se había fundado en la España antifascista; así lo reconoció Álvarez del Vayo, en una conferencia que nos dio. Por cierto que aquel día nos comunicó una triste noticia: la caída de Bilbao. En aquel lugar había un verdadero museo de los periódicos que se publicaban en los frentes de guerra.

Los elementos anarquistas eran muy comedidos y modestos, pero los comunistas, llegados a última hora, lo querían absorber todo. Se me hizo entrega de un departamento para que lo habitara con mi familia, pero como había escasez de locales, lo compartí con un socialista madrileño y un anarquista gallego. Pero al ir a escoger los muebles que nos hacían falta, nos encontramos con que “eran del partido”, sobre todo de un oficial de aviación que la semana anterior se había afiliado al partido comunista. Después de un violento altercado con aquellos inconscientes, acabamos por llevarnos los muebles que nos hacían falta.

Como Hospital Militar se habían utilizado dos espaciosas viviendas, situadas en un lugar céntrico de la ciudad, y allí fui destinado como médico, en unión de otros doctores militarizados. Como militares profesionales había en Sanidad el coronel Vidal, un teniente coronel y un capitán.

Los tres eran enemigos de nuestra causa, como pude observar con facilidad. Como había muchos heridos y enfermos, el trabajo era grande. Por otra parte, casi todos los días era requerido para formar parte de los tribunales militares que entendían en el reconocimiento de los enfermos y en el examen de los recién llegados. Además, recorría con frecuencia los pueblos de la provincia para visitar los soldados enfermos que se encontraban con licencia en sus casas. Así pude ponerme en contacto con la gente de los pueblos y conocer sus aspiraciones, que eran muy alentadoras.

El 5 de octubre de 1937 recibí la comunicación que sigue, firmada por el coronel Vidal: “Cumpliendo lo dispuesto en la orden de la plaza de hoy, y a partir del día de mañana, queda usted encargado del servicio facultativo de las fuerzas de esta guarnición que al dorso se relacionan, cesando los servicios que tenía encomendados en el Hospital base de esta plaza”. Los servicios eran los siguientes:

- 1) Grupo de transmisiones.
- 2) Parque de artillería.
- 3) Obras de fortificaciones.
- 4) Generales, jefes y oficiales y sus familiares, transeúntes y residentes de esta plaza que pertenezcan a cuerpos que no tengan asignado médico.

Sospeché que Vidal deseaba alejarme de su lado en el Hospital base para estar más a sus anchas, cargándome con un trabajo que no me dejaba un minuto libre. Sin embargo, con tanto trabajo, estaba en mi elemento, corriendo de un lado para otro curando enfermos y propagando mis ideas con el ejemplo. En el parque de artillería, ayudado por un joven sargento muy entusiasta, se hizo la mejor propaganda, llenándose los muros de aquel local de cartelones con máximas de moral libertaria que eran muy leídas y comentadas. Por la actividad que exigían mis cargos me puse en contacto con todos los jefes y oficiales de aquella guarnición, en su mayoría adictos a la Revolución, salvo un corto número que eran contrarios, como ellos mismos lo confesaban, pero cumplían fielmente con su deber.

Un día fui llamado con urgencia a la Comandancia militar y me encontré a un recién llegado de aspecto de hombre de importancia, que me dijo: “He venido a hablar con usted referente al coronel Vidal, para que me diga lo que sabe y opina de ese hombre. Como su declaración será definitiva para resolver un asunto de mucha importancia le doy a usted veinticuatro horas para que medite bien lo que va a decirme”.

Al día siguiente tuve una larga entrevista con aquel hombre, explicándole lo que yo sabía y opinaba de Vidal. Al final de la entrevista me estrechó con fuerza la mano y me dijo: “Gracias por su información, porque pone en claro ciertas cosas graves que han ocurrido”.

He de advertir que hasta aquel momento no había hablado con nadie sobre el coronel Vidal. Lo cierto es que tanto él como el teniente coronel y el capitán, todos médicos militares de profesión, fueron dados de baja en la plaza de Albacete y trasladados a otro lugar. Los motivos que hubo para ello, los ignoro, aunque ya he dicho que eran enemigos de nuestra causa.

Después supe que Vidal había sido llevado a Tarragona, donde permaneció algún tiempo, y que al final de la guerra, encontrándose en la frontera, se hizo justicia disparándose un tiro en la cabeza.

Tal es la historia del comandante Vidal, hombre de confianza de la dictadura de Primo de Rivera, en Casablanca, y del coronel Vidal, hombre de confianza de la República en Albacete, a cuyas órdenes me pusieron.

## El coronel Mangada

Al referir mi estancia en Albacete, he hablado del jefe de Sanidad militar de aquella plaza, el coronel Vidal, que no supo vivir para hacer el bien a sus semejantes y que acabó suicidándose al finalizar la guerra, no viendo otro horizonte que la muerte.

Ahora me toca hablar, y esto lo hago con satisfacción, de un hombre muy distinto, que empleó la vida en luchar por el bien de los otros: el coronel Mangada.

¿Quién no recuerda la columna del coronel Mangada en los primeros días de la guerra, cerrando el paso en la Sierra al ejército fascista que intentaba nada menos que apoderarse de la heroica villa de Madrid?

Mangada se multiplicó en los comienzos de la Revolución, y se le veía en los sitios de más peligro, seguido por los hombres del pueblo y numerosos amigos del ideal, algunos de los cuales, como Ambrosio Ristori, cayeron en la Sierra para no levantarse más.

Mangada marchó a la Sierra con su brigada, donde se encontraba el enemigo acaudillado por Mola, el general-policía, que tuvo la diabólica idea de tenerme desterrado una temporada, a la caída de Primo de Rivera, en la ciudad de Estella, el foco mayor del carlismo. Mangada y sus milicianos carecían de muchas cosas necesarias para hacer la guerra, pero les sobraba convicción y valor para triunfar.

El Ayuntamiento de Madrid le nombró por unanimidad hijo adoptivo y le concedió una medalla de oro. Era coronel en los primeros días de la guerra y coronel murió. Los que admiraron sus cualidades como organizador militar y hombre de ideas generosas, le regalaron el fajín de general y hasta se lo pidieron a quienes en justicia podían hacerlo, pero no se dieron por enterados.

Durante mi estancia en Albacete, Mangada era gobernador militar de la plaza y había pasado del partido republicano al partido comunista de Rusia, que estaba a la moda del día. Pero se mantuvo siempre en su justo medio y no favoreció a los hombres de su partido, sino a todos por igual. Al finalizar la guerra se refugió en Argelia y, según tengo entendido, el partido comunista lo invitó a pasar a Rusia, a lo cual se negó, dándose de baja del partido, porque su espíritu liberal no podía admitir imposición ni consigna alguna. Después vino a México, donde le encontraba con mucha frecuencia.

Mangada era cubano por nacimiento y temperamento, aunque amaba en extremo, como Martí, a la buena España, y odiaba a la mala.

Desde muy joven se sumó a todos los movimientos progresivos y humanitarios. Cultivó la amistad de Nakens y otros republicanos de abolengo. Era un ardiente partidario de una lengua internacional, por lo que estudió a fondo el esperanto. Amaba las bellas artes, sobre todo la poesía, que escribía en ocasiones. En el ejército reaccionario de España fue una nota discordante, y en una reunión de militares señaló al general Goded como enemigo de la República. La monarquía lo tenía bajo estrecha vigilancia y le puso un veto en los ascensos militares.

A raíz de la huelga revolucionaria de 1917 se encontraba entre los defensores del Comité. En un castillo cumplió la condena de seis meses que le impusieron por abogar con tanto ardor por los hombres con quienes estaba identificado.

En México vivía a corta distancia de mi domicilio, y lo veía con frecuencia; además lo encontraba en reuniones de índole revolucionaria. Vivía con mucha modestia en compañía de su esposa y de su hijo. Aquel hombre bueno murió a consecuencia de un cáncer de estómago. No me extrañó que desembocara en nuestras ideas anarcosindicalistas como todos los hombres de sus cualidades morales. Colaboró algún tiempo en *Solidaridad Obrera* de México y contribuía en su pobreza con su pequeña cuota. Un día me manifestó su decisión de afiliarse a nuestra organización anarquista y sindical y dar una conferencia pública, que hubiera sido de mucho interés. Su enfermedad y mi salida de la capital de México, fueron un obstáculo para que se cumpliera su última voluntad.

Mangada fue un hombre bueno y un luchador idealista de relevantes méritos. Su memoria me acompañará los años que me queden de vida.

## Camino de Barcelona

El día 15 de marzo de 1938 salí de Albacete, ya bien entrada la mañana, trasladado a la Sanidad Militar de Barcelona. Me incorporé a una expedición que iba a la ciudad condal, y que consistía en 50 grandes camiones, llevando toda clase de material de guerra, la mayor parte de explosivos. El transporte no podía ser más delicado, por el peligro de que fuera atacado en el camino por la aviación fascista. Así que la marcha fue lenta, llena de paradas y con el ojo avizor.

Cuando llegó la noche redoblamos las precauciones e hicimos grandes paradas en el camino, porque la aviación enemiga rondaba por las cercanías, hasta que al amanecer llegamos a Castellón. En aquella capital se le ocurrió al conductor de la expedición detenerse para tomar gasolina, y sin apercibirse del peligro que nos amenazaba, colocó todos los camiones en fila, a lo largo de una calle, hasta el depósito de gasolina. Entonces increpé al conductor, con la aprobación de todos, por la imprudencia que cometía. “Si apareciera un aeroplano enemigo —le dije— de los que abundan en estos lugares, y nos arrojara una bomba, no sólo volaríamos todos con el material que llevamos, sino que la capital quedaría destruida”. Y al decir esto vimos aparecer, con la mayor zozobra, un avión enemigo que se dirigía a donde estábamos nosotros. Por fortuna no venía en busca nuestra, sino de un depósito grande de gasolina que se encontraba en una calle inmediata a la que estábamos. Arrojó una bomba y a poco se elevó en el espacio, después de una violenta explosión, una espesa columna de humo de la gasolina en llamas. El aeroplano desapareció sin apercibirse de nuestra presencia.

Cargamos la gasolina y pude conseguir que se siguieran mis indicaciones. Los camiones marcharían muy separados los unos de los otros y a mayor velocidad, siempre que no se opusiera el peligro, a fin de llegar a Barcelona lo antes posible, donde pudieran necesitar nuestro cargamento. Por otra parte, no habían de esperar los unos a los otros, sino empujar delante, no importa el que llegara primero.

Yo partí en un camión, a la cabeza de la expedición, en dirección a Tarragona. El camino no podía ser más accidentado, porque con frecuencia teníamos que abandonar el vehículo y marchar campo traviesa amenazados por la aviación enemiga.

En un recodo del camino nos encontramos quemada y agujereada por la metralla una camioneta que transportaba latas de leche, al parecer de procedencia francesa.

Al caer de la tarde y no muy lejos de Tarragona, el conductor del camión se negó a seguir adelante, hasta que no llegaran los otros vehículos, y todos los esfuerzos que hice para que partiera fueron inútiles. Entonces tomé un carruaje de la Generalidad, que por allí pasaba, y que me condujo a Tarragona, donde me ocurrieron las peripecias que contaré en mi próximo apartado.

Luego supe que el camión que se detuvo en la carretera fue ametrallado por un avión fascista, muriendo el conductor.

Si me quedo con él, corro la misma suerte.

## Tarragona

Serían las diez de la noche cuando llegué a Tarragona, ya desligado por completo de la expedición que conducía el armamento a Barcelona. La población, con frecuencia bombardeada, presentaba un aspecto triste y desolado. Allí tenía la familia de un sobrino, militar profesional, que luchaba desde el principio en las filas de la C.N.T. con el grado de teniente coronel. Como estaba completamente agotado por el viaje, pensé que pasaría al fin una noche tranquila en el seno de mi familia; pero al acercarme a su domicilio, a orilla del mar, unos vigilantes de noche vinieron hacia mí y me dijeron que mis familiares se habían ido aquella tarde, huyendo del bombardeo, y que ignoraban adónde se habían dirigido. Miré a mi alrededor y observé los destrozos del bombardeo en los edificios.

Me dirigí a un hotel y recomendé al hotelero que no me llamase por grande que fuera el peligro. Pero apenas había cogido el sueño, cuando con grandes voces fui despertado y me recomendaron que bajara a un refugio que había en el edificio, pues tenían la obligación de llamar a todos los huéspedes. Por tres veces me despertaron de la misma manera, y ya de madrugada invadieron el hotel hombres del pueblo con los que salí a la calle. Entonces vi que mucha gente corría hacia el puerto, empuñando las armas como si se tratara de rechazar al enemigo. Después supe que Indalecio Prieto había ordenado que se estuviera alerta, porque se temía un desembarco de los italianos.

Por la mañana me dirigí a la Comandancia Militar, cuyo jefe, creo que era Pérez Farrás, había pasado la noche en vela, y tenía un humor del demonio. Me dio algunas voces; yo se las di más fuertes, y el hombre acabó por calmarse y me firmó esta orden:

Comandancia Militar de Tarragona.

Se ordena al control de carreteras de Barcelona que en el primer coche o camión que se dirija a Barcelona se obligue a darle plaza al dador de la presente, capitán de Sanidad Pedro Vallina, que debe trasladarse con toda urgencia a aquella ciudad.

Tarragona, 17 de marzo de 1938.

El comandante militar.

En el camino vi huellas por doquiera de los males que ocasiona la guerra, y a corta distancia presencié un violento bombardeo. Recuerdo que en una entrada de la población había un hombre con un carrito vendiendo naranjas y una larga cola de compradores.

Cayó una bomba sobre ellos y no quedó rastro del carro de naranjas, del vendedor y de los compradores. Todo fue reducido a la nada.

Por fin llegué a Barcelona para presenciar aquel día y la noche, uno de los bombardeos más terribles de la guerra, y del que me ocuparé en la narración próxima.

## El bombardeo de Barcelona

Como vengo diciendo, el día 17 de marzo de 1938, bien entrada la mañana, llegué a Barcelona en un camión procedente de Tarragona, que se detuvo a la entrada de la capital, donde bajé, y arrastrando una pesada maleta llena de libros me dirigí al centro de la población. A los pocos pasos se me acercó un soldado y se ofreció a llevarme la maleta, viendo que yo no podía con aquella carga. Por el camino me dijo que estaban bombardeando la capital desde el amanecer, y en efecto, al acercarme a la plaza de Cataluña contemplé en algunos edificios las huellas del bombardeo y las calles regadas por trozos de cristales. Las pocas personas que transitaban por las calles lo hacían de prisa y temblorosas. Llegué a la Rambla y me dirigí a la calle de los Mártires de Montjuich, donde acostumbraba a parar en un hotelito cada vez que iba a la ciudad condal.

Llegado al hotel pregunté si había una habitación desocupada, y el hotelero me contestó que toda la casa estaba a mi disposición, por haber huido los huéspedes un momento antes al caer una bomba en la vecindad. “Hasta la mesa del comedor ha quedado puesta —me dijo el hotelero—, y todos han partido sin comer, así que puede usted hacerlo si tiene apetito”.

Subí al primer piso y dejé el equipaje en una habitación, no viendo por allí más que al hotelero, que parecía conservar su sangre fría. Salí a la calle, acompañado del soldado que tan buen servicio me había prestado, y lo invité a tomar café en un bar de la Rambla. El local estaba vacío y los empleados estaban silenciosos detrás del mostrador. En aquel momento sonaron estruendosas explosiones, allí cerca, de la aviación enemiga que atacaba a la ciudad. A poco penetraron en el bar varios guardias de asalto o de la Generalidad, no recuerdo, que se dirigieron a mí y me comunicaron lo que ocurría: la ciudad era bombardeada cada dos horas por aviones venidos de las Baleares o de Italia, según ellos; había muchos edificios en ruinas con personas enterradas vivas entre sus escombros; el pánico era grande y no se tomaban medidas de defensa ni de salvamento.

Escuché en silencio lo que me decían y cuando concluyeron de hablar, extendí el brazo, señalando a la calle, y les dije con voz indignada: “Los unos cierren la Rambla a todos los que pasen, y los otros con la mayor rapidez traigan camiones vacíos para llevar a las gentes a los lugares donde más lo necesiten”.

Aquellos hombres, sin vacilar un instante, siguieron mi consejo, y a poco rato había numerosa gente esperando los camiones. Yo paré al primero que cruzaba por la Rambla, un joven que marchaba muy de prisa, casi corriendo, me dijo que venía de llamar a una partera por encontrarse su mujer de parto. Lo retuve toda la tarde a mi lado, trabajando entre los escombros, y al anochecer lo dejé marchar a su casa para que reconociera al que acababa de nacer en el más triste de los mundos.

Con varios camiones ocupados por gente nos dirigimos en dirección a la Universidad, penetrando por una vía que a poco se ensanchaba y formaba como una plazoleta, en la que todos los grandes edificios estaban en ruinas. El espectáculo era impresionante y de lo más dramático de la guerra. En el centro de la plazoleta había un ancho boquete, hecho por una bomba poderosa de aviación, en el fondo del cual bullía una corriente de agua, como si se hubiera roto un grueso tubo de cañería. Las macizas columnas de los edificios, rotas en pedazos, rodaban por el suelo. Allí nos



reuniríamos unas 200 personas, voluntarias todas, y con el más firme propósito pusimos mano a la obra.

En el lado derecho de la plazoleta, viniendo de la Rambla, me acerqué a un edificio en ruinas y por un hueco en el suelo pregunté en voz alta si había allí alguna persona viva. Una voz apagada, salida de aquella tumba, me contestó que él se encontraba vivo en el hueco de una alacena y que a su lado estaba el cadáver de su hijo. Nos dimos prisa para sacarle de entre los escombros, pero el infeliz nos pedía que lo hiciéramos con tiento, porque aquello parecía desplomarse y le ahogaba el polvo. Por fin sacamos al padre vivo y a su hijo, un jovencito, muerto.

Terminada esta angustiosa labor, me fui al lado opuesto de la plazuela, donde me dijeron que de un gran edificio en ruinas proferían gritos de angustia.

Arrastrándome como una culebra me abrí paso entre los escombros y haciendo con las manos una estrecha galería como de cinco metros de longitud, pude encontrarme con un hombre enterrado vivo hasta los brazos y con el rostro ensangrentado. Un jovencito de unos 15 años de edad, con el que luego conservé estrecha amistad, y un joven marinero en extremo atrevido, me ayudaron en aquel trabajo, bajo una techumbre que amenazaba acabar de desplomarse a cada momento. El esfuerzo de salvamento fue largo, angustioso y lleno de peligros. Otras personas hacían en los lugares cercanos el mismo trabajo que nosotros.

Cuando llegó la noche se encendieron unas fogatas para poder seguir trabajando. Cada dos horas se repetía el bombardeo, y el enterrado en vida nos decía con voz angustiosa, al oír las señales de alarma: "Yo ya estoy perdido, marcharos vosotros y si no os matan venid de nuevo en mi ayuda". Se apagaban las fogatas y en la obscuridad marchábamos sin rumbo fijo mientras que las bombas volaban sobre nuestras cabezas y se escuchaban los derrumbamientos de los edificios. La noche fue terrible y el espectro de la guerra se mostró con toda su crueldad. Al lado del enterrado en vida se encontraban muertos todos sus familiares: su esposa, dos hijas jóvenes, su madre política y otras personas, hasta el número de seis. La mujer estaba tan enredada en el cuerpo de su marido que se propusieron cortarla en pedazos para poder extraerla, cosa que no hice para evitar al esposo un espectáculo tan terrible. Con paciencia pudieron sacarse los cadáveres uno tras otro, y por fin al sobreviviente con una pierna mal herida. Parece que se trataba de un químico notable en su profesión. El cuadro era terrible, y para comprenderlo no hay más que ponerse en el lugar de aquel hombre, sepultado vivo entre los escombros y teniendo a su lado muertos los seres más queridos.

¡Bien pueden los infames sacerdotes de Cristo bendecir a los ejércitos que van a la guerra a cometer semejantes crímenes!

Con el nuevo día cesó el bombardeo. Nadie durmió aquella noche en Barcelona, y los refugios estuvieron atestados de gente. Parece que se recogieron unas 6.000 víctimas, muertos y heridos, entre ellos un número grande de niños.

Solo, extenuado, sucio, manchado de sangre, con la angustia en el alma, me dirigí a la parte alta de Barcelona, hacia el Tibidabo, donde me encontré a mi viejo amigo Manuel Pérez, que me recibió con los brazos abiertos y me acogió en su hogar.

## El hospital de la calle de Tallers

Cuando llegué a Barcelona, llevaba un nombramiento para que me incorporase al Hospital Militar de la calle de Tallers, situado en una vía estrecha que daba a las Ramblas, cercana a la plaza de Cataluña.

Conocía aquel vetusto edificio desde una vez que acompañé al coronel Del Rosal a curarse una lesión de una mano.

Al día siguiente del terrible bombardeo que he referido en líneas anteriores, me dirigí al hospital a que iba destinado y pregunté por su director para “ponerme a sus órdenes”, como indicaba el nombramiento que me acompañaba.

Con sorpresa me encontré que el director era el doctor Olmedo, de filiación socialista, muy buena persona, como varios teósofos que he conocido, aunque no comulgo con su credo. Conocí al doctor Olmedo en Morón, donde ejercía su profesión, estando en buena relación con los afiliados a la C.N.T. Con la proclamación de la República, fue elegido diputado socialista, como su amigo el doctor Aceituno, que después fue fusilado vilmente por los fascistas, tratándose de un hombre inofensivo y bueno. Con la gloria se va la memoria, dice un dicho popular, y los hombres que se encumbraron durante la República, olvidaron el fracaso de la primera República y abrieron las puertas al enemigo, muriendo fusilados y otros sufriendo las penalidades del destierro. Y lo peor es que han pagado justos por pecadores.

El doctor Olmedo, algo sorprendido por mi presencia, me dijo que trataría de colocarme en aquel hospital, pero yo le hice ver con el nombramiento que llevaba que ya iba allí destinado. Aunque se me estime porque no hay motivo para otra cosa, mi presencia no es a veces muy grata, porque soy hombre poco manejable, como buen anarquista, cuando las cosas no van derechas.

Tiempo atrás, me encontré casualmente al doctor Olmedo en una calle de la capital de México. Se alegró sinceramente al verme, víctima como todos del desastre sufrido, y me llevó a su casa a tomar café. Por cierto que me recordó un incidente que ocurrió en su mismo despacho del hospital de la Bonanova, en Barcelona, estando rodeado de varios jefes de las Brigadas Internacionales. Como a veces tenía que quedarme sin vehículo para cumplir mi misión en el frente, y se daba el caso que servían para asuntos amorosos o había negligencia en los encargados de administrarlos, aquel día entré en su despacho y le dije indignado cuanto sentía sin consideración alguna a la jerarquía. Esto me pasó más de una vez en el curso de la guerra. Como considero a todos los hombres iguales, tanto en la clase civil como en la militar, no he admitido superioridad de ninguna clase, encantándome en cambio los hombres anónimos, modestos y sencillos, que sólo aspiran a cumplir con su deber, a costa de todos los sacrificios.

## El hospital de la Bonanova

El hospital de la calle Tellers, como hemos dicho, carecía de condiciones higiénicas, y se trasladó a un edificio de la Bonanova, que reunía condiciones excelentes, y que había servido a una institución religiosa. En Barcelona, como en otras partes, los humildes servidores de Cristo poseían los mejores y más ostentosos locales.

El día 12 de abril de 1938 recibí una comunicación de la Agrupación Médica de los Hospitales Militares y firmada por el doctor Olmedo, en la que se me decía: “Por necesidades del servicio a partir de esta fecha se hará cargo de la Clínica de Observación de este Hospital Base del Cuerpo Médico”.

Acepté con gusto mi nuevo cargo, porque además de servir a la revolución, era una ocasión para practicar mis estudios médicos.

Mi misión era la de observar durante el tiempo necesario a los soldados enfermos enviados por los médicos de los frentes de guerra, para ser juzgados por los Tribunales Militares. Después de estudiarlos detenidamente, durante varios días, sin tener en cuenta el diagnóstico que traían, emitía mi opinión, y entonces el Tribunal fallaba lo que creía más acertado.

Recuerdo un caso interesante sobre este particular. Una vez llegó un soldado enfermo del corazón, inútil para el combate, pero que podía servir para servicios auxiliares, según la opinión del médico que lo mandaba. Después de una observación completa, propuse que se le declarara inútil total. Al aparecer ante el Tribunal, con los dictámenes contradictorios de dos médicos, le sometieron a una prueba de esfuerzo, y a poco cayó al suelo en grave estado, siendo llamado con urgencia para que lo reanimara, como así lo hice. Como era de esperar, el enfermo fue declarado inútil total. Y es que en el frente no se podía hacer una observación tan tranquila como en una clínica destinada a ese objeto.

Hace algún tiempo, encontrándome en un pueblo del norte de México, llegó a mi consultorio un hombre acompañado de dos hijos jóvenes y, señalándolos con el dedo, me dijo: “Éste es muy trabajador y aquél muy holgazán, y se disculpa diciendo que sufre del corazón. Lo han visto varios médicos y me aseguran que no tiene enfermedad alguna”. En efecto observándolo rutinariamente no se le apreciaba nada anormal en el corazón.

Entonces hice una prueba muy sencilla y definitiva. Llevé a los jóvenes al jardín de la casa, les di una cavadera a cada uno y les puse a trabajar la tierra. El trabajador hacía bien su faena, pero el “holgazán”, a poco de esforzarse, se ahogaba y el corazón le golpeaba el pecho con violencia. El padre se fue convencido, por lo que veía palpable, que su hijo estaba seriamente enfermo del corazón e inútil para un trabajo en el campo. “Perdóname, hijo —le dijo el padre—, por haber pensado injustamente de ti”.

Y es que a veces, sin una lesión aparente, pero que existe, el corazón conserva en sus fibras escasa reserva, que pronto se agota, o al contrario con una lesión manifiesta, quedan recursos para hacer un cierto trabajo muscular.

Enfermos numerosos, con trastornos del corazón, desfilaban por la Clínica de Observación todos los días, y durante la guerra los encontré por todas partes. Y no era para menos: las marchas forzosas en jóvenes acostumbrados a una vida sedentaria, las continuas emociones ante el peligro, los abusos del alcohol y del tabaco, influían en el funcionamiento del corazón, y más en los propensos a las enfermedades de aquel órgano.

A éstos se sumaban los trastornos del sistema nervioso, como la neurastenia y el histerismo. En ellos se observan fatiga, falta de energía, irritabilidad, depresión mental, cefalea, insomnio, vértigos, dificultades de la respiración, aceleración de las contracciones cardíacas, palpitaciones, dolor precordial, tendencia a desmayarse.

A veces aparecía una neurosis acentuada próxima a la demencia.

Aquellos individuos presentaban grandes dificultades para ser clasificados y juzgados con acierto, pues, la mayor parte tenían padecimientos superficiales que desaparecían al terminar la guerra. Esta manera de ser de los individuos así afectados, ha dado lugar a una enfermedad muy generalizada: "the soldier's heart" o el corazón del soldado.

Estos desórdenes funcionales a consecuencia del servicio militar durante la guerra, que envuelven trastornos circulatorios, ha constituido uno de los mayores problemas de la medicina militar, y así se desprende de los hechos observados.

Durante la primera guerra mundial, 70.000 soldados ingleses se dieron de baja como enfermos del sistema circulatorio, además 40.000 prisioneros con los mismos síntomas. Cinco años después, de 601 inválidos con pensiones, un 15 % se había curado completamente, un 11 % había mejorado, un 50 % estaba lo mismo, un porcentaje muy pequeño había adquirido enfermedades crónicas, y muy pocos murieron.

En lo que toca a los simuladores, es decir, a los que aparentan enfermedades que no tienen, eran muy raros en Cataluña; donde más encontré fue en Albacete. El médico militar necesita conocer los métodos requeridos para diferenciar con justicia los casos de enfermedades reales de las falsas. Los relacionados con el aparato de la visión son los más numerosos y algunos requieren un experto oftalmólogo y un equipo especial.

El caso opuesto a los simuladores lo constituye un número de individuos débiles de cuerpo y fuertes de espíritu, que al declararlos inútiles o para servicios auxiliares, les produce un profundo disgusto, y no es de extrañar, tratándose de una revolución, en que la inmensa mayoría van como voluntarios.

## La sanidad militar en Cataluña

Entre los documentos que he podido conservar referentes a mi actuación en la Revolución española, encuentro una comunicación de la Jefatura de Sanidad de Cataluña, firmada en Barcelona por Julián Aguado, jefe de la tercera Demarcación de Sanidad Militar, fechada el 1º de julio de 1938, que dice así:

Con esta fecha, he tenido a bien disponer que, sin perjuicio de continuar usted actuando en el Tribunal de Recuperación e inutilidades N° 1 del Grupo Médico, forme usted parte, en unión del Comandante médico Fried, designado por Ayuda Médica Extranjera, y del Teniente Coronel médico D. Felipe Pérez Feyto, del Tribunal médico militar que ha de fallar los expedientes de inutilidad del personal de las Brigadas Internacionales que se hallan en el campo de Instrucción de las Planas, y en los hospitales de Mataró, Vich y Moya.

Todas las mañanas, a poco de amanecer, llegaba a mi casa un automóvil de las Brigadas Internacionales, en el que tomaban asiento los miembros del Tribunal y alguna enfermera extranjera, la más constante, una de origen italiano, compañera de

uno de los jefes de las Brigadas Internacionales. Los días que sólo recorriamos los hospitales españoles, disponíamos de un automóvil del hospital base de la Bonanova. Además de los hospitales señalados en la orden que copiamos, nuestro trabajo se fue ampliando a todos los que había en Barcelona y su provincia, así como a los de la provincia de Gerona. Entre otras ciudades, recordamos la de Sitges, Olot, Arenys y Caldas de Malabella. En Barcelona el que visitábamos con frecuencia era el del Asilo del Parque, que sufría mucho de los bombardeos. Recuerdo otro hospital de Barcelona, donde fuimos varias veces, destinados a los enfermos del sistema nervioso, dirigido por el doctor Mira, especialista en la materia.

Nuestra labor era en extremo penosa, trabajando día y noche, pero sin quejarnos por tratarse de auxiliar a los caídos por nuestra causa. Recorriamos cama por cama, reconociendo y escuchando a los enfermos, nos informábamos de la alimentación que se les daba, y fallábamos los expedientes de los enfermos y heridos.

Un día presidía el Tribunal que entendía en las inutilidades de los voluntarios de las Brigadas Internacionales, y como no me he guiado nunca por otra ley que la que me dictaba mi conciencia, cometí una “injusticia”. Se trataba de un joven estudiante de Checoslovaquia, que había sacrificado su porvenir y su carrera por defender nuestra causa. Un casco de metralla había desfigurado su rostro, antes tan bello, con pérdida de un ojo. Lo propuse como inútil total, recomendando le dieran la indemnización debida. El joven aquel protestó airado de aquella injusticia y me dijo que en buena ley le correspondía le propusiera para servicios auxiliares. Mi contestación fue como sigue: “Ya has sacrificado bastante por nuestra causa, mientras que muchos españoles, jóvenes como tú, se han quedado en la retaguardia libres de todo peligro. Vete a tu país, concluye tus estudios, que todavía te quedan muchos años de vida para servir a tus semejantes”. Al oírme hablar así, bajó la cabeza entristecido y dio muestras, como todos los presentes, de que yo estaba en lo cierto.

Continuamente ocupado en mi trabajo, no tuve tiempo de mezclarme en otros asuntos, pero conservo de la gestión de todos los que estaban destinados en la Sanidad Militar de Cataluña: médicos, practicantes, enfermeras y empleados modestos, el mejor recuerdo.

Sólo se presentó una epidemia seria de fiebre tifoidea en el hospital del Asilo del Parque, y algunos casos en otros hospitales. Ya he referido en otra parte la conducta loable del viejo anarquista doctor Medinaveitia, que ya en su extrema vejez dejó su hogar tranquilo de París y vino a formar parte de la Sanidad Militar de Cataluña. Como en cierta ocasión yo propusiera la balneación de los enfermos de tifoidea y los médicos allí reunidos se opusieron al tratamiento, Medinaveitia, que acababa de llegar y escuchaba la conversación, intervino en el acto para apoyar mi propuesta y dispuso, con su autoridad moral, que se preparasen bañeras con ruedas para llevarlas con facilidad de una a otra cama. Poco después murió Medinaveitia de una enfermedad de próstata.

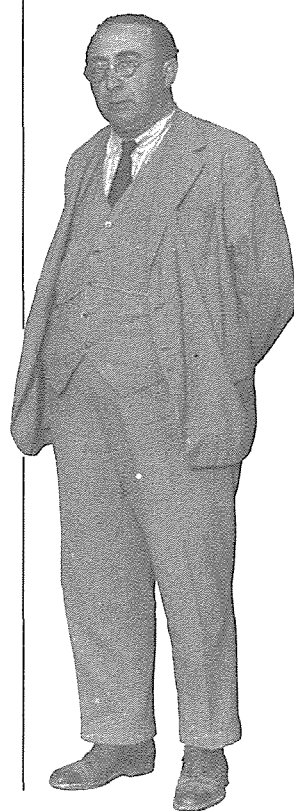
Por aquella época conocí luchando en Cataluña a varios compañeros con los que había tenido amistad en el extranjero.

Una noche andaba casualmente por las calles de Vich al lado de un compañero italiano; la ciudad había quedado oscura por temor a la aviación. Mi acompañante me dijo: “En Londres fui íntimo amigo de Pedro Vallina, hoy médico en nuestras filas, que todavía no he podido encontrar”. Empujé a mi acompañante a una tienda

en cuyo interior había luz, y al reconocernos nos abrazamos estrechamente. Hacía muchos años que no lo había visto, y el día que nos separamos quedó herido por una explosión que él provocó con su impaciencia en un laboratorio de química que tenía en Londres.

# [8]

- Las vísperas del desastre
- La salida de Barcelona
- Massanet de Cabrenys
- Camino del destierro







## Las vísperas del desastre

A medida que el enemigo se acercaba a Barcelona, aumentaba la inquietud de la ciudad, haciéndose patente el desastre. Ya hacía días que con frecuencia se oía decir por la calle: "Hay que terminar la guerra, como sea". Esta frase se decía mucho por las tiendas y por las bocas de los individuos comodones, que no querían sacrificar nada. En mi último paseo por la librerías, pude observar que se habían retirado de los estantes los libros de más valor y es que ya se daba por seguro la próxima entrada del ejército fascista.

A mi llegada a Barcelona, como me mostrara intranquilo por la situación, se me contestaba por algunos compañeros: "Aquí no entrarán nunca los fascistas, primero se prendería fuego a la ciudad". Más de una vez indiqué a algunos la conveniencia de hacer obras de defensa en los sitios estratégicos cercanos a Barcelona, pero se encogieron de hombros. Si no me equivoco, en una visita del general Miaja afirmó que era más fácil defenderla, que defender al mismo Madrid.

Claro está que la inquietud de la ciudad penetró en el Hospital Médico de la Bonanova, y se reflejaba en los rostros de los soldados enfermos allí internados, cuya mayoría no estaba en condiciones de dejar la cama, lo que hacía mucho más trágica su situación. Entonces mis salidas fueron cada vez más raras y me pasaba el día en el hospital, al lado de los enfermos. Éstos aumentaban su afecto hacia mí y se tranquilizaban con mi presencia.

Recorriendo una tarde el hospital, encontré en un salón reunidos al director y varios médicos de los que más influencia política tenían en aquella casa. Hablaban en voz baja y me pareció que no les era grata mi presencia. Creí que se trataba de asuntos de faldas y me retiré apresuradamente para no molestarles. Pero me había equivocado: se trataba de abandonar el hospital y la ciudad, poniéndose a salvo, sin preocuparse por la suerte de sus compañeros de profesión y de sus enfermos.

Me acosté preocupado por la marcha de los acontecimientos y a poco me quedé dormido; pero a eso de la medianoche me despertó el teléfono, que llamaba de una manera insistente. Me puse en el aparato y supe que se me hablaba desde el hospital, rogándome fuera con urgencia por haberse amotinado los internos.

Con la mayor rapidez me presenté en el hospital, que no estaba muy lejos de mi vivienda. En efecto, aquello parecía una casa de locos, hablando y gesticulando todos,

al mismo tiempo. El motivo de la protesta se debía a que el director y algunos médicos, aprovechando la salida del último tren de Barcelona, de lo que tendrían noticias, habían abandonado el hospital sin decir nada y marchado de la ciudad. Con mucho trabajo pude tranquilizar en parte a aquella gente, ayudado por un comisario y el administrador, que ya conocía como afiliado a la C.N.T.

Aquella noche la pasé en el hospital y tomé su dirección con el beneplácito de los enfermos.

Al día siguiente salí a la calle a recoger impresiones y pude observar que todos trataban de salir de Barcelona. Primeramente estuve en el local de la Construcción, donde me advirtieron, los pocos que encontré, que no me confiara en defensa alguna y que me pusiera a salvo. Después estuve en una casa, creo que en el Paseo de Gracia, donde había leído en un periódico un llamamiento para organizar la defensa de Barcelona. Allí sólo encontré a una persona que me comunicó en pocas palabras que no había nada que hacer sino ponerse a salvo los más significados. Volví al hospital y reuní a los pocos médicos que quedaban, militares de profesión, ofreciéndoles todas las facilidades para salir de la capital, en el caso que se creyeran en peligro. Me constestaron que a ellos no les amenazaba peligro alguno, pero me rogaron que me pusiera a salvo, estrechando mi mano con efusión y dándome las gracias por mi conducta. Aquellos médicos, cuyas ideas ignoraba, se habían conducido en su misión extremadamente bien, no habiendo nada que reprocharles. No sé si se confiaron a la generosidad de los fascistas o si tenían amistad con ellos.

Como no había nada que hacer en Barcelona, que presentaba un aspecto desolado, determiné marcharme también, con más razón cuando tenía bajo mi custodia a mis familiares y a los de Manuel Pérez, compuesto de mujeres y niños.

Antes de salir comuniqué a los enfermos cuál era la situación real que atravesábamos y les aconsejé, a los que pudieran hacerlo, abandonar el edificio. Observé que algunos lloraban, no por lo que pudiera ocurrirles, sino por la muerte de nuestras libertades.

## La salida de Barcelona

El día 24 de enero de 1939, bien entrada la mañana, salí de Barcelona en un camión que me había procurado en el Hospital de la Bonanova llevando la familia de Manuel Pérez y la mía. El día estaba desapacible y triste, y los aviones enemigos volaban sobre nuestras cabezas, aumentando la inquietud de mis acompañantes.

Paramos en Mataró, dirigiéndonos al Hospital Militar, cuyo director era mi amigo el doctor Armendaris, que falleció en México. Parece que no estaban apercebidos del peligro que se aproximaba, pero con mi llegada se dieron cuenta de ello, y se dispusieron a evacuar el hospital.

Partimos para Gerona, donde llegamos de noche. Por el camino encontramos numerosos fugitivos, en la misma situación que nosotros. Durante el viaje varias mujeres y niños que marchaban a pie se subieron al coche. Más de una vez tuvimos que bajar del vehículo y huir de la carretera, pues los aviones fascistas nos seguían desde cerca. En Gerona paramos en un local de la C.N.T., donde había poca gente; la mayoría se había dirigido apresuradamente hacia la frontera. Un compañero que allí encon-

tré me dijo que era de Sabadell, y que Santillán le había recomendado dejar en su pueblo a la familia y dirigirse a Gerona, donde había una concentración de compañeros para organizar la resistencia. No sé lo que habría de verídico en sus palabras, pero lo cierto es que nadie apareció por allí.

Aquella noche dormimos todos en el duro suelo, pero al día siguiente encontramos a un compañero que nos prestó los mejores servicios. Estaba afiliado a la C.N.T. y era comisario en el Hospital Militar. Para aliviar nuestra situación nos ofreció una casita que tenía en la misma capital, en buenas condiciones para ser habitada. Aceptamos la oferta, pero tuvimos que desistir de ello porque la situación se agravaba por momentos. Entonces resolvimos marcharnos de Gerona. La familia de Pérez y la mía partieron primero, y unas veces a pie y otras en camioneta pudieron penetrar en Francia.

Quedé poco tiempo en Gerona, partiendo para la frontera, acompañado de varios soldados en el camión que había sacado de Barcelona. Llegué cerca de los Pirineos y en un pueblo, cuyo nombre he olvidado, dormí aquella noche, y al día siguiente entregué a una mujer, madre de un soldado que estaba en nuestras filas, numerosos libros de medicina que llevaba, por si pudiera algún día volver a recogerlos. El camión que llevaba se lo dejé al chófer, que partió por un lugar donde tenía su familia.

Recorrí aquellos lugares, observando el éxodo doloroso de los fugitivos que huían hacia la frontera francesa. No muy lejos del puerto de Rosas encontré un hospital militar que desocupaban los enfermos; me impresionó profundamente contemplar a varios ciegos que cogidos de la mano preguntaban cuál era el camino de Francia.

Algunos conocidos que por allí pasaban me invitaron a seguirlos y pasar la frontera, pero no acepté pensando en el peligro que corrían los que quedaban atrás. De pronto recordé al amigo que había dejado en Gerona y decidí retroceder a buscarlo. Dicho y hecho; busqué una camioneta, que en seguida encontré y que creo pertenecía al cuerpo de aviación, y partí para Gerona, siguiendo un camino contrario al que llevaba la gente y contemplé un espectáculo espeluznante y que nunca olvidaré.

Miles y miles de seres humanos marchaban en desordenado tropel carretera adelante en busca de la frontera. Militares, paisanos, viejos, mujeres y niños se esforzaban por abrirse camino, unos a pie, otros en vehículos; había familias enteras de campesinos que en carros llevaban sus enseres, no queriendo vivir bajo el dominio fascista. Era muy difícil marchar en dirección contraria a la que traía aquel río de gente, y unas veces por el camino y otras campo traviesa pude llegar al término de mi viaje.

Las calles de Gerona estaban llenas de gente y todos corrían de un lado al otro, gritando y gesticulando al mismo tiempo. Un grupo de hombres arrastraba un cañón, en actitud desesperada, por una calle, invitando al pueblo a la resistencia.

Pronto encontré al amigo que buscaba y me dijo que no había que pensar en resistencia alguna, y que los fascistas avanzaban sobre la ciudad, esperándose su entrada en pocos momentos. Pensaba salir con sus familiares, que no estaban todos en condiciones de marchar a pie, pero no pudo encontrar un camión que los llevase, así que se alegró en extremo con mi llegada. Fuimos a su casa y recogimos a su familia, y como en aquel local había un depósito de ropas hechas, nos llevamos cuanto pudimos. En seguida partimos para la frontera, repartiendo la ropa a los más necesitados. Por fin

llegamos a Figueras, donde me encontré una multitud desolada que corría de un lado para otro, mientras se oían los estampidos de la aviación enemiga.

Dejé en Figueras a la familia aquella, y el chófer me condujo al lugar de donde habíamos partido para hacer entrega de la camioneta.

## Massanet de Cabrenys

Me encontraba al pie de los Pirineos, donde había llegado de Figueras, conversando con un compañero, cuando se me acercaron unos 50 soldados, llevando todos sus armas, y uno de ellos me entregó una orden militar que copio a continuación:

Agrupación de Hospitales de Gerona.

Clínica Militar número 9.

Dirección.

Cumplimentando órdenes recibidas de su superioridad, se servirá usted trasladar a los heridos confiados a su cargo al sitio que estime más seguro en las cercanías del límite con Francia del partido de Massanet de Cabrenys.

Comoquiera que los heridos a usted confiados son en su totalidad jefes, oficiales y comisarios, me permito recordarle que motivado por las circunstancias, procederá con tacto la evacuación de ellos.

Figueras, 28 de enero de 1939.

El inspector general

(Firma indescifrable)

El Comisario Delegado de Guerra

Dr. Pedro Vallina, capitán médico provisional de Sanidad Militar provisional de Massanet de Cabrenys.

Además de esa orden, me dijo uno: “Te hemos escogido en estos momentos críticos para ir todos juntos al destierro”.

Nos pusimos en marcha y subimos una escarpada cuesta hasta encontrar una carretera que tomamos a la izquierda, llegando a Massanet de Cabrenys. A la entrada del pueblo encontramos un cuartel de carabineros, donde hicimos alto. Allí se informaron de nuestras intenciones y nos dejaron pasar sin obstáculo alguno. En el patio del cuartel había un numeroso grupo de detenidos, que más bien me parecían fugitivos que fascistas.

Al entrar en el pueblo lo primero que hice fue buscar al alcalde, a quien encontré en un estado de excitación grande, marchando aturdido de un lado para otro y llevando un pistolón a medio sacar del bolsillo.

En seguida me hizo entrega de una hermosa casa desocupada y bien amueblada y dispuso que se nos proporcionase la alimentación necesaria; y allí nos instalamos con el contento de todos.

Como tuviese noticias de que a poca distancia del pueblo, en una casita de campo, se encontraba el jefe de Sanidad Militar de Gerona, y diputado catalán, cuyo nombre he olvidado, me dirigí a aquel lugar, encontrándole sentado cerca de la casa. Aquel hombre parecía desinteresarse de lo que le hablaba y no tenía ningún plan que desarrollar en aquellas circunstancias; fue muy lacónico en palabras y me dijo que para todo lo que necesitase me las entendiera con el alcalde del pueblo.

Se alimentó bien la tropa y descansó cómodamente en las camas y sillones que había. Me acosté tarde y estuve investigando cuál era la situación real del pueblo, para evitar alguna sorpresa desagradable.

A la mañana siguiente salimos temprano a la calle y la primera noticia que tuve era que de madrugada habían escapado el alcalde y el jefe de Sanidad Militar, con quien estuve hablando la tarde anterior. Observé aquellos días que se había despertado una desconfianza grande entre los fugitivos, no confiando a nadie sus intenciones. En algunos casos era justificada esa desconfianza por tratarse de personas bien probadas.

Paseando por las calles me apercibí de que estaban desiertas y muchas casas cerradas. Por lo visto se había marchado la mayor parte de la gente.

Como me hiciera falta material de cura, pues en mi grupo había varios heridos, busqué al médico y al farmacéutico para que me prestasen ayuda, pero también se habían marchado. Me dirigí entonces al local de la farmacia y lo encontré cerrado. Llamé varias veces y nadie contestó. En aquel momento se presentaron unos carabineros y me dijeron que ellos también necesitaban material de cura. Llamaron a la puerta y no tuvieron contestación. Entonces no quedaba otro camino que abrir la puerta por la fuerza y así se hizo sin ninguna dificultad. Entramos en el pequeño local de la farmacia, que nos pareció muy pobre y mal surtida. Ya llevábamos un rato separando aquello que podría servir, cuando en lo alto de una escalera aparecieron dos mujeres ancianas muy asustadas que nos dijeron: "Creíamos que ustedes eran los fascistas que acababan de llegar, y por eso no contestamos a los repetidos golpes que dieron en la puerta".

Al despedirnos de ellas nos dijeron que habían tenido allí alojada a la familia de un coronel del ejército republicano, pero que el día antes había partido para Francia. Después supe que se trataba de la esposa e hijos pequeños de mi amigo el coronel Del Rosal, que había mandado las milicias de la C.N.T. en el cuartel de la provincia de Cuenca donde nos encontramos.

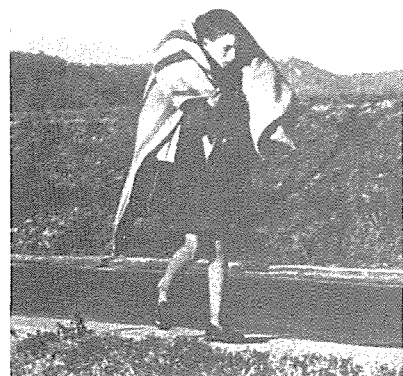
Tres días llevábamos reposando en aquel pueblo y todos mis compañeros parecían contentos y poco dispuestos a cambiar de lugar, pero me inquietaban los movimientos que observaba. Los leales cruzaban los Pirineos y a toda prisa se internaban en Francia, en tanto en la retaguardia se quedaba mucha gente sospechosa y adicta a los fascistas, menudeando los conciliábulos entre ellos para tomar las riendas de la situación.

La última noche observé las idas y venidas de gente sospechosa y de vez en cuando sonaban los disparos de armas de fuego a nuestro alrededor. Cualquier intento de asalto a nuestro local hubiera sido peligroso para los que lo intentaran, pues éramos hombres resueltos y bien armados. Una lluvia torrencial empezó a caer, que se prolongó hasta cerca del amanecer, disipando en parte los temores de la noche.

Al rayar el día, al despertar mis compañeros de infortunio les dije así: "Mi opinión es que debemos abandonar este lugar ahora mismo. Aquí todos somos iguales y cada



“Recorrí aquellos lugares observando el éxodo doloroso de los fugitivos que huían hacia la frontera francesa [...]. Se acercaron algunos gendarmes a quienes entregamos las armas, y pisamos las primeras tierra del destierro, que para mí no era cosa nueva”.





uno es libre de hacer lo que tenga por más conveniente; por mi parte, con el fusil en mano, voy a subir el escarpado monte que tenemos enfrente, y así evitaré toda sorpresa, porque hay gente enemiga que nos acecha”.

Todos acordaron seguirme sin vacilación alguna.

## Camino del destierro

Decididos todos a partir de Massanet de Cabrenys, donde no teníamos nada que esperar, a no ser a los fascistas con fuerzas muy superiores, cogimos las armas, nuestro único equipaje, y comenzamos a subir la alta montaña que teníamos ante nosotros.

La ascensión era en extremo lenta y penosa, colgándonos a veces los unos de los otros para escalar las más altas rocas, pero desde aquella altura podíamos divisar todo lo que ocurría a nuestro alrededor y a larga distancia. Pero nada divisamos que llamase nuestra atención, y la calma era grande como si la Naturaleza durmiera, aunque la inquietud y el dolor nos atormentaban, a causa de la libertad perdida y el alejamiento del país que nos vio nacer.

Al caer la tarde llegamos a una meseta cerca de la cumbre de la montaña, agotados por el esfuerzo de todo el día, así que decidimos pasar allí la noche para continuar la subida a la mañana siguiente.

Pero pronto se acercó a nosotros un hombre que vivía con su familia en una casita cercana y con voz suplicante nos rogó que siguiéramos el camino, donde a corta distancia nos encontraríamos con centenares de fugitivos que estaban allí acampados en espera del nuevo día para penetrar en Francia. “Temo —nos dijo— que los fascistas que avanzan me asesinen con el pretexto de haberlos ayudado”. Aunque muy fatigados, seguimos la marcha, no queriendo poner en peligro la vida de aquel hombre, que nos hablaba tembloroso rodeado de su mujer y sus niños.

Por fin, ya de noche, llegamos a la cumbre de la montaña, donde contemplamos un espectáculo desgarrador. Era un verdadero hormiguero de seres humanos, entre ellos mujeres, ancianos y niños, muchos gritaban y otros lanzaban gemidos de dolor. Los había amontonados en el suelo y otros colocados en carros, que habían subido hasta allí por algún camino de rueda que nos era desconocido.

A poco de nuestra llegada, se me acercó una mujer joven, que al verme vestido de militar me preguntó si yo conocía al coronel Del Rosal. “Es mi amigo —le dije—, e ignoro su paradero en estos momentos. ¿Por qué me preguntas por él?” “Aquí cerca —me contestó— están solos su mujer y sus niños”. Me llevó a un local cercano, atestado de gente, y la mujer e hijos de Del Rosal lanzaron un grito de alegría al encontrarse con un amigo en aquel trance tan triste.

Entonces se me acercaron unos carabineros y me propusieron montar una guardia armada en los alrededores, no fuéramos a ser víctimas de una agresión por los fascistas, pues las noticias que tenían no eran muy tranquilizadoras. Como el consejo que me daban me parecía muy prudente, dispuse que así se hiciera.

La noche fue muy angustiosa para todos, y para empeorar la situación, empezó a llover a torrentes, siendo muy pocos los que encontraron un lugar de refugio.

Amaneció el nuevo día, la lluvia cesó, y el sol lanzó sus primeros rayos para calentar nuestros cuerpos ateridos por el frío.

Y toda aquella muchedumbre de más de mil personas se puso en marcha por aquellas colinas, en dirección a la frontera francesa.

Al frente de mis compañeros entramos en Francia con el fusil al hombro. Se acercaron algunos gendarmes, a quienes entregamos las armas, en espera de volver a empuñarlas, y pisamos la primera tierra del destierro, que para mí no era cosa nueva. A poco fui detenido, llevado a Perpiñán y encerrado en un recinto cercado por alambradas como si hubiera sido una fiera, viéndome separado de la infortunada familia de Del Rosal, a la que no pude seguir prestando ayuda.

Y hago punto final a este relato, contado por un hombre del pueblo, que hizo cuanto pudo para defender la causa de la libertad en España, que es la causa de la libertad del género humano.